Sophie Saint Rose

Serie Fantasía



Demasiados años sin amarte

Demasiados años sin amarte

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo

Capítulo 1

Londres 1839

Lady Venice cogió los guantes y empezó a ponérselos a toda prisa. —Gracias por todo.

—Un placer, milady —dijo el mayordomo de Castle Hall antes de inclinar la cabeza con respeto.

—Hasta la semana que viene. —Se volvió cerrando bien su capa para salir de la mansión y agarrando los bajos de su voluminosa falda, descendió los cinco escalones de piedra para llegar a su carruaje. El lacayo abrió la puerta y cogió su mano para que la ayudara a subir. Se sentó y apretó los labios intentando reprimir las lágrimas. Maldita sea, dijo para sí antes de golpear el techo. —¡Rápido, a casa!

—Sí, lady Russell.

El carruaje salió de la finca e inició el camino hacia Londres. Cerró sus preciosos ojos verdes intentando contener la rabia. —Esto lo vas a pagar, padre, eso te lo juro —dijo entre dientes. Observó el paisaje pensando en cómo lidiar con lo que estaba ocurriendo en sus vidas y deseó volver a dos años antes cuando todos eran felices, cuando no había preocupaciones, rumores y su familia podía ir por la ciudad con la cabeza bien alta. —Paris, ¿qué hiciste? —preguntó con sus hermosos ojos cuajados de lágrimas. Intentó contenerse, pero no pudo evitar que corrieran por sus mejillas, así que se las limpió a toda prisa asegurándose de que la rejilla que cubría sus ojos tapara todo lo posible su rostro.

No tardaron en entrar en Londres y el carruaje recorrió las calles a toda velocidad de una ciudad que apenas acababa de despertar. Al pasar ante uno de los mercados observó como las mujeres colocaban las hortalizas, flores y bollos en distintos puestos. Se acercaron a la parte más lujosa de la ciudad cerca del parque y el carruaje redujo su velocidad para girar y meterse en el patio trasero de la casa que llevaba a las caballerizas. Casi de inmediato la puerta se abrió y Clod bajó el escalón para ayudarla a descender. —¿Has vuelto a saltar del coche sin que se hubiera detenido?

El lacayo se sonrojó. —Ya casi nos habíamos parado, milady.

Se detuvo ante él sin mirarle. —No quiero que te vuelvas a romper una pierna, no lo hagas más.

—Sí, milady —dijo mientras se alejaba.

Sujetó sus faldas y subió el escalón para entrar en la casa, pues su mayordomo mantenía la puerta abierta. —¿Se han despertado?

—Ni el conde ni lady Stevenson han despertado todavía, milady.

—Que me envíen un té a mis habitaciones.

—Enseguida, milady.

Pasó por las cocinas y dijo a los empleados —Buenos días.

—Buenos días, milady.

—Jane, quiero una tarta especial para esta tarde a la hora del té.

La cocinera sonrió. —Ya lo tenía previsto, milady. Será maravillosa, se lo aseguro.

Sonrió. —Estoy deseando verla.

—¿Algún menú que prefiera?

—Nada de pescado en la comida, a milady no le gusta y hoy es su día, ya le pondremos pescado mañana.

—Como diga, milady. ¿Cordero?

—Perfecto.

—¿Y esta noche?

Intentó reprimir su ira porque esa noche no podría pasar la velada con su sobrina, tenía que ir a una estúpida fiesta. —Una cena ligera para milady, nosotros cenaremos en casa de los Marqueses de Towcester. Tengo entendido que pondrán un buffet frío.

El servicio asintió mientras se alejaba. Subió las escaleras de servicio y al llegar arriba allí estaba su doncella, que a toda prisa le desabrochó su capa mostrando su vestido de mañana en muselina azul claro.

—¿Y bien?

—Sigue roncando, milady. Hace media hora pasé por la cocina y su asistente de cámara todavía estaba desayunando.

Más tranquila se acercó al espejo del hall y apartó la rejilla de su sombrero antes de sacar el alfiler que lo sujetaba a su hermoso cabello pelirrojo. Le dio el sombrero a Molly y se pasó las manos por su cabello para asegurarse de que estuviera bien peinado.

—Está preciosa, milady. Perfecto —dijo su doncella por lo bajo.

Se quitó a toda prisa los guantes y en cuanto su doncella los cogió, esta fue hacia las escaleras de servicio para subir al segundo piso. Venice subió las escaleras principales y al ver que el valet de su padre salía de su habitación se tensó. —¿El conde se ha despertado ya?

—Sí, milady. Iré a que le preparen el desayuno para que esté listo en cuanto baje.

—Recuerde que los huevos deben estar cocidos en su punto. Ayer no fueron de su gusto.

—Sí, milady.

En cuanto se alejó, ella fue hasta su habitación y entró a toda prisa.

—Nos hemos librado, milady —Molly sonrió cerrando la puerta para asegurarse de que no las oía nadie. —Hoy no te ha pillado —

dijo colocando su sombrero en su caja—. Al menos no tendrás que escuchar su sermón ni sus amenazas de cada semana.

Venice fue hasta la ventana y la abrió dejando que el fresco de la mañana le diera en la cara.

—Venice, te acatarrarás. —Después de colgar la capa cerró el armario. —¿Qué vestido saco para la aburrida noche que te espera? ¿El de encaje en los volantes o el de las rosas en el pecho?

—El de encaje, me gusta más el escote.

—Lo plancharé.

—¿Está todo listo para esta tarde?

—Será el mejor cumpleaños que ha tenido una niña en Londres —dijo orgullosa—. Todo está preparado para colocarse en el salón rosa como dispusiste.

Sonrió. —Espero que le guste su regalo.

—Le encantará.

La puerta se abrió y su hermosa niña, que ese día cumplía seis años, entró en la habitación en camisón y con sus hermosos rizos negros alborotados. —¡Es mi cumpleaños, tía!

La cogió en brazos y la giró haciéndola reír. —Y lo celebraremos esta tarde. Vendrán muchos niños y podrás jugar en el jardín. Recibirás bonitos regalos y todos verán a la niña más buena y bonita de toda Inglaterra.

—¡Sí, sí!

Observó a la alegría de su vida, la única que tenía. Su padre apareció en la puerta con una sonrisa y la niña gritó loca de contenta queriendo bajar para correr hacia él. —¡Abuelo, es mi cumpleaños!

El conde de Montville la cogió en brazos riendo. —Felicidades, mi niña. —La besó en la mejilla. —¿Lista para tu día?

—¡Lista! ¿Me dará mi regalo ahora, abuelo?

—No, es una sorpresa que verás esta tarde. He preparado algo especial.

Venice se tensó porque no le había contado nada y últimamente no le gustaban nada las sorpresas de su padre. Lord Charles la miró. —Espero que la fiesta de esta tarde sea perfecta, hija.

—Lo será.

—Quiero que mi nieta disfrute mucho. —La besó en la mejilla y la dejó en el suelo. —Ahora debes vestirte, jovencita.

—Sí, abuelo.

—Darás tus clases como cualquier otro día, sabes que la disciplina es esencial en la vida.

Paris salió corriendo tan obediente como siempre. El conde la miró a los ojos. —Hoy has llegado más tarde, hija.

Enderezó la espalda y él sonrió con cinismo. —¿Crees que puedes engañarme?

—No pretendo engañarle, padre. Sabe perfectamente a dónde voy cada viernes.

—Y te he dicho mil veces que debes dejar de ir.

—No pienso abandonar a mi madre.

Entró en la habitación y le hizo un gesto a Molly para que les dejara solos. Esta salió a toda prisa cerrando la puerta.

—Ya hay demasiados escándalos en esta familia como para que busquemos más.

—El último escándalo se lo buscó usted solo al encerrar a mi madre en una institución mental.

Dio un paso hacia ella. —¿Qué querías que hiciera? Oye voces, ha perdido totalmente la cabeza —dijo entre dientes.

Le miró fríamente y Charles apretó los labios. —Por mucho que quieras hacer de mí un monstruo no lo soy. Otro te hubiera encerrado en tu habitación por tu desobediencia.

—Lo hizo, padre, ¿no lo recuerda? Me encerró en mi habitación los primeros tres meses de su ingreso en ese sitio

horrible. Si no se acuerda de eso, igual el que está perdiendo la cabeza es usted, padre.

—¡Lo hice por tu bien! ¡No pensaba consentir que intentaras sacarla de allí!

Ella iba a decir algo, pero él gritó —¡Basta! ¡No puedes salvarla! ¿Crees que no lo intenté todo antes de tomar ese paso que nos deja en evidencia ante toda la ciudad? —gritó con impotencia.

—Nunca aceptaste que fuera distinta —dijo con rencor sorprendiéndole porque era la primera vez que le tuteaba en su vida —. No me puedo creer que seas tan cobarde.

—¿Cómo te atreves? —Con furia la agarró del cuello. —¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono con todo lo que te he consentido en la vida?

—Venga, aprieta. Que esta noche todos vean las huellas en mi cuello, eso te dejará aún más en evidencia.

La soltó de inmediato rojo de la impotencia.

—No fuiste capaz de defender a tu propia sangre y no has sido capaz de cuidar a tu esposa.

—¡No podía hacer nada! Pero a ti voy a salvarte cueste lo que cueste. —Fue hasta la puerta. —Esta noche lord Fillion irá a la fiesta. Piensa en pedir tu mano y si es así la aceptarás.

—¿Para acabar muerta como Paris? Ni hablar.

—¡Harás lo que te diga! —Intentó controlarse y antes de salir la miró a los ojos. —Sé que estás furiosa conmigo, que me odias, pero eres mi hija y pienso hacer lo posible para que estés a salvo. Yo elegiré a tu marido, no pienso volver a cometer el mismo error.

Salió de la habitación y su labio inferior tembló por las ganas que tenía de gritar de la impotencia, mientras sentía que el mundo temblaba bajo sus pies. Sollozó volviéndose y se tapó la boca con la mano para reprimir el sonido de su dolor.

Su doncella entró en la habitación con la bandeja del té y al darse cuenta de su estado dejó la bandeja sobre la mesa de al lado

de la ventana antes de regresar a la puerta para cerrarla. Se acercó a su señora y la abrazó. —Shusss… No llores, todo irá bien.

Venice se aferró a ella. —Es un cobarde.

—¿Y no tiene una buena razón para serlo? Teme perderte, amiga. Todo lo ocurrido es mucho más de lo que cualquier hombre normal pueda masticar. No entiende lo ocurrido ni como sois vosotras. Por mucho que amara a tu madre, no ha sabido digerir lo que le ocurrió a lady Paris.

Apretó los labios apartándose.

—Ahora tómate un té, que te hará sentir mejor.

—No voy a casarme con él, me repugna.

—Eso es porque no es el amor de tu vida.

—Pues no. —Se sentó a la mesa y miró la bandeja. —¿Por qué hay solo una taza?

—Porque ya me tomé un té justo antes de tu llegada. —Se sentó en la silla de al lado y empezó a servirla. —Y no me apetece.

—¿Seguro?

Sonrió. —Seguro, tómalo tranquila. —Le puso la taza delante. —Dicen que es muy buen partido.

—No le amo, me parece un gañán y cuando me sonríe se me revuelve el estómago.

—Sí, te repugna. Te das cuenta de por qué lo ha elegido, ¿no?

—Claro que sí, porque es el hombre más estúpido de la tierra.

—No quiere que se dé cuenta de lo que ocurre en vuestra familia y si es idiota no amenazará tu vida.

—De lo que no se da cuenta es que nosotras no podemos convivir con cualquiera. Mi madre le eligió a él por algo.

—Y tu hermana eligió muy mal, no quiere que ocurra de nuevo. Eres la única hija que le queda y no quiere más escándalos. Ya habéis tenido bastantes.

Bebió de su té. —Eso mismo dice él.

—Y tiene razón. En dos años ha muerto tu hermana, tu cuñado está en prisión y tu madre en esa institución. Aunque el conde ha dicho que tu madre está en el continente, se empieza a rumorear que ha ocurrido algo extraño. —Apretó los labios. —¿Cómo estaba?

—Sigue sin hablarme.

—¿No estaba dormida esta vez?

—No, me han dicho que últimamente duerme muy poco y ha adelgazado muchísimo. Estoy aterrada, no puedo perderla también.

—Sácala de allí —dijo asustada porque para ella era como una madre.

La miró a los ojos. —Sabes que no puedo, lo juré. Se lo juré a ella.

—Ese juramento lo hiciste con diez años. Creo que dadas las circunstancias puedes olvidar esa tontería.

—Ella tampoco se escapa de allí y te aseguro que no sería difícil.

—Seguro que todavía no se puede creer lo que ha hecho su marido. Y no me extraña, que te traicione el amor de tu vida metiéndote en ese sitio tan deprimente debe ser terrible.

—Creo que madre quiere castigarnos.

No disimuló su sorpresa. —¿Por qué habría de castigarte la condesa, Venice? Tú no hiciste nada.

—Exacto, no hice nada. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Paris habló conmigo el día antes de su muerte, sabía lo que estaba pasando y no se lo dije a mi madre. Me culpa de su muerte. —Una lágrima corrió por su mejilla. —Aquella noche me preguntó qué ocurría, que Paris no era la de siempre y no le conté la verdad.

—Se lo prometiste a tu hermana, amiga. Puso un peso muy grande sobre tus hombros y si me permites decirlo no fue justa, te ató las manos a ti y a tu madre que no sabía nada. Pero cuando te hizo esa pregunta, tú no sabías que tu cuñado iba a tirarla del

carruaje y que se iba a golpear la cabeza con esa piedra. Fue una terrible fatalidad.

—Todavía no me puedo creer lo que pasó. Iba a cumplir veinticuatro años… Y cuando se conocieron se amaban tanto, ¿cómo pudieron terminar así?

—No lo sé, amiga. Todo lo que ocurrió aquella semana fue muy raro. El barón no era el de siempre y ella tampoco. Parecía agotada, ¿recuerdas? Y su humor parecía haber desaparecido. Y lo que te dijo, que ya no se fiaba de él, que tenía miedo…

—Después de lo ocurrido con su matrimonio y el de mis padres, ¿quién creería en el amor?

Molly sonrió con tristeza. —Debes reconocer que cuando las cosas iban bien iban mejor que bien.

Asintió y se limpió la cara con la mano sonriendo con tristeza. —Éramos muy felices.

—Jamás he visto tanto amor en una familia, es una pena que estéis así con todo lo que os queréis. —Alargó la mano y cogió la suya. —Sé que tu padre te echa de menos, Venice, habla con él. Convéncele de que saque a tu madre de ese sitio horrible, es primordial para salvar lo que queda de vuestros corazones rotos.

—No cederá. Por mucho que le he rogado no ha dado su brazo a torcer. Mis lágrimas no han servido de nada. —Se quedó mirando su taza pensando en lo ocurrido. —¿No es extraño?

—¿El qué, Venice?

—No he vuelto a soñar con ellas desde que ocurrió todo. Con ninguna de las dos, es como si las borrara de mi mente a la hora de irme a la cama.

—El cuerpo es muy sabio y seguro que si soñaras con ellas no descansarías como debes. Reprimes esos recuerdos para que puedas pegar ojo.

La puerta se abrió de golpe y la pequeña Paris entró en la habitación preciosa con su vestido blanco y sus lacitos en sus moñitos.

—Ah, ah… ¿Qué te he dicho mil veces?

La niña se detuvo en seco. —Es tu habitación, tía. En las otras llamo antes de entrar —dijo antes de acercarse como si nada.

Su niñera llegó corriendo con cara de que no podía con ella. —Lo siento, milady, se me ha escapado cuando íbamos hacia el comedor del desayuno.

—Tía, ¿has llorado? —preguntó preocupada—. Tus ojos están rojos como cuando se llora.

—He estornudado muy fuerte y mis ojos se han llenado de lágrimas, ¿por qué iba a llorar si soy muy feliz? —Acarició su mejilla. —¿Por qué iba a llorar cuando te tengo a ti?

Soltó una risita. —Sí, es verdad.

Se echó a reír y Molly también. Ada se acercó y alargó la mano. —A desayunar, milady.

—¿Bajarás?

—Voy enseguida. Tengo que ultimar unas cosas con Molly e iré antes de que te comas la primera salchicha.

La niña cogió la mano de su niñera y le dijo con desparpajo —¿Por qué no tengo yo el cabello como mi tía? Mi mamá también lo tenía de ese color.

—Porque Dios decide de qué color debes tener el cabello y con él no se discute, que si lo ha elegido así es por algo. —Cerró la puerta.

—Ah…

Apretó los labios volviendo la vista hasta Molly que gimió. —Ya sé lo que vas a decir y es mejor que te lo ahorres.

—No quiero que le enseñe esas cosas a la niña.

—En esta sociedad son anglicanos, milady —dijo su amiga con ironía—. Debes simular que tú también lo eres.

Gruñó levantándose. —Cuando la niña esté en sus clases y no pueda vernos, empezaremos a decorar el salón del cumpleaños, díselo a Sullivan.

—Entendido, pero tú deberías dormir algo que también tienes la fiesta esta noche y te agotarás. Ya supervisaré yo la decoración, déjalo en mis manos.

Yendo hacia la puerta pensó en todo lo que tenía que hacer y puede que su amiga tuviera razón. No había dormido mucho y no es que hubiera descansado demasiado en las pocas horas que había cogido el sueño la noche anterior. Además, tenía la preparación y la fiesta del cumpleaños de la niña. Eso sin contar que tendría que acicalarse para ese baile que seguramente acabaría de madrugada y terminaría agotada. Sí, debía descansar un rato. —Tienes razón, aunque no suelo dormir la siesta hoy haré una excepción, será un día muy intenso. Además, disimular ante ese estúpido me agotará hasta la extenuación y debo guardar las fuerzas.

Molly soltó una risita. —Prepararé tu ropa de cama.

Salió de la habitación. Al llegar al rellano una luz le llamó la atención y giró la cabeza para mirar el cuadro que habían hecho de toda la familia hacía tres años. Al fijarse en su hermana se le cortó el aliento porque sus ojos verdes parecían atraer la luz. Sintiendo que algo temblaba en su interior se acercó al enorme retrato. De repente el rostro de su hermana se volvió hacia su marido y le sonrió cogiéndole del brazo antes de besarle en la mejilla. Su padre rio con la pequeña París sobre sus muslos y su madre acarició sus ricitos antes de mirarla a los ojos. —Ha llegado la hora, cielo.

—¿Madre?

—Tu vida va a cambiar, prepárate. —Sonrió. —No tengas miedo.

—¿Hija?

Se sobresaltó volviéndose. Su padre estaba en el pasillo que iba hacia su habitación y la miraba fijamente. —¿Qué ocurre?

Se sonrojó. —Nada.

—No me mientas, ¿qué ocurre? —Se acercó muy preocupado. —Has dicho algo de tu madre, ¿está bien? —La agarró del brazo

mirando a su alrededor para cerciorarse de que no les escuchara nadie. —¿Le ocurre algo?

No se lo podía creer, aún se preocupaba por ella. —¿Por qué la tratas así cuando te ha amado tanto, cuando la has querido tanto…? No lo entiendo.

—Lo he hecho por su bien, te lo aseguro. —El conde apretó los labios antes de volverse e ir hacia las escaleras.

Venice se acercó al cuadro y les observó durante unos minutos, pero en esa ocasión no ocurrió nada. Les echaba tanto de menos, que sintió ganas de gritar de la frustración. Apretó los labios antes de volverse. ¿Su vida iba a cambiar? Eso de que no tuviera miedo no le había gustado un pelo, porque su madre sabía que no era precisamente asustadiza. Bueno, no tenía tiempo para pensar en eso ahora. Había mucho que hacer.

Sentada en el salón rodeada de niños, veía a su pequeña abriendo el enorme regalo de su abuelo. Rio porque no podía tirar de tanto papel, pero su sobrina no se dio por vencida e insistió para mostrar un hermoso piano pintado con bonitos pajaritos. La pequeña a la que le encantaba tocar, chilló de la alegría tirándose al conde. —Gracias, gracias…

—De nada, mi princesa.

Venice sonrió emocionada. —¿Así que te gusta tu regalo?

Paris la miró con picardía. —Sí, pero me falta el tuyo.

—¿Qué es? ¿Qué es? —preguntó Lady Sarah tan impaciente como su amiga.

En ese momento un cachorro de Shih Tzu entró en el salón y Paris gritó de la sorpresa corriendo hacia él. —Despacio, cielo. No lo asustes —dijo levantándose.

Su niña se arrodilló ante él y se miraron a los ojos. Fue amor a primera vista y sonriendo miró a su padre que tenía lágrimas en los ojos de la emoción. Sintió su dolor y se dio cuenta de que igual

había sido demasiado dura con él. Sin pensarlo le cogió del brazo y su padre acarició su mano demostrándole todo lo que la había echado de menos. —Le encanta —dijo él con la voz congestionada de la emoción.

—El piano es lo más hermoso que he visto nunca, padre.

La miró a los ojos. —Es la única de la familia que tiene oído para la música.

Rio asintiendo. —Cierto.

—Mira, tía.

Ambos miraron hacia la niña que tenía a su perrito en brazos y parecía que estaba de lo más a gusto. —Se llamará sacerdotisa.

Su corazón dio un vuelco y le faltó el aliento mientras su abuelo reía. —Es demasiado largo.

Paris miró la carita de su perrita mientras su amiga le acariciaba el lomo con cuidado. —¿Rayito?

—Ese es perfecto. —Miró a su hija y frunció el ceño. —¿Estás bien?

Su otra mano tembló al acercarse a su frente. —Me falta un poco el aire…

A toda prisa su padre la cogió en brazos antes de que se desmayara y la niña perdió la sonrisa de golpe. —¿Tía?

—Está bien, no te preocupes. ¡Ada!

—Me encargo de los niños, milord.

Molly corrió tras ellos escaleras arriba y cuando su padre la tumbó sobre la cama gritó —¡Qué venga el médico de inmediato!

—Estoy bien, padre —dijo respirando hondo—. No sé lo que ha ocurrido.

—Molly, que se meta en la cama a esperar al doctor.

Parecía asustado y ella cogió su mano mirándole a los ojos. —Estoy bien, padre.

—No puedo, no puedo perder a nadie más —dijo torturado de dolor.

Se echó a llorar y sin poder evitarlo se abrazó a su cuello con fuerza. El conde respondió pegándola a su pecho. —Mi niña… Mi preciosa niña… Lo siento mucho.

—Sácala de allí.

—No puedo.

Se apartó para mirar sus ojos. —¿Por qué? Está sufriendo.

—No puedo, ella me lo pidió.

Se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—Ella me lo pidió, hija. Sabía que haría algo que nos comprometiera a todos y me lo rogó.

Negó con la cabeza. —No, no.

—Me dijo que no fuera a buscarla hasta que te casaras.

Palideció de nuevo. —Por eso tu empeño…

—No, no solo por eso. —Suspiró. —Necesitas un marido que no interfiera en tu vida, cielo. Alguien que no te trate en un futuro como Peter trató a tu hermana.

—Eso no lo puedes prever.

—He llegado a un acuerdo con lord Fillion. Él no será un marido al uso y te dará toda la libertad que quieras.

—¿No será un marido al uso? —No entendía lo que quería decir.

—Todavía eres demasiado inocente para entender ciertas cosas, pero digamos que a él no le gustan demasiado las mujeres.

—¿No le gustan las mujeres? Si babea a mi paso.

—Hija, está disimulando.

Entonces recordó cómo una vez miró a un apuesto joven que le había pedido un baile en una merienda a las que podía asistir. En aquel momento pensó que deseaba salir a bailar con él más que ella. Asombrada le miró. —¿No me digas que…?

—Hay hombres así, cielo. Y también mujeres.

—Hala… ¿Y la reina lo permite?

Hizo una mueca. —No lleva mucho de reina, cielo. Aún es muy joven para saber lo que piensa de este asunto, pero ha llegado a mis oídos que en este año de reinado ha hecho la vista gorda con ciertos allegados que no muestran demasiado sus inclinaciones.

—Entiendo. Por eso se casan, ¿no es cierto? Para que no haya rumores.

—Sí, Lord Filleon necesita esposa para seguir su vida. Y tú necesitas un marido para seguir la tuya.

Se le quedó mirando. —¿Y el amor, padre?

Apretó los labios. —Mira cómo nos ha ido a nosotros, ¿de veras quieres algo así?

—No sé qué responder a esa pregunta. —Se observaron en silencio y se sonrojó. —Siento haber dicho que eras un cobarde.

—Tenía que haberle matado cuando me enteré de lo que había hecho, tendría que haberle arrancado el corazón y no lo hice. Y tu madre… No lo soportaba, tenía esos sueños que la inquietaban y empezó a escuchar voces, lo viste. Una noche me dijo que la ingresara, que sabía que todo iría a peor como no se alejara.

—¿Por qué?

—Hija, no lo sé, no me dio explicaciones. Desde que murió tu hermana no se comunicaba conmigo, estaba rota de dolor y se encerró en sí misma. A veces…

—¿Qué?

—Creí que había perdido la cabeza. Una noche me la encontré mirando una pared y alargaba las manos para tocar el papel pintado. Estaba ida, no reaccionaba por mucho que intenté despertarla y de repente me miró como si no me conociera para decir ha llegado la hora, debes recluirme. Que nadie sepa dónde estoy.

Separó los labios de la impresión. —Hace unas horas me dijo que había llegado la hora, padre, que no tuviera miedo. Y Paris estaba con ella.

—¿Qué quiere decir?

—No lo sé.

Escucharon un gran estruendo y su padre salió corriendo hacia el rellano. El retrato se había caído de la pared y uno de los lacayos intentaba levantarlo. El conde le ayudó y lo apoyaron en la pared. —¿Cómo se ha podido caer?

—No lo sé, milord.

Venice llegó en ese momento y al ver el retrato se preocupó. —¿Se ha roto?

Su padre lo miraba atentamente y negó con la cabeza. —No, hija. Parece intacto.

Venice miró a su madre. Esta bajó los ojos hasta las manos que descansaban en su regazo y se le cortó el aliento porque cogía un libro que en su portada ponía "*Sigue tu destino*". Disimulando su sorpresa le dijo al lacayo —Vaya a por lo que se necesita para colgarlo en su sitio.

—Sí, milady.

En ese momento subía el mayordomo a toda prisa. —Lo siento, milord, no sé cómo ha podido ocurrir.

Su padre que no dejaba de mirar el cuadro como si fuera lo más valioso que poseía en la vida dijo —Que lo cuelguen de… —Al mirar el regazo de su esposa se detuvo en seco por lo que antes no estaba allí y su hija le tiró de la chaqueta para que disimulara. El conde carraspeó. —Que lo cuelguen de inmediato.

El mayordomo se volvió para dar órdenes mientras padre e hija se miraban. Dieron varios pasos hacia atrás para mirar el cuadro. —Busca si hay algo más —susurró a su padre.

Su padre dijo bajito —Esquina izquierda, el color del lazo.

Miró hacia su hermana que tenía los lazos de color verde cuando antes eran azules. Escuchó que a su padre se le cortaba el aliento y le miró. —¿Qué?

—Tu mano.

La mano que tenía cruzada sobre la otra tenía un anillo que antes no estaba ahí. Un anillo de oro con una gran piedra verde. —

¿Lo conoces? —Su corazón retumbó en su pecho porque lo llevaba en el dedo índice y era el dedo donde ellas se ponían el anillo de boda.

—No lo he visto en mi vida.

Siguieron mirando el cuadro y de repente la Venice del lienzo alargó la mano hacia su derecha como si le estuviera diciendo a alguien que se uniera a ellos y una mano de hombre se la cogió estremeciéndole el corazón antes de que la imagen volviera a su estado original.

Se quedaron en silencio hasta que su padre reaccionó. —Hija, tu hermana sonreía.

—Sí.

—Lleva muerta dos años y sonreía —dijo en shock.

—Padre, creo que está pasando algo. —La miró como si tuviera cuernos. —Sí, ya sé que esto es muy extraño, pero te has casado con tu mujer, no te sorprendas tanto.

—¿Estás segura de que lo ha hecho tu madre?

—Claro que sí, ¿crees que he sido yo?

—Estás aquí y ella no.

—Me parece increíble que hayas dicho eso. ¡Padre, lo juré!

Gruñó mirando el cuadro. —¿De quién era esa mano?

—Tengo la sensación de que no era de ese hombre con el que pretendes casarme, porque no le tocaría ni con un palo.

—Estupendo —dijo entre dientes—. Hija…

—Lo que tenga que ser, será. Y si tengo que casarme para que mi madre vuelva a casa, me casaré cuanto antes. Solo tengo que encontrar al hombre que es dueño de esa mano, estoy segura.

—Si no me gusta no te casarás.

—Eso ya lo veremos.

—Hija…

De repente sonrió. —¿Sabes qué?

—No, ¿qué?

Sus preciosos ojos verdes brillaron con fuerza. —De pronto siento la imperiosa necesidad de ir a esa fiesta.

Capítulo 2

En el carruaje estaba muy nerviosa y no sabía por qué. —Tu primera fiesta de noche y ni siquiera has tenido tu presentación como correspondía en su momento. —Su padre sonrió con tristeza por lo que pensaban y era la razón por la que habían tenido que suspender su temporada, el fallecimiento de su hermana. —¿Nerviosa?

—No debería vestir de blanco, aún estamos en semi-luto.

—Hace dos años ya, nadie puede culparte por asistir a una fiesta. Además, ya has asistido a meriendas y al teatro, no se sorprenderán demasiado por verte allí.

Asintió mirando por la ventanilla.

—Estás tan hermosa… Si te viera tu madre.

Entrecerró los ojos. —Tengo la sensación de que me ve.

—Pues me alegro mucho.

El carruaje se detuvo ante la gran casa y Clod vestido con librea abrió su puerta para ayudarles a bajar. Su padre salió primero mostrando su impecable traje de noche y alargó la mano hasta ella. Venice la cogió con su mano enguantada hasta encima del codo y como empezaba a llover se ajustó la capucha sobre su cabeza. Descendió mostrando su capa blanca ribeteada con piel de zorro blanco, regalo de su padre para su presentación dos años antes.

Venice elevó la vista hacia la casa que era realmente hermosa, pero sus ojos fueron a parar a una de las ventanas superiores donde una joven de rizos morenos miraba a través del cristal.

—¿Todo bien?

Sintiendo algo que la inquietó, intentó disimular y asintió. —Sí, padre. De momento todo bien. No sabía que los marqueses tenían una hija, creía que eran recién casados.

—No tienen hijas, acaban de llegar de su luna de miel.

Entonces igual esa joven era la misma marquesa, aunque le extrañaba porque había demasiada gente esperando en la puerta y eso era porque sus anfitriones estaban saludando a sus invitados. Puede que aquella joven fuera de la familia. ¿Por qué pensaba tanto en ella? No lo sabía, pero tenía una sensación extraña con ella.

Subieron los escalones y menos mal porque empezaba a llover bastante. Ya en el interior del hall, se quitó la capucha mostrando sus hermosos rizos pelirrojos, recogidos en un primoroso moño alto con varios tirabuzones cayendo sobre sus hombros alabastro. Se quitó la capa y se la entregó a alguien del servicio al igual que su padre, que entregó su sombrero y su abrigo. Charles se estiró la chaqueta y ella cogió su brazo siguiendo la fila. —¿Estás nerviosa? —preguntó en voz baja.

—No, sorprendentemente ahora ya no.

Su padre sonrió con orgullo.

—Sobre lo de esta tarde…

—Padre déjalo, sabes que estos temas del corazón no pueden cambiarse. —Le sonrió. —Pero me alegra que me hayas contado lo que ocurrió.

—Ni yo sé lo que ocurrió, cielo.

—Pues me alegro de que estemos mejor.

Él sonrió. —Y yo, no sabes cómo.

—Nuestra niña se lo ha pasado bien, ¿verdad? Lo estamos haciendo bien.

Su padre acarició su mano enguantada. —Serás una madre maravillosa.

Se sonrojó de gusto. —Debemos buscarle un buen profesor de piano.

Unos invitados se apartaron y mostraron a la joven pareja. La marquesa era realmente bonita con un hermoso cabello rubio y una dulce sonrisa que mostraba que era alguien de trato afable. Le gustó al instante. Su marido no era tan atractivo, pero sus ojos demostraban que era alguien cordial. —¿Les conoces mucho, padre?

—No demasiado. Conocí al padre del marqués, era un pésimo jugador de bridge que perdía fortunas en las mesas de juego. No se casó con él por su dinero, eso te lo aseguro. —Dieron un paso al frente y los ojos de la marquesa coincidieron con los de Venice, se le cortó el aliento porque sintió que tenían mucho en común. La marquesa sonrió y dejando con la palabra en la boca a los invitados que estaban saludándoles en ese momento, avanzó hacia ella e hizo una inclinación tan pronunciada que cualquiera diría que saludaba a la mismísima reina de Inglaterra, lo que hizo murmurar a los demás invitados que estaban allí. Azorada Venice susurró —Marquesa incorpórese, por todos los rayos.

Esta sonrió enderezándose y cogió sus manos. —Es un placer para mí que haya asistido a mi fiesta como recién casada, milady.

—¿Me conoce?

—Hasta ahora no, pero tengo la impresión de que seremos grandes amigas. —Su marido se puso a su lado. —Querido, ¿nos presentas?

El marqués sonrió. —Disculpen a mi esposa, es algo impulsiva. Cielo, te presento al conde de Montville y supongo que usted será su querida hija, lady Venice Russell. Conde, le presento a mi esposa, lady Caroline Forrester, marquesa de Towcester.

—Es un placer —dijo la reciente esposa muy excitada—. Es un gran placer.

Sonrió. —Muchas gracias, milady. Es un recibimiento muy efusivo por su parte y se lo agradezco mucho.

Caroline soltó una risita. —Espero que disfruten muchísimo de la velada. Me permitirá hablar con usted después, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo extrañada por cómo había formulado la pregunta—. Estaré encantada.

—Bien, disfruten, disfruten…

Su padre tiró de su brazo y aún desconcertada por su comportamiento se dejó guiar. —¿Qué le pasa a esa mujer? —preguntó su padre por lo bajo—. Parece que ha tenido una aparición.

—Ha sido raro, ¿no?

—¿Tendrá algo que ver con lo del cuadro?

—No lo sé, padre. —Entraron en el salón de baile donde había una multitud. —No sé qué está pasando, pero madre dice que no tenga miedo y pienso hacerle caso.

Caminaron por entre los invitados y ella miró a su alrededor con curiosidad. ¿Aquello era una fiesta? Pues tampoco era para tanto, a muchos ya les conocía de verles en el teatro, así que saludó con la cabeza a varias conocidas que no podían disimular su sorpresa por verla allí. Estaba cerca de la enorme chimenea ahora apagada saludando a unos conocidos de su padre, cuando empezó la música y miró hacia el centro de la sala de baile donde los invitados se apartaban para mostrar a sus anfitriones. Mirándose a los ojos empezaron a girar por la pista de baile. Separó los labios de la impresión por el amor que destilaban y cuando ellos giraron, la mirada de Venice se topó con un hombre de cabello negro, que caminaba al otro lado de la pista por detrás de los que observaban a la feliz pareja. Su corazón retumbó en su pecho y sin aliento le siguió con la mirada, pero se perdió entre toda aquella gente. Rayos.

Su padre cogió su mano. —¿Bailas, hija?

—Por supuesto.

El conde la llevó a la pista de baile donde los invitados se unían a sus anfitriones para girar al ritmo del vals. Venice ni se dio

cuenta de cómo empezaban a bailar porque miró hacia donde había visto a ese hombre por última vez.

—Hija, ¿ocurre algo?

—No lo sé. —Sonrió a su padre. —Me ha parecido… —Entonces le vio bailando con una joven y pasaron a su lado haciendo que Venice se detuviera en seco sin dejar de contemplarle porque era realmente apuesto. Sus ojos eran grises y su sonrisa robaría el aliento a cualquier invitada a la fiesta, pero tenía algo en su interior, una fuerza que la excitó de una manera que la sonrojó.

—Hija, ¿te encuentras bien? La gente nos está mirando.

—Oh… —Sin dejar de mirar a ese hombre permitió que su padre la guiara por la pista.

—Como no dejes de mirar al duque, estarás en boca de todos antes de que te des cuenta —dijo su padre entre dientes.

—Es él, padre.

La miró espantado. —¿El duque de Rencliffe? Es un disoluto sin remedio, no sé cómo el barón le ha dejado bailar con su primogénita. Seguramente porque desea que su hija sea duquesa, pero corre un riesgo, eso te lo aseguro.

La palabra disoluto consiguió captar su atención. —Preséntamelo.

—Ni hablar.

—Padre…

—He dicho que no. No puede ser él, es un don Juan de la peor calaña —dijo entre dientes.

—Eso es porque no me ha conocido a mí. Madre también decía de ti que eras ligero de cascos antes de conocerla.

—¡Hija!

Le rogó con la mirada. —Es él.

Charles apretó los labios y ella le escuchó gruñir. Venice le buscó de nuevo, pero sus ojos se encontraron con los de la chica morena de la ventana, que estaba al borde de la pista de baile

mirándola fijamente. Y parecía furiosa, de hecho, sus ojos demostraban que la odiaba y no entendía por qué. Entonces el hombre de sus sueños se detuvo a su lado y la muchacha cogió su brazo mirándole como si le perteneciera. El baile acabó y su padre dijo por lo bajo —Tendré que buscar a alguien que me presente, nunca hemos hablado y sería extraño que me acercara para presentarte.

—¿Sabes quién es esa joven que le acompaña?

—¡Lady Venice! ¡Lady Venice!

Se volvió para ver que su anfitriona se acercaba con una mujer más mayor que ella, que sonreía como si estuviera loca de contenta con su presencia. —Milady, quiero presentarle a mi madre. Lady Beatrice Hobson, Baronesa de Pleasley. Madre, ella es lady Venice Russell —dijo como si estuviera impresionada.

Su madre hizo una reverencia hasta el suelo. —Es un honor, un honor se lo aseguro.

—El honor es mío —dijo con educación entendiendo cada vez menos de su comportamiento—. Por favor, incorpórese, está llamando la atención.

—Oh… —Se enderezó a toda prisa. —Es que me alegro tanto de tenerla al fin entre nosotras, que me ha podido el entusiasmo. —Se sonrojó. —Siento mi indiscreción, milady.

—¿Al fin entre ustedes? No comprendo.

—Oh… Pues verá, milady, llevamos mucho tiempo deseando saber de usted.

—Lady Hobson…

Esa voz le cortó el aliento y Venice sintiendo que el suelo temblaba bajo sus pies, se volvió lentamente para ver esos ojos grises que le habían robado el corazón.

—¿Sí, duque? —preguntó la mujer.

—¿Me presenta?

—Duque esas no son formas —dijo su padre molesto.

—No sea tan estricto, conde —dijo la baronesa riendo—. Es evidente que lady Russell le ha impresionado y necesita conocerla imperiosamente.

—Absolutamente. —Cogió su mano y se la besó mirándola a los ojos. —Lady Russell…

Estaba fascinada por su porte y su sonrisa, pero algo en su interior que no había percibido hasta ese momento la congeló, por lo que no correspondió a su sonrisa como debería. —¿Me permite un baile, milady?

—No. —Se volvió dejando a todos con la boca abierta y su padre sonrió cogiéndola del brazo. —Padre, ¿vamos a beber algo? Estoy acalorada.

—Sí, por supuesto.

El duque apretó los labios mientras se alejaban y su anfitriona se sonrojó hasta la raíz del pelo. —Lo siento muchísimo, duque, pero…

—No necesito tus disculpas —dijo entre dientes—. Arréglalo. Ahora.

La joven asintió. —Sí, por supuesto.

Su padre la llevó hasta una de las sillas y la sentó antes de coger una copa de jerez de una de las bandejas. —¿Qué acaba de ocurrir?

—Algo en su interior no me gusta. Es él, pero ocurre algo que no comprendo.

Su padre se tensó. —¿Es como si quisiera hacerte daño?

Levantó la vista hasta sus ojos. —Algo así, no estoy segura.

—Hija, lord Phillion es más seguro.

Su anfitriona se sentó a su lado sobresaltándola y le sonrió como una loca. —El duque me ruega que se lo piense, milady.

—¿La ha enviado?

—Pues sí. —Soltó una risita. —Eso demuestra que está prendado, ¿por qué no le permite un baile? Solo uno para que se

quede tranquilo. Por favor, hágalo por mí, está hospedado en mi casa y sería un poco incómodo que no se sintiera a gusto.

—¿Quién es esa muchacha morena que estaba en una de las habitaciones superiores cuando llegué?

—Oh, es la hermana del duque. Lady Pearl.

—¿Por qué se hospedan con usted, no tienen casa en Londres?

—Sí, hija. Y una bien grande en la zona más cara de la ciudad.

—El duque es muy rico e importante, pero tiene obras en su casa en este momento por eso se hospeda aquí. Pero sí que es rico, mucho, y muy apuesto, ¿no cree?

—No hace falta que intente que me entre por los ojos, milady —dijo con franqueza—. Es obvio que es un hombre como ya no quedan.

—Me alegro de que se haya dado cuenta.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

La miró sin comprender. —Un baile.

—No, quiere mucho más. A su hermana no le he caído en gracia, eso es evidente.

La marquesa carraspeó. —¿Eso cree?

—No se haga la tonta, desde el otro lado de la pista lleva lanzándome puñales con los ojos desde hace un rato.

La marquesa miró hacia allí y perdió algo la sonrisa. —Discúlpeme.

Se levantó y padre e hija vieron como la marquesa atravesaba la pista de baile entre las parejas para llegar hasta ella, algo totalmente inaudito. La agarró del brazo y le dijo muy seria unas palabras. La hermana del duque soltó su brazo de mala manera antes de volverse y salir por la puerta que daba al jardín.

Los ojos de Venice recorrieron la pista hasta los del duque que la observaba fijamente. Sonrió con descaro y este elevó su copa

de brandy antes de beber. Miró esos labios húmedos sintiendo que su estómago se ponía del revés y apartó la mirada sonrojada. Ese hombre era un peligro. No tengas miedo…, escuchó que decía su madre.

—Tengo la sensación de que aquí está pasando algo muy raro —dijo el conde.

Se levantó. —Pues ya somos dos.

—Hija, no te quita ojo. Está dejando claro a todos en esta fiesta que tú eres su objetivo. Es tan descarado que toda la alta sociedad especulará sobre si pedirá tu mano.

—Deja que piensen lo que quieran.

Un joven se acercó a su padre e inclinó la cabeza. —Conde, me alegro de verle —dijo mirándola de reojo.

—Hija, te presento a lord Reginald Peterson.

—Mucho gusto.

Él se inclinó. —Un placer, milady. ¿Le gustaría bailar conmigo? Para mí sería un auténtico placer y me sentiría muy honrado.

—Es muy amable, milord. —Cogió su mano. —Será un placer

El joven sonrió, pero antes de llegar a la pista el duque les interceptó impidiéndoles el paso. —Desaparece —le dijo a su acompañante mirándola a los ojos fijamente.

—Pero…

El duque volvió la vista hacia él. —¿No me has oído?

El joven casi salió corriendo de la pista y el duque alargó la mano mientras ella intentaba controlar su excitación porque esa mirada había alterado cada centímetro de su cuerpo. —Milady, ¿piensa rechazarme de nuevo?

Sabía que sería un escándalo hacerlo tan públicamente, así que cogió su mano. El shock al tocar su piel fue tal que le robó el aliento y en su mente se vio con él riendo antes de que la abrazara mirándola con tanto amor, que se dijo que por sentirse así una sola vez en la vida merecía la pena arriesgarse. Él la cogió por la cintura

con la otra mano y empezaron a bailar un vals. —Demasiado atrevido, duque —consiguió decir.

—No suelo dejar pasar lo que quiero en mi vida.

—Eso sí que ha sido descarado, pero su reputación le precede.

—Tonterías. Y llámame Jerome.

—Jerome…

Él miró sus labios. —Oírte decir mi nombre es embriagador.

—¿Y cuál es su apellido, duque?

—Drake.

—Dragón sagrado.

Los ojos de Jerome la miraron con apreciación. —Pues sí, significa eso.

Su corazón dio un vuelco al entender lo que le ocurría. —Interesante.

—No tanto, mi padre se llamaba igual. Y mi abuelo. De hecho, creo que soy el vigesimoquinto en la familia.

—¿Lo cree o lo sabe?

Mirandola fijamente dijo —Lo sé.

—Siendo una niña mi madre me contó una historia. De un joven con un corazón tan fuerte que luchó por la vida de su dueña casi perdiendo la suya. Ella era una bruja y para salvarle la vida y protegerle de sus enemigos le dio la fuerza de un dios. El hechizo provocó que sus ojos se volvieran rojos en la lucha y decidió llamarle Drake.

—Bonita historia.

—También dice la historia que esa bruja pagó las consecuencias. Por traspasar la línea con un humano fue desterrada y por mucho que él la buscó nunca volvieron a encontrarse.

Él apretó su mano y a Venice se le cortó el aliento. —La amaba más que a su propia vida, pero después de unos años creyéndola muerta, porque sino hubiera vuelto con él, se dio por

vencido y se casó con una mujer que le dio hijos, pero nunca sintió por ella lo que sintió por la bruja. Dicen que su corazón se endureció tanto que nunca amaría de nuevo y en su lecho de muerte le dijo a su primogénito que nunca sería feliz hasta que entregara su corazón a una bruja. Sin querer lanzó a su propio hijo una maldición que le perseguiría a él y a sus descendientes durante siglos.

—Ridículo.

—¿Eso cree, duque? ¿No tiene corazón de dragón? Tiene fama de disoluto, ¿busca a su bruja?

Él sonrió con cinismo. —Pues entonces estoy en el sitio correcto. Las brujas abundan en la alta sociedad.

No pudo menos que sonreír. —No lo sé, apenas he vivido esta vida que por lo visto usted desprecia tanto.

—¿La desprecio?

—Es evidente. —Decidió ser directa. —¿Qué quiere, duque?

Su rostro mostró admiración. —Eres debutante y yo estoy soltero, ¿no es obvio?

—Nada es obvio en ti —dijo tuteándole como hacía él—. Ocultas algo.

—Igual que tú, preciosa.

Se sonrojó por el cumplido, pero no se distrajo. —¿Qué oculto yo?

Se acercó de manera impropia y susurró a su oído —Ocultas tu verdadero ser.

Su respiración se aceleró y cuando él se apartó se miraron a los ojos durante los últimos compases del baile. Jerome se detuvo y besó su mano. —Te espera un futuro prometedor y yo estaré a tu lado. No tengas miedo, es tu destino.

—¿Mi destino?

—Nuestro destino, preciosa. —Besó su mano de nuevo antes de ponerla en su brazo e ir hacia su padre que estaba de lo más preocupado. Al salir de la pista el duque le dijo a su padre —Tu hija

y yo tenemos mucho de lo que hablar y por el bien de todos, creo que debemos salir al jardín para que no demos a esta gente más carnaza para cuchichear. ¿Nos acompañas, conde? Tengo la sensación de que querrás oír esto.

—Por supuesto que os acompaño —dijo entre dientes—. Ahora suelta a mi hija.

Él apartó el brazo sonriendo con ironía. —Por supuesto, conde. ¿Me acompañan?

Venice cogió el brazo de su padre y caminaron hacia las puertas dobles que daban al jardín. Al salir al fresco de la noche, se dio cuenta de que había dejado de llover y bajaron los escalones de piedra que llevaban al jardín. Sorprendida vio que su anfitriona, su madre, la chica morena llamada Pearl y cinco mujeres más estaban reunidas ante el invernadero. Se acercaron y todas inclinaron la cabeza hacia ella como si le debieran respeto, lo que tensó a su padre. Les dejaron pasar primero al interior del invernadero. —¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó el conde molesto.

Jerome fue el último en entrar y cerró la puerta. —No tienes que disimular con nosotros, Charles, sabes bien lo que está pasando. Tu hija ha encontrado a su pareja. —dijo mirando fijamente a Venice —. Aunque si te digo la verdad no me esperaba esto. Me lo habían contado, pero no podía creérmelo, porque una bruja sin poderes es una vergüenza para su raza.

Venice se tensó. —¿Qué has dicho?

—¿No te das cuenta de que al aceptar el hechizo que te hizo tu madre, te ha dejado indefensa?

—¿Cómo sabe…? —Su padre estaba asombrado.

—Porque son brujas, padre. —Sonrió irónica intentando asimilar lo que acababa de decir. —Y él es un protector. Diría que es el hombre de más rango del aquelarre, ¿no es cierto? Tiene más poder que muchas de ellas, aunque no tenga sus dones, su palabra es ley.

Una mujer de unos sesenta años se adelantó apoyándose en un bastón con el mango de oro. —Esto es un desastre, ¿cómo pudo Melissa hacer algo así? Ocultándola de nosotras. ¡Nos mintió! ¡Dijo que estaría preparada en su momento y es evidente que no es así!

—Wendolyn tranquilízate —dijo la marquesa intentando aplacarla—. Su rango hará que se ponga al día antes de que os deis cuenta.

—¡La necesitamos ahora!

—¿Pero qué dicen estas mujeres? —Su padre tiró de su brazo. —Vámonos hija.

—Ni hablar —dijo Jerome—. ¿O quieres que tu hija muera?

Charles se tensó. —¿Qué has dicho?

—Ya han muerto siete brujas en todo el país —dijo Wendolyn —. Alguien nos está exterminando y es evidente que no la ven venir porque no les da tiempo a defenderse. Por mucho que intentamos convocarla es inmune a nuestros hechizos, incluidos los de protección. ¡Solo la sacerdotisa puede detener tanto mal y no está preparada como debería por la estúpida de tu mujer!

—¿Cómo se atreve? —Su padre dio un paso adelante, pero Venice le detuvo cuando la mujer levantó una mano con una bola de fuego en ella.

Se puso ante su padre para protegerle y ordenó. —Baja esa mano.

—¿Le vas a defender tú? —preguntó con ironía la hermana de Jerome—. Sabemos que tu madre os lanzó un hechizo a ti y a tu hermana, y vosotras lo aceptasteis —dijo con desprecio—. Aceptasteis desprenderos de vuestros dones. ¡Rechazasteis ser brujas! ¡Por eso no sabíais que estábamos aquí! Por eso no tenéis premoniciones, ¿verdad? ¡Y por eso tu hermana no pudo enfrentarse a su hombre antes de que la matara! ¡Lo que le ocurrió fue culpa de tu madre!

—¡Cállate! —gritó haciendo temblar los cristales del invernadero.

La marquesa sonrió. —Bien… No la ató el hechizo, es demasiado poderosa como para eso. La ató su promesa, ha reprimido sus dones tanto tiempo que ha aprendido a vivir sin ellos. —Dio un paso hacia ella. —Pero debe dejarlos salir, milady.

—¿Para qué? ¿Para no volver a dormir tranquila nunca más con sueños que me inquietan? ¿Para hacer conjuros? ¿De qué os sirve a vosotras ser brujas, acaso podéis mostraros al mundo?

—Nosotras cuidamos nuestro legado, aquello que la naturaleza nos dio, su regalo.

—¿Regalo o maldición?

—¿Cómo te atreves? —gritó la hermana de Jerome—. ¡Maldita desagradecida!

Entrecerró los ojos. —Eres una bruja de muy bajo nivel, ¿no es cierto? —Dio un paso hacia ella. —¿Cierto? —Acarició su barbilla elevando su rostro. —Pero tu madre sí tenía poder. Mucho poder. —Se le cortó el aliento. —Era la sacerdotisa… —Separó los labios de la impresión. —Y ha muerto.

—Mi madre murió hace dos meses —dijo Jerome muy tenso —. Y no ha dejado sucesora.

—Aunque todos en nuestro mundo sabemos que eres… —Wendolyn apretó los labios muy disgustada—. Esto es un desastre, creía que estaría preparada. Su madre y su hermana tenían que prepararla para el importante puesto que debía ocupar.

Como si no hubiera dicho nada miró a Jerome. —¿Cómo murió?

—Se le rompió el corazón. Mi padre murió dos días antes, no lo soportó.

—¿Si tu padre encontró a su bruja cómo has nacido así?

Él se tensó y entonces lo comprendió. —Creyó que era ella y se equivocó. Nunca la encontró. —Miró a las demás. —No sé por qué os poneis así por tener entre vosotras una bruja más o menos, hay muchas, dejadme en paz.

Wendolyn exclamó —¿Pero te das cuenta de lo que estás diciendo? ¡Eres la siguiente sacerdotisa y no estás preparada para recibir tus dones!

—¿Que soy qué? —Se echó a reír. —¿Pero estáis locas?

Todas la miraban de una manera que hizo que perdiera la risa poco a poco. —¿Habláis en serio?

—Muy en serio.

Aquello empezó a asustarla. —Estáis equivocadas, no soy la siguiente sacerdotisa.

—¿Pero estás loca? —dijo Pearl dando un paso hacia ella—. Eres la que más poder tiene de nosotras, eres nuestra reina, ¡no puedes rechazar ese honor!

—No lo rechazo, simplemente no soy la persona que buscáis. —La fulminó con la mirada. —Y no te atrevas a hablarme así de nuevo.

—Venice, estás equivocada —dijo Jerome muy serio—. Eres tú. Debes salir para Escocia de inmediato.

—¡No puedo ser yo! ¡No he recibido ningún poder después de que muriera tu madre! ¡Y eso no puede pasar! ¡Si yo fuera la futura sacerdotisa, tendría que haber recibido los dones de tu madre en cuanto expirara su último aliento y eso no ha pasado! Además, jamás se puso en contacto conmigo para hablar de ese tema, ni para hablarme de la ceremonia. Porque si como decís yo soy la sacerdotisa el día de mi veinticinco cumpleaños tendría que haberme dado sus poderes sí o sí. Al menos debería haberse interesado en mí, ¿no creéis? Se habría preocupado por conocerme un poquito ya que iba a darme el mando de un montón de brujas… ¡Pues no la he visto en mi vida, así que no puedo ser yo!

—¡Eres tú! ¡Se sabe desde tu nacimiento! —gritó Jerome.

No, aquello no podía estar pasando. —Buscad a otra, seguro que hay muchas que desean ese honor.

—¡Eres un insulto a nuestra raza! —gritó Pearl.

Alargó la mano y un lazo de fuego salió despedido hacia Pearl que la cogió por el cuello elevándola. Pearl agarró la soga que rodeaba su cuello mostrando a todas que le faltaba el aire. —Te dije que no volvieras hablarme así.

Las demás sonrieron y Jerome se puso a su lado. —Preciosa, bájala.

El lazo desapareció haciendo que cayera al suelo ante ella y Pearl se arrodilló como pudo inclinando la cabeza. —Lo siento, mi reina.

—¡No me llames así!

—Venice… —Volvió la vista hasta Jerome que apretó los labios. —No podrás evitarlo.

—Le juré a mi madre que no usaría los poderes y habéis hecho que faltara a mi juramento. ¿De veras creéis que soy la sacerdotisa que necesitáis?

—Es evidente que no, pero eres la única que tenemos —dijo Wendolyn furiosa—. Pero ya tomaré medidas para que esto no vuelva a pasar. ¿Estás de nuestro lado o no?

—¡No! ¡Buscad a otra!

Pearl levantó la vista sorprendida al igual que lo estaban las demás. De repente escucharon una risa y todas miraron hacia Jerome. —No habla en serio.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Preciosa, porque si no eres la sacerdotisa nunca me casaré contigo.

Se le cortó el aliento y él se acercó para besarla en la mejilla. —Ese es mi destino. —Se volvió y salió del invernadero dejándola sin saber qué decir mientras las demás le seguían a toda prisa.

—¿Quién demonios es ese hombre? —preguntó su padre pasmado.

—Mi hombre, mi pareja, el padre de los hijos que tenga en el futuro. ¿Quién es él? Es mi alma y me ha puesto entre la espada y la pared.

Capítulo 3

Sentada en su carruaje sonrió con tristeza. —Madre me lo dijo una vez, ¿sabes? Me dijo que sería la sacerdotisa en un sueño, pero no me la tomé en serio. Y después cuando nos obligó a jurarle que no usaríamos nuestros poderes porque nos ponían en peligro, creí que se había dado cuenta de que no sería tan importante y que no merecía la pena que practicara lo poco que me había enseñado. —Sonrió con tristeza. —Pensé que era una bruja de poco rango y como ella estaba tan preocupada accedí a no usar mis dones.

—Lo hizo por mí —dijo su padre muy tenso—. Sabía que todo lo que rodeaba a su vida me alteraba, temía por ella, por lo que pensaría la gente… El día del nacimiento de tu hermana recé porque fuera varón, recé con todas mis fuerzas.

—Y luego llegué yo.

—Os amo muchísimo, pero no es fácil tener brujas en la familia, te lo aseguro. —Sonrió con tristeza. —No podíais tener niñeras. Tu hermana fue algo más fácil, pero tú… Una vez incendiaste la casa, ¿lo sabes?

Negó con la cabeza.

—Y aún no tenías una semana.

—Eso no puede ser. Los dones se van desarrollando a medida que se crece.

—Hace muchos años tu madre me dijo que eras especial, que se esperaban grandes cosas de ti. No llegará a ser como Morgana, pero se quedará muy cerca, me dijo con orgullo.

Se le cortó el aliento porque Morgana había sido la bruja más grande de todos los tiempos.

—Yo estaba aterrado, por eso gran parte de tu infancia la pasamos en el campo, lejos de todo el bullicio de Londres. Ella se encargó de vuestra educación, pero cuando tu hermana cumpliera diecisiete años tendría que presentarse en sociedad, debíamos volver a Londres, así que un año antes tu madre y yo hablamos. No podrías controlar tus poderes con esa edad, estabas a punto de cumplir los once años y ya eras muy poderosa, así que pensó en el hechizo. Pero ella no tenía tanto poder como tú, así que…

—Me hizo jurarlo, me hizo aceptar el hechizo para que me atara a mí misma.

—Exacto. Y todo fue bien durante unos años, fue muy bien. Tu hermana se casó, tuvo a Paris y al fin parecíamos una familia normal.

—Hasta la muerte de Paris.

—Tu madre no lo soportó, me echaba y se echaba la culpa de lo ocurrido. Fue demasiado para ella. Empezó a oír las voces el día del funeral de tu hermana, empezó a tener sueños que la torturaban porque no la habíamos enterrado según sus costumbres. Hablaba en sueños y empezó a decir que el mal nos acechaba.

—¿No te recriminó que tu yerno siguiera vivo?

—No, se lo recriminaba a sí misma, por eso dijo que la encerrara en algún lugar donde la retuvieran, donde la aislaran de todo. Debía alejarse, eso dijo. Debía alejarse de ti.

—¿De mí?

—Dijo que estaba hechizada por algún mal y que solo debía sacarla cuando te casaras.

—¿Por qué no me contó nada de esto?

—No lo sé, pero se ha cumplido mi mayor miedo.

—Soy la sacerdotisa. Tranquilo padre, soy lo bastante mayor como para controlarme.

—Ese es mi único consuelo —dijo mirando hacia la ventanilla —. Pero no quiero perderte, cielo, y eso que han dicho de las otras brujas, que solo tú podrás superar a su enemiga… No, esto no me gusta. Volvamos al campo y olvidémonos de todo.

—Lo haría, te lo digo en serio, pero no puedo, padre.

—El duque es el problema.

Sonrió divertida. —Sí, lo es… Se ha convertido en un problema que no voy a poder eludir. Será mi marido y por conseguirle haré lo que sea.

A la mañana siguiente bajó del carruaje ante la casa de los marqueses y subió los escalones con Molly a su lado.

—¿Lista? —preguntó su amiga.

—Tan lista como puedo estarlo dadas las circunstancias.

La puerta se abrió cuando Molly iba a coger el llamador de bronce y el mayordomo inclinó la cabeza. —Lady Russell, la marquesa la espera en el salón azul.

Pasó ante él y el mayordomo le indicó por donde debía ir hasta que abrió una puerta. Allí estaban la marquesa y su madre que se levantaron en el acto. —Buenos días.

—Buenos días, milady. Roberts, puedes dejarnos solas —dijo lady Caroline con una dulce sonrisa en el rostro.

Molly entró en el salón tensándolas. —Tranquilas, es mi doncella, me conoce mejor que yo misma. —Se quitó los guantes y los dejó caer sobre la mesa de centro, pero Molly los recogió de inmediato al igual que su sombrero. Se sentó en la butaca y las miró. —¿Dónde está?

—El duque ha considerado que era mejor que habláramos con usted primero —dijo Beatrice.

—Así que lo ha considerado. —Divertida miró la bandeja del té ya preparada. —¿Quién tuvo la premonición de que iba a venir

esta mañana?

—Yo —dijo Caroline.

—Pues no quiero té, me acabo de tomar uno.

La marquesa se sonrojó. —¿Un jerez?

—Ahora hablamos el mismo idioma. —Suspiró mientras la misma marquesa se levantaba a toda prisa para servirla. —Bien, ¿y ahora qué?

Caroline se volvió llevando dos copitas de jerez. Le ofreció una a Molly con una sonrisa y a Venice le gustó ese gesto. Molly sonrojada lo cogió. —Gracias, marquesa.

—Por favor, siéntese con nosotras.

Molly lo hizo tímidamente dejando el sombrero de su señora a un lado. —Gracias.

Cuando Caroline se sentó la miró a los ojos. —¿Ha cambiado de opinión?

—¿Acaso tengo otra opción? Mi hombre me ha puesto entre la espada y la pared. Si le quiero a mi lado, tendré que hacer esto, ¿así que por dónde empezamos?

Caroline sonrió. —No está preparada para cuando reciba sus dones, ¿su madre le ha dicho lo que ocurrirá?

Negó con la cabeza y ambas apretaron los labios antes de que Beatrice dijera —El día en que llegue el momento recibirá muchísimo poder, el poder que necesita para dirigir a las brujas de todo el mundo.

—Hala… —dijo Molly haciendo que la miraran—. Eso es muy serio, milady.

—Eso parece —dijo como si fuera un aburrimiento—. ¿Y?

Beatrice dijo —Si no está preparada para recibir tanto poder, este la matará. Normalmente a las sacerdotisas se las prepara desde niñas para ese momento. Desgraciadamente usted no está lista para ello.

—Madre, seguro que será fácil que llegue a ese nivel. Solo tenemos que enseñarla.

—¿En Escocia? —preguntó antes de dar un sorbito a su jerez —. ¿Por qué en Escocia?

—Es increíble que su madre no le haya contado nada de esto —dijo Beatrice.

—Por algo lo haría así —dijo sin darle importancia.

—En Escocia la sacerdotisa tiene su casa y es donde se instruyen a las jóvenes brujas, pero debido a su falta de preparación, haremos que se vayan cada una a su casa para dedicarnos a usted y que no vean…

—¿El desastre de sacerdotisa que soy?

—Tenemos que proteger su reputación, nadie se puede enterar del poco nivel que tiene.

—¿Por qué? —preguntó Molly intrigadísima.

—Porque alguien puede querer ocupar mi puesto. —Levantó una ceja mirándolas. —¿O no es por eso? En este momento seguro que hay brujas más poderosas que yo.

—Más poderosas no, con más habilidades aprendidas sí —dijo Caroline—. En este momento es una bruja de bajo nivel y por mucho que quisiera no podría enfrentarse a mí, por ejemplo. Pero cuando desarrolle sus poderes, incluso sin recibir los dones de nuestra difunta reina, nadie podrá superarla.

—El duque vendrá conmigo o sino no hay trato.

—Por supuesto que lo hará, él supervisará su aprendizaje. Es hijo de una sacerdotisa y sabe perfectamente cómo debe comportarse, para eso la instruirá él. También vendrá Wendolyn. —Hizo una mueca. —Sé que no han empezado con buen pie, pero para las pociones y los hechizos no hay otra mejor. —La miró a los ojos. —Pero usted no quiere saber eso…

Molly la miró sin saber a qué se refería.

—Dímelo.

Caroline sonrió. —Sabía que disimulaba todo el poder que tenía.

—Sé que es mi pareja, pero no puedo ver nuestro futuro ni he soñado con él.

—Otras tampoco perciben nada de sus parejas ni tienen el don de la clarividencia.

—Pero tú sí, veo ese don en ti.

Sus ojos brillaron. —Solo percibo imágenes.

—¿Me llegará a amar o no?

—Eso no puedo contestarlo. —Se adelantó. —Pero lo que sí sé es que antes de su veinte cumpleaños lo sabrá y antes de ser sacerdotisa podrá elegir si le quiere en su vida o no.

Bufó. —Para eso aún queda año y medio.

—Es lo que hay. Es todo lo que veo.

Pensó en ello. Sabía que ya había entregado su corazón, pero era lo que había. Las brujas tenían esa desgracia, cuando se enamoraban lo daban todo por sus parejas y puede que ellos las amaran o no. Y esa era precisamente la desgracia porque como sus maridos no las amaran el dolor podía ser muy profundo, aunque harían lo que fuera porque ese hombre siguiera a su lado. Por eso lo que le había ocurrido a su hermana había sido tan desgarrador, siempre pensaron que la amaba intensamente y descubrir de repente que no era así, les había destrozado. ¿Estaba dispuesta a correr el riesgo? Y tanto que sí, porque su corazón ya se moría por él. Como si le hubiera invocado la puerta se abrió y allí le tenía. Estaba muy apuesto con un traje marrón con chaleco a juego.

—Hola, preciosa.

Molly dejó caer la mandíbula del asombro siguiéndole con la mirada. Jerome se agachó a su lado y besó a Venice en la mejilla. —¿Te encuentras menos alterada esta mañana?

—Cielo, no me provoques.

Él cogió su copa y se la bebió de un trago. —Algo pronto para beber, ¿no? Mejor aléjate del alcohol, puede hacer que pierdas el

control. —Fue hasta el mueble bar y dejó la copa. —¿Lista para el viaje, querida?

—Tengo mis condiciones.

Él se volvió. —¿Condiciones?

—No te separarás de mí y si no quiero hacer algo no lo haré. ¿No soy la sacerdotisa? Yo decido.

—No, preciosa, decidiré yo. Tú aún estás muy verde para saber lo que te conviene a ti y a todas las brujas que dirijas. Primero aprende y después tomarás el mando.

—¿Y cuándo estaré preparada según tú?

—Cuando lo considere, no antes. Hasta entonces para mí serás una aprendiz más y te trataré como tal.

—Te tomas muchas libertades cuando no tienes poderes.

—Oh, claro que los tengo. —La miró fríamente. —Tengo el poder de destrozar tu corazón, así que tengo más poder que nadie.

Palideció. —No deberías haber dicho eso. En un ataque de furia podría matarte, tengo entendido que alguna lo hizo en el pasado.

—Te matarías a ti misma antes de hacerme daño.

Le divertía tener tanto poder sobre ella. —¿Cuándo lo supiste? —Él la miró sin entender. —Que serías mi pareja, ¿cuándo te enteraste?

—Oh, hace años. Mi madre me lo dijo siendo niño. Tuvo un sueño.

Se le cortó el aliento. —¿Y qué fue lo que vio?

—Vio nuestra boda, preciosa. Eso es lo que vio, pero como sabes bien eso aún puedo cambiarlo si no cumples mis expectativas.

—La leche —dijo Molly por lo bajo haciendo que la miraran. Esta forzó una sonrisa—. Perdón.

—Molly te presento al duque de Rencliffe, mi marido.

—Todavía no, preciosa, aún tienes mucho trabajo por delante. —Fue hasta la puerta. —Si me disculpáis tengo cosas que hacer

antes de que partamos esta noche. Iré a buscarte, no lleves demasiado equipaje, mucho peso retrasará el viaje. Y no se lo digas a nadie, no quiero que sepan que sales de Londres.

—Mi padre…

—Tu padre no vendrá, es mi última palabra —dijo firmemente antes de cerrar la puerta.

Apretó los labios antes de mirarlas y estas se sonrojaron agachando la mirada porque era evidente que la había humillado. —Me parece que tengo mucho que aprender.

—Sí, milady —dijo Caroline —. Pero tranquila, que nos dejaremos la piel para que llegue a ser lo que las nuestras necesitan.

Subió los escalones a toda prisa y no le dio tiempo a llegar cuando el mayordomo de Castle Hall ya había abierto. Sorprendido dijo —Milady, no la esperábamos…

—¿Dónde está? Rápido, no tengo mucho tiempo.

—En la terraza, milady. —Le indicó con la mano. —Venga por aquí.

Caminaron a toda prisa por un pasillo lateral y el mayordomo dijo —Por aquí es más rápido. —Abrió la puerta de un salón donde había varias personas del servicio hablando y la directora del centro se puso en pie.

—Ahora no —dijo con firmeza cruzando el salón hasta las puertas dobles de cristal que el mayordomo abrió a toda prisa. Salió a la terraza y allí estaba su madre sentada en una silla de forja mirando hacia el infinito. —Déjennos solas.

El mayordomo cerró las puertas de cristal y su madre volvió la vista hacia ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se acercaba. —¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo hice. ¿No lo recuerdas, mi cielo? Eras muy pequeña, pero estoy segura de que recuerdas aquel sueño.

—¡Esto es una locura! ¿Cómo lo saben? ¡Pueden equivocarse! Nunca he medido mi fuerza con nadie, ¿por qué saben que soy yo?

—Porque la sacerdotisa lo soñó la noche de tu nacimiento y así me lo hizo saber a mí y a todos. Varias brujas más tuvieron visiones en los meses posteriores.

—¿Qué visiones?

—A ti sentada en el trono con todas las brujas postradas ante ti.

—¿Y no me preparaste para esto? ¡Creí que era mentira, una fábula como las que me contabas de niña! Madre, ¿qué está pasando?

—Vete a Escocia con tu marido. Haz lo que tengas que hacer para conseguir el puesto para el que has nacido.

Tensa preguntó —¿Tendré problemas?

—Sí, pero estoy segura de que demostrarás que vales para ser la reina de todas las nuestras.

Se agachó ante ella cogiendo sus manos. —¿Por qué no me preparaste para esto? ¡Dímelo! ¡Es una orden!

Su madre no pudo dejar de mostrar su sorpresa.

—¿No soy la sacerdotisa? Me debes obediencia. ¿Por qué no me preparaste?

Sus ojos sonrieron. —Porque sentí que debía ser así.

Entonces tuvo un presentimiento. —¿Por él?

—Necesitas este tiempo a su lado para que abra su corazón, cielo. Endurecido por siglos de soledad no te será fácil. —Acarició su mejilla. —Incluso puede que no lo consigas y necesito que seas feliz, ahora lo necesito más que nunca.

—Pienso conseguirlo.

Su madre sonrió. —Trabaja mucho, hija. Mantente a salvo hasta el momento en el que te den el honor de ser su reina y recibas tus poderes, es primordial que sobrevivas para ese día. Y lucha, mi

cielo, deberás demostrar a mucha gente que eres la persona adecuada.

—Ven conmigo.

Negó con la cabeza. —Debo quedarme aquí, pero iré a verte cuando llegue el momento. —Llevó las manos a su cuello y se quitó el colgante que llevaba desde que Venice tenía uso de razón. Un péndulo de oro. Se lo puso al cuello emocionándola. —Si algún día flaqueas y crees que no puedes conseguir mantenerte a salvo, acaricia el péndulo, eso te dará mis fuerzas.

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque no podía convencerla. —Padre…

—Tranquila, estaré a su lado. Ya has encontrado a tu marido, ya puedo volver a casa. Pero no lo haré hasta que te vayas.

—¿Por qué? Ven conmigo.

—No discutas, hija. Tiene que ser así. —La abrazó con fuerza. —Ahora te daré un último consejo y no tiene nada que ver con tus dones, tiene que ver con tu corazón. —Se alejó mostrando en sus ojos todo lo que la quería. —No dejes que su fuerza aplaste tu amor, un amor que ya sientes de manera intensa porque es el hombre destinado para ti desde que naciste. Jerome usará eso para plegarte a sus deseos, no lo consientas por mucho que te duela, pero tampoco le humilles contradiciéndole ante tus súbditas, no aplastes su orgullo. Ha nacido para protegerte, pero tu palabra es ley, debéis conseguir el equilibrio, hacer un frente unido, porque sino consigues su amor puede convertirse en un enemigo brutal. Debe comprender que tú eres la razón de su existencia, debe entender que sin ti perdería cualquier oportunidad de encontrar el amor. Este momento, este único momento en que os habéis encontrado los dos, no volverá a repetirse jamás, es la última oportunidad que tenéis de ser felices.

Se le cortó el aliento. —Soy ella, ¿verdad? La bruja del cuento, la que le dio la fuerza que necesitaba al dragón sagrado.

—Tu amor le salvó la vida una vez, pero no conseguiste salvar su alma ni la tuya, ahora tenéis otra oportunidad, cielo. La última

oportunidad, no la desaproveches.

Venice se puso en pie dándole un beso en la mejilla. —No pienso desaprovecharla. Awen, madre.

—Awen, mi cielo. Que la luz te proteja y te guie en tu difícil camino.

Reprimiendo las lágrimas se alejó a toda prisa recordando sus palabras. No dejes que su fuerza aplaste tu corazón. Un corazón que empezaba a entender la dura tarea que tenía por delante.

Capítulo 4

Bajó las escaleras sintiéndose realmente triste por tener que dejar a su sobrina, pero sabía que Escocia no era el lugar adecuado para ella, al menos de momento. Aunque nunca había demostrado poderes como los que su hermana o ella tenían de pequeñas, había demostrado en sus palabras que veía cosas que el resto de las niñas no percibían, como si iba a llover o si alguien llegaría, lo que demostraba que tenía la materia para instruirse en el futuro. Las lágrimas de su niñita al saber que se iba le habían desgarrado el alma, porque sentía que le quitaba otra madre. Pero no podía hacer otra cosa, debía seguir los consejos de su madre.

Molly la seguía escaleras abajo con su capa de terciopelo verde en la mano. Su padre la esperaba al pie de las escaleras y sonrió con tristeza. —¿Ha llegado el momento?

—Sí, padre. —Llegó hasta él y le abrazó. —No te preocupes por mí, estaré bien.

—No entiendo por qué no puedo ir. Tu madre me dijo una vez que allí había mortales normales y corrientes que trabajaban para ellas.

—¿De veras? Bueno, es lógico porque sino Jerome no pintaría nada allí. —Se encogió de hombros. —Madre lo ha dispuesto así y debo hacer lo que me dice. Y tú debes estar aquí cuando vuelva. —Sonrió. —¿Estás emocionado?

Charles sonrió. —Estoy deseando verla, abrazarla, no sabes cómo añoro abrazarla.

Sintiendo un nudo en la garganta asintió porque ella se moría por abrazar a Jerome, pero sabía que para eso haría falta tiempo.

Escuchó el sonido del carruaje y miró hacia la puerta. —Ya está aquí. —Se abrazó a su padre intentando controlar las lágrimas. —Cuidaos mucho, por favor. Cuida a mamá y a mi pequeña Paris.

—Lo haré, cielo.

Se apartó a toda prisa y se puso la capa que le dio Molly. Solo con la mente abrió la puerta ella misma para salir de la casa. Su amiga la siguió bajando los escalones y la puerta del carruaje se abrió. Sintiendo el corazón en la boca subió al carruaje sentándose frente a él, que estaba muy apuesto con su abrigo marrón. Después de darle al lacayo su bolsa de viaje y la de su señora, Molly se sentó a su lado. Jerome levantó una ceja con ironía. —¿Una doncella?

—Ella viene conmigo —dijo retándole con la mirada.

—Allí hay doncellas de confianza.

—Molly es la persona en la que más confío, no me ha fallado nunca y no pienso ir a ningún sitio sin ella, ¿me he expresado con claridad?

Su amiga levantó la barbilla orgullosa y él suspiró como si fuera un caso perdido. —No se preocupe, excelencia. No pienso asustarme de nada.

La miró fríamente. —Sí que te asustarás y puede que hasta pierdas la vida.

—Si mi vida sirve para salvar la de mi ama, será bien empleada. —Y sin más abrió el libro que tenía en las manos y se puso a leer.

Venice sonrió divertida y él la miró. —Interesante.

—Molly nació en la casa y su madre murió en el parto. La acogimos, la criamos y creció conmigo, es como otra hermana.

—Una hermana que trabaja para ti.

—No te equivoques, Molly está a mi lado y si hace el trabajo de doncella es porque ella quiere.

—Yo me gano mi comida, excelencia —dijo antes de pasar la hoja.

—¿El libro es interesante? —preguntó Venice.

—Tienes que leerlo, es maravilloso.

—Molly es una lectora voraz y aunque no es bruja tiene un don.

—Sorpréndeme.

—¿No te has dado cuenta ya?

Confundido miró hacia Molly y vio como pasaba la página de nuevo. Apenas pasó la mirada por la página y ya pasó a la siguiente. Jerome frunció el ceño viéndola pasar la hoja y tres segundos después pasó otra.

—Eso no puede ser —dijo él incrédulo.

Venice le quitó el libro de las manos y volvió la hoja. —Segunda frase de la página veintiséis.

—Convencido de que así sería, comentó tal posibilidad a su esposa.

Volvió el libro para que él viera la frase. Jerome cogió el libro y volvió las páginas. —Última frase de la página diecinueve.

—Pero, primo… ¿la llevará al correo?

Él hizo una mueca de apreciación. —Interesante.

—Sí que lo es.

—Duque, ¿me devuelve el libro? Me encanta Jane Austen y estoy deseando saber qué ocurre.

Él se lo tendió y Molly lo cogió ansiosa para seguir leyendo. —Sí que es una lectora voraz.

—Cuando está leyendo no le gusta que la interrumpan. Puede pasarse días entre libros, a veces tengo que reprenderla porque hasta se le olvida comer.

Miró los ojos de Jerome que preguntó —¿Te has liberado de tu juramento?

—No creo que haya que preocuparse por eso. Esta tarde he dormido la siesta y por primera vez he soñado contigo, milord.

—¿No me digas? ¿Algo interesante?

—Me rogabas perdón.

—Yo no ruego.

—Esperemos no tener que llegar a eso, marido.

—Todavía no soy tu marido.

—Sí que lo eres. —Le retó con la mirada. —Conseguiré que me ames y no podrás negarte.

—Yo que tú no apostaría por ello.

Se echó a reír. —Me gustas, duque.

—Eso ya lo sé.

Se lo comió con los ojos, no pensaba reprimirse. —Tendremos unos niños muy guapos.

—¿No me digas? ¿También has tenido otro sueño? Cuidado querida, a ver si te los crees y sería un chasco si nunca se cumplen.

—Se cumplirán y colaborarás con gusto para que eso pase.

—Te veo muy segura.

—Lo estoy, milord.

—No pierdas la compostura, puede resultar patético.

—¿Lo dices por experiencia?

Molly soltó una risita y ambos la miraron. —Uy, qué interesante está el libro…

—¿Por qué no le pides un libro a tu doncella? Me aburres —dijo antes de mirar por la ventanilla.

Apretó los labios y entonces su doncella le puso un libro delante. Parpadeó porque era un libro de hechizos. —Ya va siendo hora de que estudie, milady.

—¿De dónde has sacado esto?

Se encogió de hombros. —De la biblioteca.

Asombrada abrió la tapa de cuero y al ver la primera página se le cortó el aliento cuando unas letras doradas aparecieron de

repente. Era la letra de su madre y decía *"Tu futuro está en su interior."*

Jerome frunció el ceño. —¿Qué ha sido eso?

—¿Qué? —Le miró confundida. —Nada.

—¿Seguro? Me ha parecido ver un resplandor en tus ojos. —Le arrebató el libro, pero las letras habían desaparecido. Él levantó la vista hasta sus ojos. —¿Te gustan los juegos, preciosa?

Alargó la mano y sonrió. —Hasta que te he conocido no.

Él chasqueó la lengua y pasó las hojas del libro. —¿Era de tu madre?

—Sí, pero no lo había visto hasta ahora.

—Un poco irresponsable dejar algo así en la biblioteca donde podría cogerlo cualquiera.

—Si conozco algo a mi madre, este libro no puede verlo cualquiera.

Él pasó la hoja y muy serio leyó su contenido.

Venice se adelantó. —¿Entiendes algo?

Elevó los ojos para mirarla. —Algo, aunque no me sirve de nada por ser hombre. —Cerró el libro de golpe haciendo que sus rizos volaran.

—Tú tienes otros dones, eres mi protector. Y no solo protegerás mi vida sino también mi corazón. —Cogió el libro rozando su índice y sintió que su corazón casi estallaba de la felicidad por sentirle. Él separó los labios mientras se sentaba en su sitio y se miraron a los ojos durante varios minutos.

Pero su rostro se endureció poco a poco. —Estudia, lo necesitarás.

Intentando disimular su agitación abrió el libro y vio el primer hechizo, que era para hacer crecer el pelo. Soltó una risita. —Este me lo aprenderé por si lo necesitas en el futuro, duque.

—Muy graciosa.

Pasó la hoja y su madre había escrito un hechizo para hacer crecer las plantas más rápido. —Mmm, interesante…

Él estiró el cuello intentando ver lo que leía, pero cuando Venice levantó la vista miró hacia la ventana de inmediato. —¿No traes a nadie de servicio?

—Sé vestirme solo —dijo con ironía.

—No lo dudo. —Pasó la hoja y parpadeó. ¿Como hacer feliz a tu marido y tener un matrimonio dichoso?

Molly soltó una risita y sonrió porque era evidente que sabía lo que estaba leyendo.

Llévale la contraria, pero con tacto. Que no piense que te tiene, pero asegúrate de que sabe que estarás a su lado para siempre. Dale algún cariño antes de dormir y que se sienta querido. Nunca abandones tu aspecto ni de día ni de noche. Cuando haya hijos no le relegues a un segundo plano, pues tiene que seguir siendo importante en tu vida. Si considera ser infiel debes ser brutal para que le quede claro que eso no va a volver a pasar sin que le traspase un rayo. Eres bruja, así que él puede sentirse algo inferior a ti, hazle entender que es tu protector y que sabes que hará lo que sea para salvar tu vida y tu corazón.

Miró hacia él disimuladamente, pero la pilló de pleno y sonrojada siguió leyendo, pero de repente unas letras doradas aparecieron sobre la tinta negra y parpadeó al leer, hija, tu hombre no es como los demás, deberás tener mano izquierda con él. Ahora siente una gran atracción por ti, aunque intente disimularlo. Poténcialo, explótalo, necesitas que esa llama crezca hasta que ya no pueda vivir sin ti. Venice entrecerró los ojos sin dejar de leer, sé que a las mujeres de esta época nos han enseñado a ser tímidas florecillas, débiles, apocadas, siempre pensando en el qué dirán, pero tú debes ser descarada, demostrarle que es lo que quieres en tu vida, debes convertirte en una luz que le atraiga de una manera que no pueda resistirse. Y lo intentará, hija. Lo intentará con todas sus fuerzas porque quiere demostrar su poder sobre ti. Debes seducirle, volverle loco de deseo, meterte en su cama cuanto antes y

dejar que la magia que hay entre vosotros envuelva su corazón hasta que no se sienta capaz de vivir sin ti. Y después… De pronto las palabras desaparecieron ante sus ojos y jadeó antes de volver la hoja.

—¿Ocurre algo?

Se sonrojó. —Oh, este ya me lo sabía. —Cerró el libro de golpe mientras Molly volvía a reír por lo bajo. La advirtió con la mirada y su amiga siguió leyendo como si nada. Tomó aire por la nariz antes de mirarle. —Todo está muy bien.

—Me alegro mucho —dijo como si le importara un pito.

Pensó en lo que le había dicho su madre, era obvio que lo había escrito cuando pensaba que no tendría oportunidad de hablar con ella y había sido un poco más específica que en Castle Hall. ¿Seducirle? ¡Lo estaba deseando! Es que era tan apuesto, tan gallardo, hacía que se quedara sin aliento solo con su presencia y olía maravillosamente. De hecho, llegó hasta ella su olor de nuevo y se preguntó si también era magia porque la embriagaba de una manera que era como tomarse una copita de jerez. Vamos Venice, necesitas una estrategia, esto es como una batalla y tienes que salir vencedora. Mentalmente desató su botín y frunció el ceño mirando hacia abajo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Oh, nada. —Con la cabeza casi rozando su rodilla levantó lentamente la falda para mostrar su botín desatado. —Se me ha… —Sin incorporarse dejó el libro sobre el asiento y gimió. —Dichoso corsé.

—Ponlo aquí —dijo como si fuera estúpida.

Sonrió por dentro antes de incorporarse para mirarle sorprendida. —¿Qué?

—Yo te lo ato.

Levantó la pierna y la apoyó sobre su muslo. —Gracias.

Él tiró de los cordones con fuerza tensándola y le hizo un nudo doble. —Ya está, ahora ya no se te desatará.

Ni tendría circulación de la sangre, eso estaba claro. Pero no pensaba protestar. Sonrió. —Gracias, duque.

Jerome gruñó. Estaba claro que había esperado que discutiera con él, pero no le había dado el gusto. Tenía que pensar muy bien su estrategia antes de empezar a conquistarle. Su amiga suspiró pasando la hoja. Con Molly delante no es que tuviera muchas oportunidades de seducirle. Tenía que hacer algo porque debía aprovechar ese viaje para avanzar en su relación y cuanto más roce mucho mejor.

Escuchó un grito en el exterior y su cochero respondió con un silbido. Intrigada se acercó a la ventanilla, pero no veía nada raro, así que la empujó hacia abajo para abrirla y sacar la cabeza. Al mirar hacia atrás vio dos carruajes y un carro de servicio. Volvió la vista hacia el otro lado y también había otros dos carruajes. —¿No vamos solos?

Su coche pasó por un bache y se desestabilizó casi cayendo sobre el regazo de Jerome. Le sonrió radiante. —¡Vamos todos juntos!

—¿Quieres entrar de una vez? ¡Hace frío! —La empujó para sentarla de mala manera en su sitio y cerró la ventanilla. Molly se tensó por su mal gesto al igual que ella, pero ninguna de las dos dijo ni pío mientras él mascullaba por lo bajo lo mucho que tenía que aguantar.

Ese rechazo dañó su orgullo de una manera que nunca creyó posible y eso le hizo darse cuenta de todo el poder que tenía sobre ella. Le dio muchísima rabia que dijera algo así como si su presencia fuera insoportable. —Pues vete.

Él la miró sorprendido. —¿Cómo has dicho?

—Vete, seguro que te lo pasarás mucho mejor con otro de nuestros acompañantes. —Dio un golpe al techo sonriendo irónica. —No quiero que tu viaje sea desagradable y se te agríe el carácter aún más, milord. ¡Detén el coche! —ordenó con firmeza retándole con los ojos.

Jerome apretó los labios. —¿Estás segura de que quieres esto?

El coche se detuvo poco a poco. —Dile a lady Caroline que venga. Ahora.

A Molly se le cortó el aliento por lo que era una orden directa y vio como el duque apretaba los puños antes de salir del coche dando un portazo que la hizo temblar en su interior.

—¿Pero qué has hecho?

—Debo imponer límites —dijo pálida sintiendo como le daba una dolorosa punzada a su corazón—. Por mucho que duela.

—¿Te lo decía tu madre en esas letras que no puedo leer?

—Tienes muy buena vista, amiga. —Se apretó sus manos enguantadas temiendo que su arrebato hubiera empeorado aún más su relación. —Rayos, la acabo de fastidiar, ¿verdad?

—Sigue tu instinto, es lo único que tienes.

En eso tenía razón. La puerta se abrió y la marquesa cogió la mano de su marido para entrar. —Mi reina… —dijo él antes de inclinar la cabeza en señal de respeto.

—Gracias, marqués.

El hombre cogió los ladrillos que estaban en el suelo y le ordenó a un lacayo —Traerme los ladrillos calientes de mi carruaje.

Uno de ellos corrió a por su mandado y Venice dijo —Es muy amable, marqués.

—No deben resfriarse.

El lacayo llegó con los ladrillos que habían sido calentados y envueltos en una tela de terciopelo. El marqués los colocó en el suelo, incluso puso uno bajo los pies de Molly. —Gracias, marqués.

—¿Están cómodas?

Su esposa sonrió. —Sí, cielo.

Él le guiñó un ojo antes de cerrar la puerta. Las damas se miraron. —Tiene mucha suerte, marquesa.

—Creo que vamos a ser grandes amigas, así que es mejor que nos tratemos con más familiaridad, mi reina.

Chasqueó la lengua. —Lo estoy deseando.

Molly dejó el libro sobre su regazo.

—Caroline, ella es mi mejor amiga, Molly Hopster.

—Un placer.

—El placer es mío.

—¿Qué acaba de pasar, Venice?

Bufó. —Me ha airado.

—Ya veo. Y tú a él, está furioso porque le has echado del carruaje.

—No estaba muy cómodo desde que se inició el viaje y lo ha dejado muy claro desde el principio. Solo le di el gusto.

—¿Lucha de voluntades?

—Eso parece.

Caroline apretó los labios antes de mirar por la ventanilla.

—Venga, no te muerdas la lengua, puedes decirme lo que opinas no me voy a enfadar.

—Has hecho mal. El duque es un hombre muy poderoso dentro de nuestra sociedad, si le llevas la contraria esto puede acabar muy mal.

Separó los labios de la impresión. —¿A qué te refieres?

—¿Acaso no sabes quién es?

—Repito, ¿a qué te refieres?

Perpleja se adelantó. —Por todos los cielos, no sabes con quién te vas a casar ¿verdad?

—Me estás poniendo muy nerviosa. ¿Quieres hablar de una vez?

—Tu marido es el único hombre que tiene los poderes de una bruja. De hecho, es mucho más poderoso que tú, querida. Así que no le provocaría.

Pálida negó con la cabeza. —Eso es imposible. Los varones no nacen con poderes…

—Cierto, pero como su madre en su lecho de muerte sabía que no estabas preparada para ocupar el puesto al que estás destinada, se los cedió a él por ser la persona en la que más confiaba.

—¿Y cómo sobrevivió a ese momento?

—Durante dos semanas pensamos que no lo conseguiría y que os perderíamos a los dos, porque en cuanto muriera esos poderes recaerían en ti y también te segarían la vida. Pero lo consiguió por la fuerza que tiene en su interior, la fuerza que tú le diste hace siglos.

Se le cortó el aliento. —¿Cómo sabes eso?

Sonrió con tristeza. —No sé por qué tu madre te ha hecho esto, pero no te ha hecho ningún favor.

Se tensó por la crítica. —Mi madre sabe bien lo que hace y si me ha mantenido alejada de vosotros será por algo.

Se sonrojó. —No quería ser grosera, milady. Pero no lo entiendo.

—¿Cómo sabes que le di la fuerza que necesitaba?

La marquesa apretó los labios. —La madre del duque se lo dijo a la mía el día en que nació su hijo mayor. De hecho…

—Continúa —le ordenó.

—La sacerdotisa no quiso registrarlo como hacen las sacerdotisas desde hace siglos con todos los hechos importantes que puedan afectarnos.

—¿Por qué no lo registró?

—Porque temía que alguna bruja tuviera alguna visión de lo que iba a ocurrir e intentara matarle. Sabía que iba a ocurrir algo que no había pasado nunca entre las brujas.

—La sacerdotisa sabía de antemano que iba a darle los poderes, ¿no?

—Eso no lo sé, pero Stella era una bruja muy poderosa, todos decían que era casi tan fuerte como su antecesora, la gran Clear.

—¿Clear? —Entrecerró los ojos. —Oí hablar de ella a mi madre. Murió joven, ¿no es cierto?

—En mil ochocientos diez. Su muerte sorprendió a mucha gente, no solo porque fue inesperada a pesar de los ritos de protección para su tercer parto, sino porque la nueva sacerdotisa fue alguien que no se esperaba nadie. Su hermana pequeña Stella recibió gran parte de sus poderes a su muerte. La naturaleza nos sorprendió al darle los dones a ella. Siempre se prueba a distintas brujas para calificar su nivel hasta encontrar la más poderosa, la que pueda enfrentarse a la noche que le otorgan sus poderes y Stella nunca estuvo en la lista. La madre de Jerome acababa de casarse y no se lo esperaba. No se lo esperaba ni lo quería. Ella siempre odió su cargo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que porque su cargo conllevaba mucha presión y se tiene poca libertad. Lo que sí sé es que nunca quiso ese honor e intentó sobrellevarlo durante veintinueve años, pero cuando falleció su marido, dejó de luchar.

—Y le dio los poderes a su hijo.

—Muchas considerarían que es un hombre demasiado poderoso para su propia supervivencia.

Palideció. —¿Me estás diciendo que mi futuro marido tiene más poderes que ninguna bruja, y que ahora estamos en riesgo?

Caroline asintió. —Ya tendrías que haber sido presentada ante todas las brujas como la nueva sacerdotisa. Hay miedo entre ellas porque empieza a haber rumores. Es evidente que si aún no has dado la cara es que Jerome no te ha entregado tus dones. Esta espera siembra cada vez más miedo. Creen y es cierto, que tú no puedes con el puesto y siempre habrá alguna que quiera lo que tú deberías tener. Si alguien os matara a los dos, habría otra sacerdotisa, por supuesto, la naturaleza elegiría a otra, pero si el duque puede tener los dones porque se los entregó su madre, ¿por

qué no traspasarnos los poderes de una a otra? Muchas brujas se están preguntando por qué dejar elegir a la naturaleza, por qué no ceder el poder a una que esté preparada para ocupar el puesto. ¿Entiendes el problema?

—Alguien cree que puede tener más poder para elegir del que le corresponde, ¿no?

—Es lo que tiene alterar tanto las cosas, que la gente se hace preguntas.

—¿Quién es la siguiente bruja más poderosa?

—Margaret Wellington, una americana que está alterando a todas las brujas y viene con ideas muy reformistas.

Tensa dijo —¿A qué te refieres?

Caroline apretó sus manos. —He oído que quiere empezar a mostrar su poder a los humanos para que se den cuenta de lo magnánimas que hemos sido con ellos hasta ahora. Y su marido que es un industrial con mucho dinero la apoya totalmente. Les envían regalos muy caros a las brujas para que estén de su lado. Una amiga me ha hecho llegar una carta suya en donde intentaba convencerla para que se pusiera de su parte y convocar a las brujas para exigir a Jerome que ceda los dones a la que tenga más poder, ya que tú no estás a la altura. Y esa reunión llegará, milady. Tarde o temprano llegará. Muchas se están alterando con la situación de la muerte de varias de las nuestras, la sacerdotisa no las está protegiendo y eso traerá consecuencias. Y lo que menos necesitamos es la anarquía. Las brujas sin alguien que las dirija, sin alguien que las reprenda o las castigue si sobrepasan la línea, pueden ser muy peligrosas.

Apretó los labios y miró hacia la ventanilla. —Así que saben que soy la siguiente y se huelen los problemas que ha ocasionado la sacerdotisa con su muerte. No tiene buena pinta, estarán indecisas.

—¿Te das cuenta del problema? Si la naturaleza ha permitido este cambio de poderes es por algo. Es lo único que las retiene de hacer algo irreparable. Puede convertirse en una guerra de poder como no ha habido nunca.

Volvió la vista hasta Molly que permanecía callada y con expresión serena. —¿Qué opinas?

—La naturaleza ha decidido, os debéis a ella, todas se deben a ella, solo hay que recordárselo. Debes prepararte cuanto antes y continuar tu camino hacia el puesto que debes ostentar con tu marido a tu lado.

—No parece muy dispuesto. —Levantó una ceja hacia Caroline. —¿Alguna explicación para eso?

—Es algo que tendrás que descubrir tú, porque no hay duda de que sois el uno para el otro. Es el destino, eso no puede cambiarse.

—Se resiste por alguna razón.

—Ha estado buscándote mucho tiempo, igual no cree que seas ella.

—Háblame de su padre.

—Un hombre con mucho carácter, pero justo. No fue feliz. Su esposa le amaba por encima de todo como cualquier bruja ama a su hombre, pero él nunca le entregó su corazón.

—Y ella lo sabía.

—Por supuesto, pero se conformaba con los momentos buenos. Llegaron a complementarse muy bien y él siempre la apoyó en todo.

—Pero nunca consiguió su amor. —Recordando las palabras de su madre entrecerró los ojos y al tener una visión de su madre hablando con otra mujer que estaba en un trono dorado se le cortó el aliento.

Molly volvió la cabeza hacia ella como un resorte. —¿Qué?

—Ellas lo tramaron. Mi madre y la sacerdotisa lo tramaron todo —dijo impresionada —. Creían que era una manera de unirnos. Lo hicieron a propósito.

Caroline apretó los labios. —Pues es peligroso. Si Jerome no llega a amarte nunca estaremos en un problema. —Se acercó. —Debes instruirte cuanto antes para conseguir sus poderes.

Enderezó la espalda. —No quiero parecer desagradecida y que creas que desdeño el honor que creéis que me han dado, pero mi prioridad es mi marido.

—¿Cómo te sentirías si por fastidiarte se los entrega a otra?

—Eso no pasará nunca —dijo entre dientes.

—¿Eso crees? ¿Y si Margaret llega a un trato con él?

—Jerome nunca me traicionará.

—Eso espero. Pero te aconsejo que no le lleves demasiado la contraria, él tiene el poder ahora, que no se te olvide.

Asintió. —Ahora háblame de la muerte de esas brujas.

Capítulo 5

En la posada dejó la chaquetilla sobre la cama y se sentó agotada. Molly se sentó a su lado y ambas miraron el maltratado tocador de la habitación que les habían asignado.

—Ni me ha mirado al bajar del carruaje, no ha dejado de hablar con Wendolyn y seguro que no me ponían por las nubes, esa vieja no puede ni verme. —Juró por lo bajo porque odiaba que la ignorara de esa manera.

—Debes tener paciencia.

—Tiene mis poderes, mi corazón y encima no puedo contradecirle, esta relación va a ser muy complicada para mí si tengo que morderme la lengua continuamente.

—¿No te das cuenta de la suerte que tienes?

La miró sorprendida. —¿La tengo?

—Le has encontrado, has encontrado al amor de tu vida, a quien hará que tu corazón lata, solo tienes que convencerle de que eres la mujer que lleva esperando una eternidad. Todavía no confía en ti, puede que piense que se equivoca como se equivocó su padre, así que debes demostrarle que eres de fiar. Debes demostrarle que su corazón es tuyo y que debe entregártelo cuanto antes.

Asintió. —Pero no puedo dejar que me trate con ese desprecio —dijo indignada.

—¿No te das cuenta? Para él eres una descuidada que desdeña sus poderes, ¿cómo iba a dejarte los suyos cuando se los entregó su madre para que los protegiera?

Ella entrecerró los ojos. —Debo hacer que confíe en mí.

—Debes esforzarte como nunca en la vida para llegar a ser la mujer de la que se enamoró hace siglos y que por salvarle fue desterrada. Debes hacer que te admire porque ese es el primer paso del amor y si es realmente tu hombre, todo lo demás vendrá rodado. —Le entregó el libro. —Empieza a estudiar, iré a por algo de cenar y traeré agua caliente para que te asees. Estudiarás toda la noche y mañana quiero que te sepas cada palabra.

—¿Me prestas tu memoria?

—Ja, ja…

Mientras Molly salía de la habitación pasó las primeras hojas para continuar por donde lo había dejado antes de que él se fuera del carruaje. ¿Quería una sacerdotisa? Pues iba a tener una. Hizo una mueca, puede que no fuera la más poderosa, pero sí la más entregada.

Bajó los escalones de la posada bostezando. Rayos, estaba agotada. Entró en el comedor donde algunos ya estaban desayunando y vio a los marqueses en una mesa al lado de la de Wendolyn y otros más que la observaron, pero decidió ignorarlos y se sentó al lado de Caroline demostrando que era su favorita. Esta levantó una ceja. —¿Una noche dura?

—No, ¿por qué? —Miró su desayuno. Gachas. Odiaba las gachas. —¿No hay otra cosa?

—No, la cocinera está muy enferma.

—Una pena —dijo el marqués—. Me han dicho que tiene siete hijos y no tienen padre, se quedarán huérfanos.

Entrecerró los ojos. —¿De veras? —Se levantó sorprendiéndoles y fue hasta el hombre que estaba sirviendo leche en otra mesa. —Disculpe.

El hombre se volvió hacia ella. —¿Sí, milady?

—Me han dicho que la cocinera está enferma. Si quieren puedo ayudar.

—Agradezco su ayuda, milady, pero Patty no vive aquí.

—¿Puede darme su dirección?

La marquesa se acercó. —¿Qué haces?

—Lo que debo —dijo advirtiéndola con la mirada.

La agarró por el brazo y tiró de ella. —No puedes inmiscuirte así en sus vidas, es la ley.

—Yo soy la ley y no pienso dejar que deje a sus hijos huérfanos si puedo hacer algo. —Miró al hombre a los ojos y le ordenó mentalmente que le diera su dirección.

—Vive cerca, siguiendo la carretera del norte es la primera casa a la derecha.

—Gracias.

Salió corriendo y vio uno de los coches ya preparados. —¡Arriba! —ordenó al cochero—. ¡Llévame por la carretera del norte, rápido!

Se agarró las faldas para subir al carruaje y cerró la puerta con la mente. El carruaje se puso en marcha y ella sacó la cabeza por la ventanilla sin ver como Jerome que estaba con uno de los mozos de cuadra la observaba con la boca abierta. —Mierda, se escapa… —dijo entre dientes.

—Perdón duque, ¿decía algo?

Miró a su alrededor y se subió a pelo al primer caballo decente que vio. —¡Duque ese caballo no es el suyo!

Sin hacerle caso salió a galope y siguió al carruaje por el camino que había tomado. Al ver que desaparecía tras la colina juró por lo bajo azuzando su caballo. No tardó en alcanzarla y se acercó a la ventanilla, pero ella estaba de espaldas mirando por la otra. —¿A dónde te crees que vas, mujer?

—¡Aquí, es aquí! ¡Pare!

El cochero tiró de las riendas y se bajó del carruaje antes de que pudiera evitarlo. —¡Venice!

El duque rodeó el carruaje por detrás y se bajó del caballo viendo como hablaba con un joven harapiento de unos quince años que estaba a la puerta con una niña en brazos. —¡Venice!

Miró hacia él, pero en lugar de contestarle entró en la casa. Furioso apretó los puños. —¿Será posible? —Con grandes zancadas se acercó a la puerta y el chico iba a decir algo, pero él le miró a los ojos y dijo —Voy con ella y me dejarás pasar.

—Sí, por supuesto milord, pase.

Él entró en la pequeña casa desvencijada y cuatro niños de distintas edades miraban el fuego dando la espalda a Venice, que estaba sentada en la cama al lado de una mujer que obviamente estaba muy enferma porque sudaba con fuerza y tenía los labios resecos. Su respiración ponía los pelos de punta y Venice susurró —Enseguida estarás mejor. —Puso la mano sobre su pecho y una luz salió de su palma. A la mujer se le cortó el aliento y elevó el pecho como si tomara aire. —Eso es. —Venice sonrió cuando empezó a recuperar el color. —Enseguida te recuperarás, tus hijos te necesitan.

—Joder…

No le hizo caso a Jerome que era evidente que no estaba nada contento de que estuviera allí.

La mujer la miró y su mano dejó de resplandecer. —¿Cómo se encuentra?

—¿Es un ángel?

—No, solo le he dado algo para que se recupere —dijo borrando cualquier recuerdo que pudiera tener de su encuentro—. Ahora ya puedo irme, se encuentra mucho mejor.

—Gracias, gracias —dijo emocionada.

Sonrió. —No ha sido nada.

La mujer quiso tocar su mano, pero debió arrepentirse por no estar lo bastante aseada. Venice se la cogió antes de que la retirara y dijo —Verá crecer a sus nietos.

Llorando susurró —Mil gracias.

Se levantó y fue hasta Jerome. —Déjales unas monedas, esposo.

Él gruñó viendo cómo iba hacia el carruaje. Escuchó a la mujer que se sentaba en la cama. —Es un ángel, ¿verdad?

—Es mucho más que eso, señora. —Metió los dedos en el bolsillo de su chaleco y tiró cuatro monedas de oro sobre la mesa. —Cómpreles zapatos a sus hijos —dijo antes de salir, pero cuando iba a subirse al caballo miró al chico a los ojos—. Ve a Londres y busca la casa del duque de Rencliffe, allí te darán trabajo.

El chico sorprendido se acercó. —Gracias, milord. Iré, gracias.

Cogió las crines del caballo. —Pero nunca dirás nada de lo que veas allí, ¿me oyes? Nada.

—Se lo juro por mi vida, duque.

Miró a la chiquilla que tenía en brazos. —¿Hay alguien que los cuide mientras tu madre trabaja?

—Sí, tengo otra hermana, pero ahora ha ido a por agua fresca al río.

—Bien. —Tiró de las crines. —Cuando vuelva a Londres quiero poder presumir del mejor lacayo de la ciudad.

—Lo hará, se lo juro.

Jerome asintió antes de hincar los talones en su caballo. No tardó en llegar a la posada y cuando entró en el comedor allí la tenía comiendo una tostada con tocino. Se acercó hasta ella y masticando le miró levantando una ceja. —¿Venice?

—¿Uhmm?

Se agachó a su lado. —Jamás vuelvas a irte tú sola, ¿me oyes? Jamás.

—Solo era para…

—Me da igual para lo que fuera —siseó interrumpiéndola—. Jamás vuelvas a alejarte de nosotros, por nada y por nadie.

—¿Ni por ti?

Él golpeó la mesa haciendo que las copas cayeran y todos los comensales les miraron. —Prométemelo, Venice.

Le miró a los ojos y asintió. Jerome se incorporó. —En cinco minutos estaremos en camino. Daos prisa —dijo antes de salir.

Miró a Molly que estaba desayunando sus gachas y esta sonrió. Ella también lo hizo, pero por dentro porque no quería mostrar lo que le gustaba que se preocupara por su seguridad.

Salió de la posada charlando con Caroline y vio que ante la puerta de su carruaje estaba Jerome. Le dio un vuelco al corazón porque la estaba esperando.

—Al parecer vuelvo a mi carruaje —dijo Caroline divertida.

—Llévate a Molly, ¿quieres? Quiero estar a solas con él.

—Qué atrevida, milady. —La marquesa la miró como si no estuviera muy cómoda con la situación. —¿Qué diría la alta sociedad si se enterara?

—No creo que le interese mucho cuando vea un anillo en mi dedo. —Miró a su amiga. —¿Te importa?

—Me preguntaba cuándo sucedería, ya estabas tardando.

La marquesa cogió a Molly del brazo. —Querida, ¿qué libro tienes entre manos? —le preguntó mientras se alejaban.

Se acercó a Jerome mirando sus ojos y su corazón se aceleró con fuerza. —Estoy lista, duque.

—Lo dudo mucho. —Cogió su mano para que subiera al carruaje y él entró tras ella sentándose enfrente. Cuando el lacayo cerró la puerta Jerome levantó una ceja. —Has cambiado el destino de esa mujer.

—Solo podemos sanar si la muerte no está marcada en su destino, solo entonces no puedo hacer nada, lo sabes muy bien. Solo ayudé a que su sanación fuera más rápido.

—Sabes también como yo que si no hubieras entrado en esa casa, esa mujer no hubiera sobrevivido a esta noche.

—A veces el destino puede ser caprichoso.

La miró fijamente. —Que me lo digan a mí.

—Uy, uy… ¿Te estás quejando de tu suerte, querido?

Gruñó haciéndola reír. —Pues yo estoy encantada. Por ti haré lo que sea, incluso ser sacerdotisa.

—No vuelvas a despreciar ese honor, preciosa —dijo entre dientes.

—¿Acaso no lo hizo tu madre?

—No sabes nada de mi madre.

—Yo no, pero lo saben otras.

—Al parecer la marquesa tiene la boca muy grande.

—Nos estamos conociendo, los temas surgen.

—¿No me digas? ¿Y qué más te ha contado?

Por cómo la miraba supo que no quería que supiera que tenía sus poderes, pero mejor ir con la verdad por delante. —Me ha dicho que tienes algo que es mío.

—¿Tu corazón?

—Cielo, no disimules, no es tu estilo.

—No sabes cual es mi estilo, no me conoces.

—Y me muero por conocerte —dijo cortándole el aliento. Le miró con picardía. —No me importa que los tengas tú, si tengo que confiar en alguien que no sea Molly te elegiría a ti.

—Puedo defraudarte, no es la primera vez que una bruja se siente traicionada por su pareja.

—Pero tú no eres como los demás, mi amor —dijo intentando seducirle. Se adelantó—. Tú harías lo que fuera por mí.

—No creas —dijo como si ya estuviera aburrido de la conversación.

Parpadeó porque no se esperaba eso. ¡Y se puso a mirar por la ventana! ¡Podía ayudarla un poco, rayos! Ella no sabía muy bien qué hacer y se lo estaba poniendo muy difícil. ¿Qué haría su madre? No, mejor no se lo imaginaba que pensar en sus padres en un momento así no era buena idea. Piensa Venice. Se enderezó en su asiento. —Uff, qué calor… —Se empezó a desabrochar la chaquetilla y mostró su escote.

—¿Pero qué haces? ¡Si hace un frío que pela, te vas a poner enferma!

—Ya me curarás tú. —Le guiñó uno ojo como había visto hacer a una actriz en el teatro.

De repente su chaquetilla se cerró hasta el cuello y hasta le cerró mentalmente el último botón bajo la barbilla. —¡Ay! ¡Me has pellizcado!

—Preciosa, pórtate bien —dijo entre dientes.

Eso es que le estaba afectando. Abrió mentalmente toda la chaquetilla haciendo que los botones salieran disparados y Jerome entrecerró los ojos viendo la marca en su cuello. —¿Ves esto? —preguntó ella señalándose la marca con el índice—. Me lo has hecho tú, ¿no te da vergüenza?

—Venice…

Su índice bajó por su cuello. —¿Quieres comprobar que no me quedará marca? —Él siguió con la mirada ese dedo que se deslizaba por su piel hasta su escote y Venice vio cómo se tensaba cuando metió el dedo en su canalillo antes de deslizarlo por el borde de su escote. —Me muero porque me toques. —Se adelantó mostrándose aún más. —¿Te gustaría tocarme?

Sorprendiéndola la cogió por la nuca acercándola a su rostro. —Tú no eres virgen —siseó cortándole el aliento—. ¿Con quién has estado? —gritó fuera de sí.

La respiración de Venice se aceleró mirando sus ojos que mostraron llamas anaranjadas tras su color gris. —Con nadie —dijo sin aliento—. Soy tuya, ya lo sabes.

—No te creo —dijo entre dientes antes de agarrarla con la otra mano por el interior de la rodilla acercándola a él.

Venice separó los labios de la impresión cuando metió la mano entre sus piernas. —Como no seas pura te mato. —Rasgó sus pololos y pasó el dedo por su sexo haciéndola gemir por el placer que la traspasó. —No, a ti te han tocado antes. —Metió un dedo en su húmedo sexo y no pudo disimular su sorpresa al llegar a la barrera de su virginidad.

—¿La sientes? —dijo casi sin aliento—. Soy tuya.

Él iba a sacar la mano, pero ella se lo impidió mentalmente. —Preciosa, deja que…

—¡No! —Cerró los ojos inclinando su cuello hacia atrás. —Es maravilloso.

—Joder… ¡No podemos hacer esto! —La empujó con fuerza contra el asiento y ella gimió de necesidad. —¡Deja de intentarlo!

Frustrada gritó —¡Por qué nos niegas esto!

—¡Porque sino no te esforzarás lo suficiente!

No disimuló su sorpresa. —¿Qué?

—No quieres ser sacerdotisa, tu único interés es conseguirme, el puesto te da igual.

—¡Pues ya que lo dices sí!

—¡No puedo consentirlo! ¡Tú eres la elegida!

—¡No quiero ese puesto!

—Pero es que ese puesto no se quiere. ¡Si tú eres la reina es porque debe ser así! ¡Tu madre y tú estáis poniendo en peligro todo por lo que cientos de brujas han luchado durante siglos!

Apretó los labios. —¿Hablas de esas brujas que nos negaron estar juntos en el pasado? ¿De esas? —Le miró con desprecio. —¿Quién eres tú?

—Soy tu hombre, te guste o no.

—¡Pues demuéstramelo!

—No, preciosa. Fuiste tú la que no volviste a mí, fuiste tú la que aceptaste el destierro. Eres tú la que tienes que demostrar que me amas más que a tu propia vida.

Le dio un vuelco al corazón. —No me has perdonado.

La miró con rencor. —¿Sabes cuántos de mis antepasados han sufrido porque no luchaste por mí? ¿Porque no regresaste? —gritó fuera de sí mostrándole esa parte negra de su alma que había sentido en el baile—. ¡He visto como mi abuelo y mi padre simulaban ante sus mujeres, como ellas sufrían porque no eran amadas como merecían porque el corazón de su esposo estaba endurecido de dolor! —Sus ojos se volvieron rojos. —¡Por tu culpa! —La agarró por el cuello. —¡Por tu maldita culpa!

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras él apretaba su cuello, pero no se asustó porque le faltara el aliento, no podría matarla, no podría. —¿Y te atreves a intentar seducirme? No preciosa, eso no va a pasar. ¡Por una maldita vez vas a hacer lo que te corresponde!

Ella gimió sin moverse, sin ser capaz de dejar de mirar la furia de sus ojos. Una furia que había visto antes y entonces le vio con una espada en la mano corriendo en su dirección para librarla de alguien que la agarraba por los brazos tirando de ella. La Venice del pasado miró hacia atrás al escuchar su nombre y ella gritó —¡Vete!

Él no le hizo caso y gritó levantando la espada para atacar a quien estaba reteniéndola. Entonces todo cambió y miles de imágenes de él aparecieron en su memoria, le sonreía, la acariciaba y la abrazaba mientras tumbados en la cama reían de algo que ella había dicho. Se vio a sí misma elevando su rostro para mirar sus ojos y le dijo —Te amo, eres mi vida y mi luz.

—Nunca me dejes.

—Jamás.

Y faltó a su promesa y de pronto todo el dolor de Jerome, todo el dolor de esos hombres del pasado traspasó su cuerpo. Él la soltó sorprendido y Venice gritó sintiendo tal agonía que su cuerpo se arqueó intentando liberarse.

—¿Preciosa?

Entonces su cuerpo levitó con fuerza golpeándose con el techo del carruaje.

—¡Venice, no! —Intentó retenerla mentalmente, pero no funcionaba y su cuerpo volvió a golpearse con brutalidad contra el techo. El grito de Venice fue tan desgarrador que desesperado intentó sujetarla, pero de pronto algo le empujó con una fuerza brutal hacia la puerta destrozándola y provocando que saliera despedido del carruaje. Cayó sobre la hierba boca abajo y sintiendo un miedo atroz levantó la vista mientras el resto de los carruajes se detenían. —¡Venice! —Se levantó y entonces el techo del carruaje se destrozó y Venice levitó gritando de una manera tan desgarradora que le retorció el alma.

Molly y Caroline asombradas vieron cómo se retorcía como si su agonía fuera insoportable girando sobre sí misma una y otra vez. Molly se tapó la boca de la impresión. —¡Haced algo, la está matando!

Las brujas se unieron de manos. —Señor del mar, señor de la tierra, señor del aire yo os invoco para que protejáis a nuestra reina, señor del mar, señor de la tierra, señor del aire protegedla del dolor.

—¡No funciona! —gritó Molly desesperada antes de mirar a Jerome que susurraba algo—. ¡Dale tus dones!

—No funcionará, la matará, ahora está muy débil —dijo con la voz constreñida de dolor.

Entonces el cuerpo de Venice se detuvo mostrando cientos de llagas que ensangrentaban su rostro y aún suspendida les miró rogándoles. —Matadme.

—¡No! —gritó Jerome desesperado.

Le miró a los ojos y sollozó. —Lo siento, pero no puedo… —Gritó con fuerza arqueándose tanto que Molly temió que se rompiera la espalda y de repente su cuerpo cayó golpeándose con el borde del carruaje antes de caer desmadejada al camino.

—¡Venice! —Jerome corrió hacia ella y se arrodilló a su lado. —¿Preciosa? —Se acercó a su rostro, pero apenas sintió su aliento y gritó desesperado.

La marquesa dijo —Sangra por las piernas.

Él apartó sus faldas para ver las llagas por debajo de sus medias.

—Las debe tener por todo su cuerpo —dijo Wendolyn impresionada—. Jamás había visto algo así.

—Jerome recógela antes de que venga alguien, la curarás en el carruaje.

En ese momento otro carruaje se detuvo a su lado y la cogió en brazos metiéndose con ella en él. Molly y la marquesa se subieron con él y a toda prisa el duque empezó a quitarle la ropa mentalmente intentando no hacerle más daño.

—¿Qué haces? —preguntó Molly sin darse cuenta de que lloraba.

—Comprobar que no tiene heridas más grandes —dijo mientras Caroline extendía las manos hacia su rostro y al ver las marcas en su cuello apretó los labios, pero no dijo nada. La luz salió de sus manos empezando a curar las heridas de su rostro. —No parecen profundas, con suerte no tendrá cicatrices.

—¿Qué ha pasado? —gritó Molly histérica.

—No lo sé —dijo él dejando caer sus pantalones interiores al suelo. Todo su cuerpo estaba lleno de llagas, no había un solo sitio donde no tuviera, había cientos de heridas.

—Por todos los rayos… —dijo la marquesa impresionada mientras el duque empezaba a curar su pecho. —Vamos preciosa, tienes que respirar más.

—Siento que su latido es más fuerte. —Caroline pasó sus manos por su cráneo y todos oyeron un suspiro.

—No dejes de hacer eso. —Molly se agachó a su lado. —¿Venice?

Esta gimió sin abrir los ojos. —Te oye.

—¿Puedes abrir los ojos? Vamos, amiga, abre los ojos para mí. —Sollozó. —No puedo perderte.

—Tranquila Molly, está mejor —dijo Caroline—. Lo siento.

Entonces Venice respiró profundamente y abrió los ojos para encontrarse con los de Jerome que detuvo su mano en seco sobre su corazón. La mano de Venice subió hasta su rostro y le acarició la mejilla. —Siento haber provocado tanto dolor.

Él la miró emocionado. —No fue culpa tuya.

—Sí que lo fue, tenía que haber luchado por ti. Solo recuerdo el miedo. —Una lágrima cayó por su sien. —Sabía que si volvía a ti te matarían, ellas te matarían… Así que debí alejarme para que no dieran contigo. —Sonrió con tristeza. —Pero siempre supieron dónde estabas, ¿no es cierto? Fue una treta para mantenerme alejada. Ella me odiaba y no me perdonó nunca.

—¿Quién, preciosa?

—Lisbeth…

Frunció el ceño. —¿Quién era Lisbeth?

Caroline no dejaba de curarla y suspiró del alivio cuando sus manos llegaron a su vientre.

—Preciosa, ¿quién era Lisbeth?

—La mujer de mi padre. Te quería para ella. —Perdió el sentido y Molly gritó de miedo.

—¡Venice! —Jerome asustado puso el oído contra su pecho y cuando escuchó su latido suspiró del alivio.

—Es normal que se desmaye, no tiene fuerzas —dijo la marquesa intentando que Jerome se relajara, cosa que no hizo. Siguió curándola y era evidente que tenía más poder que Caroline porque las heridas que trataba él curaban primero.

Molly apretó los labios mientras la ayudaban y se sentó en el asiento de enfrente mientras su amiga tumbada sobre sus piernas seguía sin sentido. Las heridas fueron cerrando poco a poco y tuvieron que darle la vuelta para continuar. Tardaron un rato en curarla por completo, pero seguía sin despertarse.

Caroline apretó los labios. —Igual necesita descansar.

—O tiene más heridas —dijo él sin dejar de pasar la mano sobre su piel.

—Duque no continúe, no tiene sentido.

—¡Para mí sí! —Llevó la mano a su cuello donde aún tenía las marcas y estas no se curaban. —Vamos, vamos…

Molly entrecerró los ojos por su desesperación. —Eso lo has hecho tú, ¿no es cierto?

Jerome se detuvo en seco.

—Tú, su protector… La persona que debía amarla, cuidarla…

—¡Cállate!

—Por eso no se borran esas marcas, porque las tiene grabadas en su alma.

—¡Cállate! —Angustiado la abrazó y emocionado la pegó a él con desesperación. —No pretendía hacerle daño. No pretendía… —Hundió su rostro en su espeso cabello pelirrojo rogándole en susurros —Vamos preciosa, despierta. Señor del mar, señor de la tierra, señor del aire yo os invoco para que protejáis a mi esposa. Señor del mar, señor de la tierra, señor del aire yo os invoco para que la curéis en cuerpo y alma.

A Molly se le cortó el aliento porque las marcas de su cuello empezaron a desaparecer. —Señor del mar, señor de la tierra, señor del aire yo os invoco para que protejáis a mi esposa. Señor del mar, señor de la tierra, señor del aire yo os invoco para que la curéis en cuerpo y alma. Si su alma sufre por favor aliviadla, os lo ruego. —La pegó a él. —La necesito.

Caroline impresionada se llevó la mano al pecho viéndole rogar una y otra vez por ella. Estuvo así durante tanto tiempo que ni se dieron cuenta de que el carruaje se detenía. Caroline se quitó la capa y se la puso por encima. —Duque, nos hemos detenido en una posada.

Él apartó su cuerpo y fue cuando vio que tenía los ojos abiertos. —Hola, preciosa.

—Hola.

—¿Estás mejor?

Ella no dejó de mirar sus ojos que mostraron arrepentimiento. —No quería hacerte daño, preciosa. Yo… No sé lo que se me pasó por la cabeza.

—Dame mis dones.

Él se tensó. —¿Qué has dicho?

—Dámelos, son míos —dijo fríamente.

—Ni hablar.

—¿Pero qué está pasando aquí? —preguntó Molly empezando a alterarse de nuevo.

—¡Cierra la boca! —gritó Jerome muy tenso—. No, no voy a darte los dones hasta que no estés preparada.

—Creo que acabo de demostrar que puedo con ellos, dámelos.

—No.

Le miró con rabia mostrando que estaba furiosa y Caroline dijo —Uy, uy…

Salió del carruaje corriendo y Molly preguntó asombrada —¿Qué está pasando?

—¿Preciosa? Contrólate.

—¡Dámelos!

—He dicho que no.

Una bocanada de fuego salió por la puerta y Molly salió chillando con el bajo del vestido achicharrado antes de que le cayera una fuente de agua por encima empapándola hasta los pololos. Miró hacia el interior del coche al igual que el resto de las brujas que rodeaban el carruaje. —¡Esta vez no te lo perdono, Venice! ¡Con diez años me hiciste prometer que no se lo diría a tu madre, pero ahora pienso chivarme! ¿Pero qué haces? ¿No ves que tiene más fuerza que tú? —Puso los ojos en blanco. —Acaba de una vez, tienes que comer algo y descansar.

Pero Venice no se daba por vencida en su intento de arrancarle los ojos. —Cabrón.

Él sonrió agarrándola de las manos. —Preciosa, recuerda que serás reina, intenta controlar tu lenguaje.

Gritó de la rabia y sus manos ardieron hasta llegar a los codos, pero él lo soportó como si tal cosa. —¡Gañán!

—Eso está mejor. Vamos preciosa, ¿qué más puedes hacer?

Le pegó un cabezazo en toda la nariz y él juró por lo bajo soltándola mientras la sangre brotaba hasta su barbilla. —Joder.

—¡Ja! —Entonces sopló y la otra puerta del carruaje se abrió sacándole despedido y haciéndole rodar hasta que chocó con un árbol. Las brujas aplaudieron entusiasmadas.

Venice bajó del carruaje y cuando el frío le dio en su cuerpo desnudo chilló tapándose con la capa. —¡No tengo ropa!

Jerome se levantó apoyándose en el tronco mientras con la otra mano se tocaba el costado. —Tenía que curarte.

Gruñó volviéndose y le dijo a Molly muy digna —Necesito un vestido.

—Sí, será mejor que esperes en el carruaje. No puedes entrar así en la posada.

Entró en el carruaje y cerró la puerta. Entonces Molly miró hacia arriba y gimió porque ese no era su carruaje por lo que su equipaje había desaparecido con el techo del coche anterior. El duque se acercó después de curarse y dándose cuenta del problema le dijo a uno de los lacayos del coche de atrás. —Vete a buscar el equipaje de mi esposa.

—Sí, excelencia.

—¡Traed unas mantas!

Otro de los sirvientes empezó a recogerlas de los carruajes y se acercaron corriendo. Molly las cogió y abrió la puerta. —Esto tendrá que servir mientras llegan nuestras maletas.

Su amiga miraba al frente con la mirada perdida y Jerome la apartó para acercarse a su esposa. —Preciosa, ¿qué te ocurre?

—Te acostaste con ella, ¿no es cierto?

—¿Qué?

—Te acostaste con Lisbeth —dijo furiosa.

—¿Estás celosa de algo que pasó hace siglos y antes de conocerte? —preguntó incrédulo.

—Mira, ¿ahora sabes quién era?

Él carraspeó lo que la enfureció aún más. —¡Por eso te quería para ella!

—Sí, preciosa, me quería. ¡Precisamente por eso viniste a mí y me sedujiste porque querías provocar sus celos!

Jadeó. —Mira cómo te acuerdas de lo que te conviene. ¡Te salvé la vida cuando con sus amigas intentaron matarme!

—¡Y yo a ti!

Entrecerró los ojos. —Desagradecido.

—Preciosa, tengamos paz.

—¿Paz? ¡Pues has empezado muy bien!

Gruñó volviéndose. —Será mejor que hablemos cuando te calmes.

—¡No quiero hablar más contigo después de lo que has hecho!

Se volvió furioso. —¿Y qué he hecho?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Te casaste con otra.

A él se le cortó el aliento. —Preciosa…

—¡Ni me hables! —le exigió antes de echarse a llorar tapándose el rostro con las manos.

—Esta es la mejor sacerdotisa que hemos tenido nunca —dijo alguien como si estuviera encantada.

El duque fulminó a Wendolyn con la mirada y la anciana carraspeó. —Creo que voy a tomar un té. ¿Me acompañan, amigas?

Las brujas la siguieron incluida la marquesa del brazo de su marido. Jerome se subió al carruaje cogiendo las mantas que tenía Molly y poniéndoselas por encima. —Deja de llorar —susurró.

Ella apartó las manos y le miró a los ojos. —Dame mis dones.

—No —dijo tan tranquilo antes de sonreír—. Al parecer estamos en tablas.

Sorbió por la nariz. —¿Juegas al ajedrez?

—No hay mejor jugador que yo. —La cogió en brazos y la sacó del carruaje. Ella iba a protestar, pero él dijo —No voy a dejarte ahí hasta que vuelvan.

—Iba a decir que yo juego mejor.

—Eso habrá que comprobarlo.

Ella suspiró apoyando la cabeza sobre su hombro. —Estoy cansada.

—Es normal, tu cuerpo ha pasado por mucho y lo has agotado aún más usando poderes que no habías usado en mucho tiempo. Duerme preciosa, no nos iremos hasta que hayas descansado. Tú eres lo más importante.

Sin saber cómo la tumbó sobre una cama y ella cerró los ojos. —Éramos felices, ¿verdad?

Viendo como su rostro se relajaba susurró —Sí, preciosa, muy felices. Fuimos muy felices.

Capítulo 6

Molly abrió la puerta metiendo la cabeza y se mordió el labio inferior porque aún seguía dormida. Cerró la puerta y la condesa de Frenway salió de su habitación apoyada en su bastón. —¿Todavía no se ha despertado?

Hizo una reverencia. —No, condesa.

Apretó los labios. —Lleva dormida dos días.

—Y duerme muy inquieta. —Sin saber qué hacer preguntó— ¿Deberíamos despertarla? Parece que sufre.

La condesa abrió la puerta y se acercó a la cama para ver como su sacerdotisa movía la cabeza de un lado a otro gimiendo y sudando con profusión. Wendolyn se preocupó. —¿Desde cuándo está así?

—Empezó de madrugada, milady. Como duermo con ella me di cuenta, me despertó al gemir. Es como si sufriera con esos sueños, milady.

—Llama al duque.

Molly salió corriendo y Wendolyn se acercó a la cabecera de la cama para agacharse sobre ella. Venice susurró —No me lo quitéis, os lo ruego. No.

Se enderezó y en ese momento entró el duque a toda prisa. —¿Qué ocurre? —Al ver su estado se acercó por el otro lado de la cama y se sentó a su lado. Puso la mano sobre su frente y apretó los labios al darse cuenta de lo que ocurría. —Está reviviéndolo todo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Su vida presente se ha visto afectada por la pasada y tienen que unirse hasta ser una sola. Lo que le sucedió en el carruaje la afectó como es lógico y tiene que asumir sus acciones y las tuyas. Es un proceso, una enseñanza.

—Se está torturando por algo que no puede cambiar.

—Te equivocas, amigo, puede cambiarlo en esta vida. Esperemos que no cometáis los mismos errores, porque quien sucederá a tu mujer todavía no ha nacido que yo sepa y puede que todos los acontecimientos que nos rodean signifiquen que estamos al fin de una era.

Jerome se tensó levantándose. —¿Qué insinúas, mujer? ¿Que no será capaz de dirigir a las brujas? Mi mujer sabrá cumplir con su tarea —dijo entre dientes.

—¿Tu mujer, duque? Espero que tu cambio de parecer no altere los planes que teníamos trazados antes de su aparición. Eso me enfadaría muchísimo. No está preparada para obtener sus dones, no está preparada para dirigir a nadie.

—Lo estará y evitaremos que te enojes, amiga...

Wendolyn se tensó por su tono irónico. —Sabes que gran parte de las brujas han retenido sus protestas porque me tienen aprecio y valoran mi opinión. Espero no tener que cambiarla.

—Y yo también lo espero, porque como te pongas del lado equivocado puedes acabar muy mal parada, condesa. Como todas las que decidan revelarse y lleven la contraria a la naturaleza. Recuerda con quien estás hablando —dijo entre dientes.

Wendolyn enderezó la espalda apretando los labios. —¿Me amenazas? —Entrecerró los ojos. —Recuerdo muy bien con quien estoy hablando. Puede que creas que esa fuerza y esos dones que ahora posees son suficientes. Pero todas unidas pueden ser muy peligrosas y ni tres sacerdotisas las retendrían. No menosprecies mi labor, duque.

—No lo hago y hasta ahora la he apreciado mucho. Por eso estás aquí, porque he depositado mi confianza en ti. Pero no te

extralimites, condesa.

Furiosa salió de la habitación y dio un portazo sobresaltando a Venice que abrió los ojos como platos. —¿Qué ocurre? ¿Hay disparos?

Él suspiró sentándose. —No, preciosa. —Pasó la mano por su frente. —¿Cómo te encuentras?

Suspiró. —Aún cansada. —Bostezó. —Y con hambre.

—No me extraña, llevas dos días sin comer nada.

—¿Dos días? —preguntó impresionada antes de apoyarse en sus manos para sentarse—. Debemos irnos.

—Antes comerás algo. —Miró su rostro como si estuviera intentando grabar sus rasgos en su memoria.

—¿Por qué me miras así? —susurró ella casi sin aliento.

—¿A dónde fuiste?

Se mordió el labio inferior recordando todos los sueños que acababa de tener y apartó la mirada. —¿Por qué quieres saberlo? Da igual.

—No da igual, quiero saber dónde fuiste después de que te echaran del clan. Te busqué, preciosa. ¿Lo sabes?

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras asentía.

—¿Y huiste de mí?

—No, no es cierto. Lo supe, lo soñé, pero no hui.

—¿Soñaste que te buscaba? ¿Y por qué no fuiste a mi encuentro?

Una lágrima recorrió su mejilla. —Porque no podía —dijo casi sin voz.

Él palideció. —¿Qué quieres decir?

Le rogó con la mirada. —Déjalo, tuve miedo, eso es todo.

La agarró por el antebrazo. —¡Dímelo! ¡Dónde estuviste!

Sollozó. —Encerrada, retenida y hechizada.

A él se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—Me encerraron. Lisbeth me encerró con ayuda de sus dos amigas —dijo atropelladamente—. Hablaron mal de mí a la sacerdotisa y esta me desterró, pero…

—Preciosa, más despacio. Empieza por el principio. ¿Qué ocurrió cuando me diste la fuerza?

Le miró a los ojos. —¿No lo recuerdas?

—He sabido que soy distinto desde niño y mi padre me contó la historia, pero no empecé a saber lo que ocurrió realmente hasta que mi madre me dio sus poderes. Entonces empecé a tener sueños. Recuerdo que Lisbeth era mi amante y que tu padre que era su esposo, antes se había casado con otra bruja, la misma Lisbeth me lo contó entonces.

—Mis padres no se llevaban bien. Madre siempre decía que el destino había jugado con ella porque en lugar de encontrar el amor encontró la desgracia. Él no la amaba, solo jugó con ella y furiosa por sus aventuras le desdeñó, rompió el vínculo que les unía con un hechizo para no sufrir por él. Nos fuimos a vivir a casa de la sacerdotisa y allí me crie, entre brujas. Pero cuando murió mi madre él me reclamó. Ni sé cómo se enteró de su muerte, seguramente Lisbeth lo averiguó y se lo dijo. Yo no quería ir, pero la sacerdotisa dijo que en donde vivían encontraría mi destino.

—Y llegaste a la aldea, eso lo recuerdo.

Le miró con amor. —Cuando llegué y te vi, me di cuenta de inmediato de qué quería decir mi sacerdotisa con eso de mi destino. Mi destino eres tú. —Acarició su mejilla recordando los momentos que pasaron juntos. —Mi corazón siempre fue tuyo. Pero de inmediato me di cuenta que Lisbeth te consideraba suyo y no lo soporté. La odiaba, odiaba todo de ella, su forma de tratar a todo el que la rodeaba, como intentaba reclamar tu atención, era burda, grosera, mentirosa y la persona más egoísta que he conocido. Mi padre y ella se merecían el uno al otro, pero…

—¿Qué, preciosa?

—Un día tú y yo estuvimos cerca del lago y vio como nos amábamos. Fue a hablar con mi padre buscando humillarme. Mi

padre en un momento único de decencia quiso casarnos en lugar de hacer lo que ella quería, que era echarme de la aldea para que volviera con mi sacerdotisa. Lisbeth se puso como loca, le gritó que era un estúpido y sin controlar su rabia atacó a mi padre matándole ante mis ojos. Yo repelí el ataque y…

—Ahí consiguió que te acusaran de intentar matarla.

—Consiguió huir antes de que pudiera completar mi venganza y reunió a las gentes de la aldea acusándome de ser bruja, de haber matado a mi padre.

—Por eso nos perseguían.

—Sí. A ella se unieron muchas brujas porque me consideraban peligrosa, había roto las reglas al atacarla. Entonces nos encontraron huyendo hacia las tierras de la sacerdotisa donde esperaba tener su protección. Lisbeth consiguió herirte cuando intentaron cercarnos. Tuve tanto miedo que te curé, pero no podía dejar que eso volviera a pasar, así que te di la fuerza de un dios. Pero eso mermó mis poderes temporalmente y cuando consiguieron rodearnos luchaste con ellas como un igual, lo que las horrorizó. —Sonrió con tristeza. —Incluso me salvaste la vida. Varias huyeron y fueron a pedir ayuda a la sacerdotisa sin que Lisbeth se enterara. Por eso en nuestro siguiente enfrentamiento la misma sacerdotisa apareció como una imagen etérea y les ordenó a todas que me llevaran hasta ella, a su castillo. Tú al verme prendida intentaste liberarme, pero al darme cuenta de que no podrías con todas, te grité que huyeras y afortunadamente lo hiciste, mi amor, no hubiera soportado verte morir.

—Preciosa… —La abrazó con fuerza.

—Fue desgarrador separarme de ti —dijo con dolor.

—Lo sé, sentí lo mismo. —Besó su sien y se apartó. —¿Qué ocurrió después?

—Ante la sacerdotisa Lisbeth soltó su veneno. Mintió en todo y sus dos amigas la apoyaron en toda la mierda que salía de su boca. Nuestra reina no la creyó, pero aun así nadie podía librarme del castigo y todo el mundo lo sabía.

—Por mí.

—Por ti, por lo que te hice me condenó al destierro. Jamás podría relacionarme con las brujas por mi falta y nunca más podría usar mis poderes.

A Jerome se le cortó el aliento. —Te dejó indefensa.

—Sí. Lisbeth aprovechó para vengarse, me prendió a varias millas del castillo. Y entonces se enteró.

—¿De qué?

Sollozó. —De que yo esperaba un hijo tuyo.

A Jerome se le cortó el aliento. —No me lo dijiste.

—No lo sabía —dijo con dolor—. No lo supe hasta que fue demasiado tarde. Recuerdo su risa malvada y sus palabras... Jamás volveréis a estar juntos. Y lo cumplió. Me llevó de vuelta a casa y me encerró en una cueva que había en el bosque. Me traía de comer de vez en cuando, le gustaba ver cómo sufría y mi vientre se hinchaba. Semanas, meses… —Se abrazó a él con fuerza. —No pude salvar a nuestro hijo porque no tenía mis poderes. Mi pobre niño murió poco después del parto por lo débil que estaba. —Él cerró los ojos intentando retener el dolor pegándola a él como si no quisiera perderla. —No pude hacer nada por él.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Veintitrés años. Te esperé mi amor, te esperé lo que pude…

—Lo siento, lo siento, mi preciosa Anne.

Sonrió con tristeza apartándose lo imprescindible para mirar su rostro. —¿Sabes que mi madre me puso Anne de segundo nombre?

—Tenías que llevarlo, aunque tú ya no eres ella. —Se acercó y besó sus labios suavemente haciéndola suspirar. —Eres mucho más fuerte. La naturaleza nos ha dado la oportunidad que no tuvimos. —Bajó sus labios hasta su cuello. —La oportunidad de ser felices.

—Sí.

—Y esta vez estaré contigo, mi amor. Lo estaré, porque nada va a volver a separarme de tu lado. —Sus ojos ardieron rasgando su camisón y mostrando sus pechos. Amasó uno con ansias haciendo que gritara de placer. Él se agachó para meterse un pezón en la boca y Venice se arqueó hacia atrás sin poder creerse lo que estaba sintiendo. Jerome acarició su mejilla contra su pezón endurecido antes de lamerlo. —Mi preciosa Venice, ¿recuerdas esto? —Se metió el pezón en su boca chupando con ansias. Fue como si la traspasara un rayo y gritó de placer. Él sonrió. —Veo que lo recuerdas. —Se incorporó y mirándola fijamente se quitó la chaqueta.

Sin aliento susurró —Tus ojos… Ojos de dragón. —El camisón siguió rasgándose hasta el bajo y se abrió en dos mientras Jerome la devoraba con la mirada dejando caer la chaqueta al suelo. Jamás se sintió así y algo en su interior hizo que sacara los brazos de las mangas y abriera las piernas para él, mientras su camisa se abría en dos mostrando su duro torso. —Ven aquí, mi amor. —Se pasó la mano por su sexo humedecido impaciente por tenerle. Jerome gruñó dejando caer los pantalones y eso la hizo reír seductora. —Tenemos mucho tiempo que recuperar. —Él cogió uno de sus tobillos y tiró de ella haciéndola jadear de la excitación.

—¿Impaciente, preciosa?

—Por ti siempre.

La cogió de las caderas colocándola ante su sexo. —Llegué a creer que no te encontraría nunca. —Entró en ella de un solo empellón y Venice no sintió dolor porque todo fue placer, un placer increíble que fue en aumento cuando empezó a deslizarse en su interior. —Sí, preciosa, eres tú. —Volvió a llenarla con ímpetu y Venice gritó haciendo que la cama temblara con fuerza y que el espejo cayera al suelo. Jerome se puso sobre ella y tapó su boca con la mano. —Shusss, vas a acabar con la posada como sigas así, mi amor. —Entró en ella de nuevo y Venice tuvo que cerrar los ojos por el maravilloso placer que la traspasó. Él rodeó su cintura con su brazo elevándola y atrapó su boca besándola de una manera que sintió que sus almas se unían para siempre. Se abrazó a su cuello y se amaron el uno al otro tan intensamente que supo que perdería la

vida por él las veces que hiciera falta. Jerome movió las caderas llevándola al borde del éxtasis y todo a su alrededor levitó sin que se dieran cuenta hasta que con una nueva embestida su mundo se quebró para mostrarle una felicidad que solo conseguiría a su lado. Ahora y siempre.

Molly con la mejilla apoyada en la mano, miraba a los de su grupo que estaban sentados a las mesas del comedor charlando. Caroline sentada a su lado dijo —Enderézate querida, no hay que perder las formas.

Escucharon más golpes en el piso de arriba y todos miraron hacia el techo. El marqués intentó reprimir la risa. —La verdad es que tienen mérito.

—Es lógico, querido, él tiene una fuerza sobrehumana y ella es bruja.

Molly se sonrojó porque no era tonta y sabía de lo que hablaban. Y aunque no lo hubiera sabido escuchar los gritos de placer de su amiga le hubiera abierto los ojos. Y era evidente que se lo estaba pasando muy bien. —Igual deberíamos decirles que la condesa se ha ido, ¿no creéis? —susurró intentando que los demás no la oyeran tutear a los marqueses.

—Tranquila, Wendolyn es fiel a la sacerdotisa. No hará nada, solo está ofendida. Se le pasará cuando las aguas vuelvan a su cauce.

Puso mala cara. —Me aburro.

—Lógico, querida, has acabado con todos los libros que han caído en tus manos. Será interesante ver lo que haces cuando llegues al castillo.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿Crees que me dejarán leer los registros?

—Eso son palabras mayores, bonita. Puedes conformarte con los miles de libros de la enorme biblioteca que tenemos allí. Algunos

son ejemplares únicos.

—Estoy deseando meterles mano.

—Me lo imagino —dijo divertida antes de hacerle un gesto al posadero que se acercó a toda prisa.

—¿Sí, condesa?

—Tráigale a mi esposo una copa de brandy, el mejor que tenga.

—Enseguida, milady.

El marqués sonrió mientras se alejaba. —Cómo me cuidas, esposa.

Esta sonrió cogiendo su mano y mirándole con amor. —Como tú a mí. —Entonces miró hacia arriba. —Ah, el duque ya está preparado para bajar. —Se levantó y dio dos palmadas. —¡Comida para la duquesa!

Varias se levantaron a toda prisa y corrieron hacia la cocina. El posadero, que estaba ya curado de espantos por las libertades de sus huéspedes, se acercó con la copa de brandy. —¿Se marcharán hoy, marquesa? —preguntó casi con pena.

—Depende de lo que diga el duque, amigo —respondió su esposo por ella antes de sacar tres monedas de oro y dárselas.

—Pueden quedarse todo lo que gusten. —Inclinó la cabeza antes de alejarse.

Molly levantó una ceja. —No me extraña que piense eso, se está haciendo rico con vosotros. En el tiempo que llevo aquí le habéis dado al menos veinte de esas monedas.

—Debemos cuidar bien de quienes nos rodean —dijo Caroline divertida—. Tenerles de nuestro lado.

Vio salir a varias de la cocina con bandejas en las manos y Molly ofendida preguntó —¿Pero qué creen que hacen?

—¿Servirla como es su obligación?

—¿Y yo?

—Tú no eres una sirvienta, Molly. —La marquesa la miró fijamente. —Y ya es hora de que te comportes como tal. —Miró su vestido. —A partir de ahora no vestirás de sirvienta nunca más. Eres la confidente de la reina y debes vestir como te corresponde.

Chasqueó los dedos y al levantarse su vestido de doncella había desaparecido mostrando un hermoso vestido azul. Molly se quedó sin aliento. —Pero…

—En tu baúl tienes más —dijo la marquesa como si nada.

—¿Entonces por qué no vestiste a la reina el otro día?

Caroline hizo una mueca. —Necesito un vestido para trabajar sobre él y ella no llevaba nada que me sirviera.

—Ah… —Sonrió de oreja a oreja. —Voy a enseñárselo.

Salió corriendo y los marqueses sonrieron. —Parece que se va a adaptar muy bien —dijo su esposo.

Perdió la sonrisa poco a poco. —Por su ama haría cualquier cosa, habrá que tomarlo en cuenta.

—Espero que no la usen para hacerle daño, Molly no puede defenderse.

—Sí, yo también lo espero —dijo muy seria sin dejar de mirar las escaleras.

Molly llegó a la habitación y jadeó al ver a todas aquellas brujas rodeándola en su cama. —¡Eh! —Se volvieron hacia ella. —¡Fuera de mi vista! ¡Es mía!

Las brujas jadearon por su atrevimiento antes de mirar a su ama que con los carrillos llenos de jamón asintió antes de hacer un gesto con la mano para que se alejaran. Molly sonrió de oreja a oreja mientras estas salían sin decir ni pío con la cabeza muy alta. Satisfecha soltó una risita y cerró la puerta acercándose a toda prisa. —¿Has visto?

La miró de arriba abajo. —Estás preciosa —dijo antes de coger un bollo y morder un buen pedazo—. ¿Qué ha pasado para que te hayas cambiado de vestido cuando te he dicho mil veces que no vistieras como una sirvienta?

—Eso puede esperar. —Se sentó a su lado. —¿Os habéis reconciliado?

Se puso como un tomate. —Ajá…

—¿Ya es tu marido?

—Supongo que sí. —La miró ilusionada. —Ha sido maravilloso, me he sentido tan unida a él…

—Es que has estado muy unida a él —dijo divertida

—¡Molly! —Miró hacia la puerta y se acercó para susurrar —¿Sabes qué?

—No, ¿qué…?

—Lo recuerdo todo, todo lo que pasó con Jerome.

—¿No me digas?

—Sí, eso ya te lo contaré, lo importante es que por esos recuerdos he tenido otros que me han revelado muchas más cosas.

—¿Como cuáles?

—Como que me crie en el castillo y que fui una de las aprendices, sé usar mi magia.

Molly separó los labios de la impresión.

—Fui instruida en el pasado y al recordarlo todo también me han venido a la memoria hechizos, pócimas y todo lo demás.

—Qué bien, es una noticia estupenda, así que no necesitas sus lecciones.

—Pero no digas nada, porque quiero ver lo que ocurre cuando lleguemos.

—Quieres que estén desprevenidos a tu magia.

—Siento que no debo mostrar todas mis cartas —dijo muy seria—. Si mi madre no me preparó para ser sacerdotisa será por

algo y tengo la sensación de que no solo lo hizo para que Jerome se acercara a mí.

—¿Crees que habrá problemas?

—Hace rato tuve una sensación inquietante. Y Jerome también la tuvo, lo sé.

—Por eso se levantó.

—Dijo que ya era hora de irse, que era tarde, que debíamos ponernos en marcha. Lo dijo como si nada, pero a mí no puede engañarme. —Soltó una risita. —Ya no.

Observó a su amiga que devoraba su desayuno. Estaba radiante, hermosa y llena de vida. —Jamás te he visto tan feliz.

Sus preciosos ojos verdes brillaron. —Y pienso hacer lo que sea para conservar esa felicidad.

—Para conservarle a él.

—Exacto.

Entonces mentalmente Molly escuchó —Por eso en cuanto lleguemos al castillo quiero que afines el oído, quiero que averigües quiénes son mis enemigos.

Molly asintió. —Muy bien, cuenta con eso.

—También quiero que te acerques al administrador de la finca. —Soltó una risita y dijo mentalmente—Te va a gustar.

A Molly se le cortó el aliento. —Cuando dices gustar con ese tonito…

—Mejor no digo más.

—¡Venga ya!

Venice rio por lo bajo. —No seas impaciente. Sabrás de lo que hablo cuando le veas.

Bufó. —¿Una de tus sorpresas?

—Esta te va a agradar.

—¿Qué más?

Entrecerró los ojos pensativa. —Hace un rato, con ese mal presentimiento tuve un pálpito sobre Lisbeth, mi enemiga del pasado. La mujer que provocó mi muerte.

Molly se tensó. —Continúa.

—El hecho es que creo que mi destino sigue unido a lo que ocurrió de alguna manera. Como si todo pudiera repetirse de nuevo y pudiera llegar a perder a Jerome por lo que hicieran otros. Siento que alguien no quiere que estemos juntos, así que necesito que averigües todo lo que puedas sobre ella en los registros del castillo. Quiero saber sobre sus descendientes, todo… ¿Podrás hacer eso por mí?

Separó los labios de la impresión. —¿Vas a dejar que los lea?

—Por supuesto, amiga, la información es poder y yo te tengo a ti para que la recuerdes toda.

Capítulo 7

Sentada al lado de Jerome miraba el paisaje y fue como volver al pasado. Su marido que debió sentir su emoción, cogió su mano. —Bienvenida a casa, preciosa.

Siguieron el camino franqueado de bosque a ambos lados y de pronto esos árboles desaparecieron mostrando el castillo de piedra que tan bien recordaba. Sintió un nudo de la emoción. —He vuelto a casa.

—Tu casa. —Jerome besó su mano y de repente golpeó el techo. —¡Detente ante el puente!

El carruaje se detuvo poco a poco y Molly impaciente como una niña bajó la primera para dejar caer la mandíbula del asombro ante el enorme castillo. —Es como el de un cuento de princesas.

Jerome rio por lo bajo descendiendo del carruaje. —Y tiene dragones y todo.

—Mucho más interesante.

Él alargó la mano y Venice se la cogió para bajar el escalón. Levantó la vista y le dio un vuelco al corazón de la alegría. —Cielo, tiene una torre más.

—Ha sufrido varios arreglos a lo largo de los años, preciosa.

—Está hermoso. —Cogió el brazo de Jerome y este empezó a caminar hasta el puente levadizo.

—¡Tiene foso como los castillos de los cuentos que nos contaba tu madre! —exclamó su amiga excitadísima.

Ambos sonrieron cruzando el puente de madera. —¿Quién me iba a decir que volvería a este lugar?

—La naturaleza te ha recompensado, deberíamos preguntarnos el por qué.

Se le cortó el aliento. —Interesante reflexión, esposo.

—Mantén los ojos abiertos.

—Tranquilo, pienso estar muy alerta. —Sonrió por los hermosos jardines. —Cuando era niña aquí no había nada, solo hierba.

—Verás muchos cambios que seguro que te agradarán. Mis padres hicieron unos cuantos como poner cuartos de baño.

Sus ojos brillaron. —Siempre he querido tener un baño.

Hizo una mueca. —Pues aquí tendrás el más grande del castillo, incluso se han puesto dos cocinas en el piso principal exclusivamente para calentar el agua de quienes se alojan en el castillo.

—He oído que llegará un momento en que el agua podrá subir por tubos hasta la bañera.

—Preciosa, ¿lo has oído o lo has visto en tu mente como una visión del futuro?

Se detuvo en seco dudando de ello y de repente se echó a reír. —Pues tienes razón, lo he visto.

Él sonrió. —En nada de tiempo tendrás tan desarrollados tus poderes que estarás preparada.

—Tengo la sensación de que aún falta mucho para eso.

Jerome apretó los labios, pero ella lo vio. No, no pensaba decirle que ya tenía todos sus dones activos y alerta. No pensaba decírselo porque él podría sugerir darle ya los poderes de su madre y no quería eso, podría ser peligroso para él quedarse sin defensas y no pensaba consentirlo. Era irónico, en el pasado por hacerle más fuerte la habían castigado y ahora había sido la misma naturaleza quien había permitido que fuera el hombre con más poder de la historia. Sí, era muy irónico.

Llegaron a los escalones de piedra y ante la puerta estaba todo el servicio, un hombre con una pulcra barba castaña, otro con

aspecto de mayordomo con el cabello blanco y Wendolyn con cara de pocos amigos.

—Sigue enfadada, cielo.

—No te dejes intimidar por ella ni por nadie —dijo muy serio acariciando su mano como si quisiera darle ánimos.

Al llegar hasta ellos, Wendolyn inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Me alegro de verla, condesa —dijo ella con tono afable—. ¿Las aprendices se han ido?

—Como indicó el duque, mi reina.

—Esposa, quiero presentarte al administrador de la casa y amigo Robert Dunvall. Su amistad es inestimable para mí.

Sonrió extendiendo la mano y él se la cogió de inmediato. —Su esposo exagera. Cuando le gano al whist no dice lo mismo. Es un honor, duquesa.

Le gustó de inmediato, era un hombre en el que se podía confiar. —¿Nació en la casa?

—Sí, mi reina. El duque y yo prácticamente nos criamos juntos. Mi madre era buena amiga de… —Se detuvo en seco cuando vio que Molly detrás de la sacerdotisa se inclinaba a un lado para mirarle y parpadeaba sorprendida.

—Oh, permita que le presente a mi mejor amiga, Molly Hopster.

—Un placer.

—Venice, tiene barba —dijo ella por lo bajo como si eso no le gustara un pelo.

—¿Perdón? —dijo Robert.

—Oh, perdone a mi amiga, es que siempre le han desagradado las barbas. En mi casa nadie la llevaba, miedos de niña, ¿entiende? Por un cuento que se le ocurrió a mi madre para darnos miedo en una noche de tormenta. Desde entonces Molly

siempre dice que no se puede ver bien la cara del mal si se lleva barba.

Robert se tensó. —¿Del mal? Me la cortaré hoy mismo.

Molly sonrió. —Bien. —Entonces le guiñó un ojo sorprendiéndole aún más y este miró al duque sin entender nada.

Jerome reprimió una sonrisa antes de decir—Y él es Alfred, nuestro eficiente mayordomo.

—Es un honor, mi reina —dijo hincando una rodilla en el suelo e inclinando la cabeza—. Espero servirle con diligencia hasta mi último aliento.

—Por favor levántese, sé que será así. —Cuando el hombre se incorporó Venice sonrió radiante. —Ya estoy en casa. —Entró en el enorme hall y jadeó por lo cambiado que estaba. —Jerome, mármol italiano.

—Lo mejor de lo mejor. —Le dio el sombrero al mayordomo mientras todos la observaban caminar hacia uno de los salones. —¿Te gusta?

Salió del salón mirándole impresionada. —No se parece en nada a lo que recuerdo.

—Disculpe, ¿ha estado aquí antes? —preguntó Robert confundido—. Tenía entendido que no.

—Ha tenido sueños que se lo han mostrado —dijo Jerome para excusarla porque ella estaba tan distraída con lo que tenía a su alrededor que no le había oído. Todos vieron cómo iba hacia el salón del trono y las puertas se abrieron a su paso cortándoles el aliento.

—Eso solo lo hacían con Clear —susurró una de las sirvientas más mayores.

Jerome caminó hacia ella y al llegar al enorme salón la vio en el centro mirando su trono de oro al final de la estancia. Todos se acercaron para ver como el duque se colocaba a su lado. —¿Impresiona?

—Un poquito.

—No debes temer, es tu destino.

Ella le miró y cogió su mano, entonces las lámparas de aceite que rodeaban la estancia se encendieron, pero la luz solo iba dirigida a ellos como pequeños faros iluminando su camino hacia el trono. —Es evidente que quieren que te sientes, preciosa.

—Pero aún…

—Es tuyo, tengas los poderes que tengas es tuyo. —Tiró de ella hacia el trono y Venice caminó a su lado hasta los tres escalones que subió sola. Se volvió y mirándole a los ojos se sentó en el trono.

Jerome sonrió. —¿Cómo te sientes?

—Tampoco es para tanto.

Molly soltó una risita mientras Wendolyn jadeaba ofendida. —¿Que no es para tanto?

Acarició los reposabrazos. —Algo frío, ¿no? ¿No podemos forrarlo un poquito?

Wendolyn se llevó la mano al pecho como si le fuera a dar algo y ella soltó una risita. —Tranquila, condesa, era broma.

Esta suspiró del alivio. —Esta niña va a acabar conmigo —dijo por lo bajo.

—Será exagerada. En realidad me adora, lo dijo.

Espantada miró a los demás. —¿Que yo dije qué?

—Dijiste que era la mejor sacerdotisa que habíais tenido. Lo oí.

—¿Seguro que dije eso? No, no fui yo. Recuerdo…

—La vieja ya está perdiendo memoria —dijo Molly haciéndola jadear de nuevo—. Rabitos de pasa, señora, es buenísimo para eso.

Los marqueses y los demás reprimieron la risa. Venice se levantó. —Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

Jerome sonrió. —¿Lista para empezar?

—Por supuesto, mi amor. Estoy lista para mi destino.

Apenas unos minutos después ya estaban en la cripta. Jerome caminó a su alrededor con una sonrisa irónica en el rostro. —Veamos hasta donde puedes llegar.

Wendolyn y Caroline les observaban sentados en unas sillas, mientras Molly de pie al lado de la puerta se mordía el labio inferior por no poder coger uno de los libros que estaba sobre una mesa. Mierda.

—Querido, ¿qué quieres que haga?

—Ya he visto tu lazo de agarre.

Sonrió con ironía. —Y tu hermana lo probó.

—No se lo tomes en cuenta, aún sufre por la muerte de mis padres.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Creímos conveniente que no viniera con nosotros —dijo Caroline mirando de reojo a Wendolyn—. Para no crear más conflictos. Se arrepiente de su comportamiento.

Levantó una ceja mirando a su marido. —Ahora dime la verdad.

Él sonrió. —Está castigada, debía reprenderla por su comportamiento.

—¿Y a mí quién me reprende? —dijo provocadora.

—Solo yo tengo ese placer.

—Pues Wendolyn no se muerde la lengua.

Esta se sonrojó, pero después dijo con desparpajo —Las canas, niña. Las canas.

—Ah, ¿eso significa que de vieja puedo decir lo que quiera?

—Eres la sacerdotisa, niña, ya puedes decirlo ahora.

Sonrió encantada. —Perfecto.

—Venga, al lío —dijo Molly impaciente haciendo que todos la miraran—. ¿Qué? Estoy intrigadísima.

—Empecemos con algo fácil. Preciosa, una bola de fuego.

Sabía que eso era básico, si no lo hacía puede que creara suspicacias después de que hubieran visto su lazo y lo del fuego en el carruaje. Extendió la mano y creó una bola de fuego.

Wendolyn asintió. —Perfecto, rápida y bastante consistente.

—Extiende la otra mano —dijo Jerome—. Haz un círculo.

La llama se extendió hasta su otra palma y de ahí continuó hasta cerrar el círculo.

Caroline emocionada aplaudió. —Muy bien, Venice.

—Elévalo sobre nuestras cabezas.

Entrecerró los ojos mirando a su marido, esa ya era magia avanzada. Le estaba tendiendo una trampa porque se olía algo y no le extrañaba después de casi chamuscarle en el carruaje, así que preguntó —¿Cómo?

—Ordénalo mentalmente —dijo Wendolyn suavemente—. Eleva los brazos y suéltalo como si fuera una cometa.

Hizo lo que le mandaron y elevó los brazos, después soltó el aro de fuego que cayó a plomo en el suelo.

—Hemos ido muy rápido —dijo Wendolyn—. Podemos catalogarla con magia media.

Jerome no dejó de observar cómo se agachaba, cogía el aro y se incorporaba de nuevo con el aro en la mano. —Sí… Creo que es la clasificación correcta. ¿No opinas lo mismo, preciosa?

—Lo que digáis vosotros. —Lanzó el aro de nuevo y este cayó sobre la mesa. Molly gritó corriendo hacia el libro para cogerlo antes de que se quemara. —Leche, ten más cuidado. Es una encuadernación antiquísima.

—Uy… Lo siento.

—Veamos como domina el agua —dijo Caroline.

—Lo vimos cuando casi achicharra a Molly —Jerome divertido sonrió.

Su amiga gruñó alejándose y él dijo —Ah, ah…

Esta se volvió poco a poco para ver la mano extendida de Jerome. —Por favor…

—Esa lectura no te está permitida.

—Rayos… —Molesta se acercó y se lo entregó.

—Muchas gracias.

Levantó la barbilla orgullosa.

—Ah, ah…

Asombrada miró a su marido. —¿Y ahora qué?

—Había otro libro más debajo de este. Dámelo, Molly.

Chasqueó la lengua metiendo la mano en el escote para sacar un libro pequeñito. Las brujas rieron por lo bajo y la marquesa dijo —¿De qué trata ese?

Jerome miró el lomo. —Ritos para hacer llover.

—Jo, no soy bruja, nunca lograría hacerlo, pero así podré ayudar a Venice a estudiar. ¿Qué tiene de malo?

—Nada en absoluto —dijo Caroline—. ¿Qué opinas, duque? Ella no tiene poderes, no podrá usar esos hechizos.

Jerome entrecerró los ojos. —¿Juras por tu alma que nunca hablarás con nadie fuera de nuestro círculo de lo que aprendas aquí?

—Lo juro —dijo muy seria—, solo lo hablaré con vosotros.

Los cuatro asintieron y él extendió el brazo para entregarle los libros. Molly chilló de la alegría cogiéndolos a toda prisa.

Venice puso los ojos en blanco. —Ahora ya no la veremos más.

—Molly solo en tus ratos libres.

—Sí, jefe —dijo distraída ya leyendo la primera página—. Hala…

Sonrió sintiendo su felicidad y elevó los brazos haciendo que apareciera bajo toda la extensión del techo una gran cantidad de agua de unos veinte centímetros de grosor. Wendolyn la miró agachándose en su silla. —Niña, no tanta.

—¿Es mucha?

Jerome sonrió. —Como no la domines nos empaparás a todos.

Molly se volvió y al mirar hacia arriba separó los labios de la impresión cerrando los libros a toda prisa antes de buscar donde meterlos para que no se mojaran. —Venice…

—Tranquila, lo tengo dominado.

Se acercó corriendo a Wendolyn y dijo —Levántese.

—¿Por qué?

—Porque si mi amiga nos moja su trasero los cubrirá.

Jadeó indignada. —Niña, ¿insinúas que tengo el trasero muy grande?

—Venice ordénaselo.

—No, no la desconcentres. —Wendolyn resignada se levantó y tuvo que sentarse de nuevo sobre los libros.

—Muy bien preciosa, haz que se mueva.

Movió los brazos de un lado a otro y el agua se agitó. Molly con la boca abierta miraba hacia arriba fascinada por las olas que estaba formando.

—Divídela —dijo él pasando a su lado.

Las aguas se dividieron en dos y al separarse empezaron a deslizarse por las paredes de piedra sin llegar a caer al suelo. —Muy bien preciosa, haz que se conviertan en miles de gotas.

Las gotas empezaron a separarse unas de otras hasta que toda la habitación quedó llena de ellas. Caroline alargó la mano, cogió una que tenía ante la nariz y pasó los dedos por ella deshaciéndola.

Venice gritó —¡No, no!

El agua cayó sobre ellos y empapados la miraron con exasperación. Venice la señaló. —¡Ella ha deshecho mi trabajo!

—¡Te has desconcentrado! —exclamó Jerome.

—Lo hago de nuevo.

—Será mejor que no. Sécanos.

Movió la mano y el agua de sus cuerpos desapareció. Molly jadeó. —Podías haberme secado el otro día.

—Lo siento, no pensé en eso.

—Claro que lo pensaste —dijo Jerome divertido—. Pero no podías.

Mirándole a los ojos dijo —Ah, ¿no? Saqué fuego por la boca.

—Ya, pero eso fue un acto reflejo. Estabas furiosa y no lo pensaste, simplemente surgió debido a que tienes unos poderes muy fuertes, aunque nunca los hayas desarrollado. Pero lo de hoy es distinto, ¿no preciosa? Tienes control. Aunque con tu numerito de hace unos segundos empapándonos solo querías mostrarnos que no, sé que solo fingías.

—¿Pero qué dices?

—Esposa esta mañana cuando dormías en uno de nuestros descansos, repetiste parte de un encantamiento que ni Caroline ha practicado porque se prohibió hace cientos de años.

Caroline se levantó como un resorte. —¿Cuál?

Ignorándola continuó —Lo que significa que recuerdas muy bien lo que aprendiste aquí. Te criaste entre brujas, fuiste una aprendiz.

La marquesa intrigada se acercó. —¿Qué encantamiento?

—Mierda —dijo por lo bajo antes de mirar a su amiga, que hizo una mueca porque la había pillado.

—Por los rayos del cielo, ¿qué encantamiento?

—Acercar los barcos a la costa.

Todas la miraron asombradas. —Ese encantamiento es de bruja de alto grado —dijo Wendolyn—. Se prohibió porque empezaron las fábulas sobre los cantos de sirena y los accidentes navales.

Se hizo la tonta. —¿Así que lo repetía? Qué extraño.

—¿Nos está tomando el pelo? —preguntó Caroline asombrada.

—Claro que no —dijo indignada—. Querido, te imaginas cosas.

—¿De veras?

Era evidente que empezaba a enfadarse y eso la preocupó, pero aun así dijo —De veras.

—Muy bien, comprobémoslo. Marquesa, ¿me hace el favor? Su grado de brujería es inferior al de la sacerdotisa, a mi esposa no le resultará difícil liberar a Molly.

—¿Liberarme a mí? —preguntó esta asombrada—. Eh, a mí no me metáis.

—Jerome… —le advirtió muy seria—. No le hagáis daño.

—Es por un bien mayor.

Caroline la miró fijamente y Molly fue elevada apenas unos centímetros del suelo. —¡Bájame!

Molesta porque utilizaran a su amiga contra ella gritó —¡Caroline, te lo ordeno!

—Aunque te hayas sentado en tu trono sigo mandando yo, preciosa. Recuerda que para ser una sacerdotisa de pleno derecho te faltan mis poderes.

De pronto Molly estuvo boca abajo y las faldas cayeron sobre su rostro antes de que las apartara con las manos. —¡Leche! ¡Esto no tiene gracia!

—Suéltala, preciosa. Nadie más va a mover un dedo por ella, tienes que hacerlo tú.

—Esto es ridículo.

Entonces bajo la cabeza de su amiga apareció un balde de agua y Molly gritó cuando su cuerpo empezó a descender poco a poco.

—¡Soltadla! —gritó Venice dando un paso hacia ella, pero Jerome la agarró del brazo deteniéndola—. ¡Os digo que la soltéis!

—Hazlo tú, eres la única que puede.

Molly cogió aire antes de que su cabeza se metiera en el agua e intentó doblarse para sacarla, pero un lazo de fuego la rodeó manteniéndola recta, lo que provocó que su cabeza se sumergiera del todo. —¡No! —Venice estiró la mano y Molly empezó a elevarse, pero Caroline entrecerró los ojos y ejerció más fuerza para impedírselo. Venice apretó los labios y una gran burbuja de aire absorbió a Molly, que de repente se sintió liberada y flotó dentro de la burbuja girándose hasta ponerse boca arriba.

Wendolyn muy seria se levantó. —Impresionante, sacerdotisa, buen trabajo.

Gruñó mirando de reojo a su marido que siseó —Me has mentido.

—¿Y no te has preguntado si para eso tenía una buena razón?

—¡Todas fuera! —ordenó furioso.

Las mujeres fueron hacia la puerta a toda prisa mientras ellos se retaban con la mirada. —Preciosa…

—Lo he hecho por nuestro bien.

—¿Por nuestro bien? ¿Sabes lo importante que es esto para las brujas? —gritó furioso—. ¿Sabes al peligro que nos enfrentamos?

—Precisamente. —Hizo un gesto con la mano y la burbuja de Molly explotó haciendo que cayera al suelo porque estaba desprevenida. —¿Estás bien?

Gruñó levantándose y frotándose el trasero. —Sí, claro.

Venice le dijo —Ve a cambiarte, te has ensuciado el vestido.

Molly cogió los libros a toda prisa y salió de la estancia dejándoles solos. —Querido, no me regañes, lo he hecho por nuestro bien.

—Me has mentido, Venice —dijo entre dientes—. ¡Me has tomado el pelo, joder!

—Por nuestro bien.

—No puedes hacer esto.

—Necesitas esos poderes.

—Tú los necesitas más.

—Ya soy la más poderosa de todas, por eso se me ha elegido de sacerdotisa.

—Pero ante varias brujas atacándote no tendrías ninguna posibilidad y no pienso consentirlo.

—¡He dicho que no!

—En dos días haremos el cambio.

—¡No!

La cogió por los brazos. —¿Te das cuenta de lo que estás rechazando? ¡La naturaleza puede enfurecerse, esto solo era algo temporal y si ya estás lista no debemos demorarlo!

—¡Me da igual, no pienso perderte de nuevo!

El temor de sus ojos le cortó el aliento. —No me perderás.

—¡He tenido un mal presentimiento! ¡Y sé que tú también! ¡Así que no me digas que no te perderé, no pienso arriesgarme!

Jerome apretó los labios. —Preciosa…

—¡He dicho que no!

Su grito se escuchó en todo el castillo y Jerome apretó los labios antes de soltarla. —Muy bien, pero te advierto que como no lo hagamos rápido, el peligro será aún mayor. Deben tener una reina para evitar el caos.

Le abrazó con fuerza. —No me importan, solo me importas tú.

Jerome acarició su espalda. —¿No te importa tu madre?

Se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—En caso de que haya un golpe de estado no pueden dejar cabos sueltos. ¿Crees que no irán a por ella para evitar venganzas futuras? Lo harán, preciosa. Nos matarán a todos.

Sin aliento se separó y miró a los ojos a su hombre. —¿Y de qué parte estaban esas brujas?

—¿Qué?

—Las que han matado. ¿De qué parte estaban?

Confundido se apartó. —Pues no lo sé. Pero puede que no esté relacionado.

—¿Por qué? ¿No es una casualidad enorme que empezaran a morir cuando las brujas pasan por estas circunstancias?

—Casi todas murieron antes de que mi padre falleciera.

—¿No me digas? ¿Cuándo la sacerdotisa estaba distraída con su dolor por su enfermedad?

Jerome muy tenso asintió. —Sí, en ese momento no estaba para nadie, solo para él.

—¿Y si no era yo la destinada para ese golpe de estado? ¿Y si lo era tu madre? Ella siempre rechazó ser sacerdotisa.

—Mi madre pensaba abandonar el cargo, cuando murió mi padre dijo que estaba agotada.

—Muchas buscarían a la siguiente, ¿no?

—Ella dijo en una cena que estabas al llegar.

—¿Cómo que al llegar?

—De alguna manera sabía que llegarías a Escocia.

Se le cortó el aliento porque sintió que ya sabía que iba a fallecer, pero mejor no sacar el tema porque sabía que le dolería. —¿Y si quien las está matando sabía que yo era la siguiente?

—Claro que lo sabía, eso era de dominio público, desde tu nacimiento lo sabían todas, preciosa. Aunque no te vieran, sabían que tú serías la próxima.

—¿Y no les extrañaría no verme antes? Normalmente eso se prepara con mucha antelación. A la bruja elegida desde su nacimiento se la prepara para que ocupe el puesto de su antecesora, pero se me preparó para todo lo contrario.

—Para que rechazaras tu puesto, para que no pudieras aceptar mis dones.

—Sí, y antes de mi llegada aquí cualquier bruja que estuviera interesada en conocerme, podría haber pasado a mi lado y sabría que no estaba preparada.

—Perfecta para ser derrocada.

—Eso creo yo, pero no había que dejar nada al azar y te apuesto lo que quieras a que las brujas asesinadas eran muy allegadas a tu madre y me defenderían.

—Las conocía a todas y eran brujas de primer nivel, te lo aseguro. Lo mejor de lo mejor.

—¿Ves? Está quitándose del medio al enemigo antes de hacerme frente.

—No tenemos pruebas de nada de eso.

Sus preciosos ojos verdes brillaron. —Pues habrá que conseguirlas.

Capítulo 8

Sentados a la mesa de juego que había en una salita, Molly escribía los nombres de las brujas asesinadas. Wendolyn asintió. —La pobre Rose Milton fue la última. Adoraba a tu madre, Jerome. Le estaba muy agradecida por haber salvado a su hijo del opio cuando ninguno de sus encantamientos había dado resultado. —Hizo una mueca. —No tenía mano para los encantamientos, pero para las pócimas era la mejor.

—Esa eres tú —dijo Caroline con cariño provocando que la condesa se sonrojara—. Ya son ocho.

—A Rose la mataron hace dos días. La sorprendieron en el huerto recogiendo hierbas —dijo Robert de pie al lado de Molly—. Su hijo estaba dentro de la casa y no escuchó absolutamente nada. Ni que hablara con nadie ni nada por el estilo. La escuchó canturrear y luego nada.

—¿Vivía cerca de aquí? —preguntó Venice sorprendida de que tuviera noticias de su muerte tan pronto.

—Sí, a media hora a caballo. Su hijo se acercó para solicitar un entierro según nuestras costumbres y le interrogué al respecto. Aunque para la policía simplemente murió por causas naturales, el vio algo extraño en las marcas de su cuello.

—Lo que confirma el asesinato porque es el mismo método que con las demás —dijo Wendolyn.

Jerome cogió la lista y la leyó. —Todas han muerto en los últimos veinte meses y eran allegadas a mi madre o le debían favores.

Venice asintió. —Eso parece. Y todas fueron sorprendidas de tal modo que pudieron acabar con ellas sin que nadie se diera cuenta.

—¿Eso no es extraño? —preguntó Caroline—. Tenemos un sexto sentido para el peligro, es raro que no se dieran cuenta de nada.

—¿Y si las durmieron? —dijo Molly como si nada haciendo que todos la miraran—. ¿Qué? En el libro que acabo de leer hay un encantamiento para dormir a quien quieras como un tronco. Después las ahoga y hasta la próxima vida.

Caroline entrecerró los ojos. —¿Crees que le fue tan fácil?

—A veces lo más sencillo es lo más efectivo —dijo Jerome—. Nada de luchas que armen escándalos y dejen pistas, nada de brutalidad, simple, rápido y mortal. Directa al objetivo.

—Llegar al trono de oro. —Todos miraron a Venice que pensativa tamborileaba los dedos muy suavemente sobre la superficie de la mesa. —Es evidente que la bruja que está alterando a las demás está detrás de todo esto, ¿no creéis?

—¿Margaret Wellington? —Caroline asintió. —Sí, yo también apostaría por ella.

—¿Y eso no es muy obvio? —preguntó Molly.

Venice pensó en ello. —Puede que sí, pero estoy deseando conocerla.

—¿Quieres que venga? —preguntó Wendolyn asombrada—. Ni hablar, meterás al enemigo en tu casa.

—Ten cerca a tus amigos y aún más cerca a tus enemigos. Veamos cuál es su reacción al conocerme, no quiero que me pille por sorpresa.

Jerome tenso por protegerla siseó —Como mueva un solo dedo en tu contra perderá la vida.

—Eso crearía un gran conflicto entre las brujas —protestó Caroline—. Si la tocas, debe ser por una razón indiscutible. Debes dejar que ella ataque primero.

—En el castillo no se atreverá a atacarme.

—Te provocará —dijo Wendolyn —Hará lo que sea por sacarte de quicio, su objetivo será demostrar que no eres merecedora de ser sacerdotisa.

—Yo todavía no puedo creer que lo sea, así que no puedo reprocharle que ella dude de mí.

Las demás pusieron los ojos en blanco como si no pudieran con ella. Venice se levantó dando por terminada la reunión. —¿Nos preparamos para la cena, cielo?

Jerome se puso en pie y le cogió del brazo saliendo de la sala. —Preciosa, te estás exponiendo.

—Debemos eliminar cualquier peligro antes de que me traspases tus poderes. No quiero correr riesgos, así que cuanto antes mejor.

Empezaron a subir las escaleras. —Esto no me gusta.

—Lo sé, pero tengo a varias brujas, a Molly y ti para apoyarme, no podrá con todos.

—¿Molly? ¿En serio?

Sonrió. —No la subestimes, mi amor, cabreada es una auténtica fiera.

Al llegar arriba él la guió hasta su habitación. —¿Lista para verla?

—Estoy impaciente.

Él fue hasta una puerta doble y la soltó para abrirla. Venice separó los labios de la impresión al encontrarse la cama más enorme que había visto en la vida, parecía la cama de una reina. Era realmente maravillosa con postes en dorado y tenía un dosel de seda azul claro a juego con la colcha de la cama que tenía una corona bordada. Se volvió para ver un tocador de tres espejos pintado con flores. Era tan bello que robaba el aliento. Le llamó la atención una puerta. —¿Es el baño?

—Preciosa, tenemos que trabajar en tus adivinaciones —dijo divertido.

—Ja, ja… —Abrió la puerta y atónita vio infinidad de vestidos de distintas sedas, brocados y terciopelos. Había capas, trajes de viaje y de montar a caballo, botas, cajas de sombreros, sombrillas y de un aparador salían un par de guantes de cabritilla blanca.

—¿Te gusta?

—¿Son de tu madre? —preguntó acariciando una seda de crepe en color verde esmeralda.

—Son tuyos, preciosa.

No pudo disimular su sorpresa. —¿Cómo?

—El castillo tiene su propia modista, trabaja para todas las brujas que habitan en la casa. Desde que falleció mi madre ha trabajado en un vestuario digno de nuestra reina, por eso te dije que trajeras poco equipaje.

Cogió una tela de lo que obviamente era un vestido de noche. —Este —dijo emocionada.

—Estarás preciosa.

—Espero que me valga.

Carraspeó. —Preciosa, la modista es bruja, sabe tus medidas. Sabe las medidas de todos.

—Qué práctico.

—Lo es, no sé qué haríamos sin ella.

Él salió del armario y Venice llevó el vestido hasta su habitación para ver a Molly mirándolo todo con la boca abierta. —¿Has visto?

—¡Aquí podrían dormir doce personas!

Jerome rio por lo bajo yendo hasta una pared. —Y… —Abrió una puerta oculta y las dos se acercaron estirando el cuello para ver un baño que tenía una bañera.

—¿Eso es una bacinilla de oro? —preguntó Molly antes de echarse a reír al verla encajada en el asiento—. Jamás me hubiera imaginado algo así.

—Ni yo. —Entró en el baño. —Es todo de mármol. —Acarició el aguamanil del mismo material. —Muy hermoso.

En ese momento llegó una doncella que hizo una reverencia. —Mi reina, ¿le preparo un baño? El agua está en su punto.

—¡Eh! —exclamó Molly indignada—. ¿Qué haces tú aquí?

—Preciosa, mientras resuelves esto iré a prepararme. —La besó en la mejilla. —Suerte.

Molly estaba a punto de pegar cuatro gritos y Venice le dijo a la doncella —Prepara el baño.

—Sí, mi reina.

—¿Me estás relegando?

Se acercó al tocador y se sentó en la hermosa silla para mirarla. —Estás despedida.

—¿Qué? ¡Venice no tiene gracia!

—Eres mi amiga y no quiero que me sirvas más. No te hagas la tonta porque sé que ya lo has hablado con Caroline.

Molly apretó los labios. —No quiero dejarte.

—Algún día nos separaremos, te casarás y seguirás con tu vida, es inevitable. —Su amiga iba a protestar. —Y precisamente por eso no puedes servirme aquí.

Entrecerró los ojos. —¿Qué quieres decir?

—Lo sabes muy bien, sentí cómo palpitaba tu corazón por él y el suyo por ti. Hace un rato te miraba como si quisiera tocarte, así que no pienso dejar que le pongas las cosas difíciles, mostrándote ante todos como una doncella cuando Robert es el administrador de la casa.

—¿Crees que se avergonzaría de mí?

—No, creo que les darás la oportunidad a los demás para hablar y eso no lo voy a consentir. A partir de ahora eres mi dama de compañía, no hay más que hablar.

En ese momento llamaron a la puerta y Venice miró hacia allí. —Pase.

Entraron en la habitación tres doncellas, que cargadas de calderos de agua fueron hacia el baño. La chica de antes entró la última y se acercó a ella. —¿La ayudo a desvestirse, mi reina? —Miró hacia Molly. —Alice la llevará a su habitación, señorita Hopster.

Una joven rubia dio un paso adelante. —Si me acompaña…

—¿Está muy lejos?

—Tres puertas más al este, señorita. Lo más cerca de nuestra reina que ha sido posible como es su deseo.

—Bien.

Venice sonrió mientras iba hacia la puerta y se levantó para quitarse la chaquetilla del traje de viaje. —¿Cómo te llamas?

—Lisa, mi reina. —Cogió la chaquetilla y la tiró al suelo haciendo que levantara una ceja. La chica se sonrojó. —Tiene tres mucho mejores, mi reina. Ya verá, le encantarán.

—Procura que a Molly no le falte de nada.

—Así se hará, mi reina.

Entonces vio un pequeño cuadro que había colgado cerca de una de las ventanas y cuando dejó caer la voluminosa falda fue hasta allí en ropa interior. Era un hermoso lago rodeado de flores. El lago donde su hombre le hizo el amor por primera vez. Su lago. Pero estaba a millas de allí. ¿Qué hacía aquel cuadro en esa habitación?

—¿Mi reina? El baño está listo.

Confundida asintió sin dejar de mirar el pequeño lienzo. Entonces la imagen se movió, las flores se balancearon por la brisa y sintió que se trasladaba al interior de la imagen donde se vio a sí misma hacía muchos años corriendo por el prado mientras su amor la seguía intentando atraparla. Él la agarró por la cintura y riendo dejó que la tumbara al lado del agua antes de que la besara demostrándole cuanto la amaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas recordando ese momento, pero algo llamó su atención y volvió la vista a su derecha cerca de los árboles. Lisbeth estaba observándoles con el odio reflejado en sus ojos. Un brillo hizo que mirara sus manos donde portaba una daga, pero alguien la agarró

del brazo deteniéndola, alguien que no llegó a ver pues estaba tras el tronco de un árbol.

—¿Preciosa?

Se sobresaltó volviéndose y Jerome aún vestido con su traje de viaje dijo preocupado. —¿Estás bien?

Se llevó la mano a la frente. —Sí, sí, estoy bien. —Volvió a mirar el cuadro y parpadeó porque era un bouquet de flores. —¿Qué…?

Él miró a Lisa. —Déjanos solos.

—Sí, duque.

Cuando cerraron la puerta él preguntó —¿Qué ocurre?

—Ese cuadro, hace unos minutos era nuestro lago y vi…

—Dime.

—A Lisbeth al borde del valle con un cuchillo en la mano. Alguien la retuvo.

—Sería alguna de sus amigas.

—Lisbeth nunca hacía caso a nadie y a ellas menos, así demostraba su superioridad jerárquica.

—¿Tu padre?

—Le mató por llevarle la contraria, ¿crees de veras que le hubiera hecho caso? No, tenía que ser alguien que tuviera poder sobre ella. La furia que tuvo que contener fue intensa, estaba fuera de sí. Era una bruja de alto nivel y por encima de ella solo estaba…

—La sacerdotisa, pero eso es imposible.

Se le cortó el aliento. —Dios mío, intentó separarnos… —Impresionada se llevó la mano al pecho. —La sacerdotisa quiso separarnos, seguramente sabiendo ya lo que yo haría por ti dándote esa fuerza y le dio instrucciones a Lisbeth.

—Así que nos persiguió y te llevó ante ella.

—Separándome de ti. Me he estado preguntando por qué no te convocaron y te mataron en su momento para castigarme por mi falta, pero como aún no la había cometido solo pretendían

separarnos. Al atacarnos consiguieron lo contrario de lo que pretendían.

—Que me hicieras más fuerte. Su plan no funcionó, así que te castigaron. Ninguno de los dos pretendía dejar de buscar al otro, así que te arrebató los poderes para que no pudieras encontrarme. Y fue cuando Lisbeth aprovechó para vengarse y te encerró en la cueva.

Los ojos de Venice mostraron su pena. —Y la sacerdotisa no se enteró hasta…

—Que fue demasiado tarde.

Se le cortó el aliento. —Por eso estamos aquí de nuevo, por ella. Para pagar su falta, se dio cuenta de que se había equivocado, que Lisbeth le había mentido y quería que termináramos juntos. Y tu madre lo sabía, por eso siempre supo que eras para mí.

Jerome la abrazó. —Seré tuyo ahora y siempre.

—¿Cómo se enteraría la sacerdotisa de lo que me ocurrió en la cueva, de lo que te ocurrió a ti?

—No lo sé, preciosa, igual se lo confesaron alguna de las amigas de Lisbeth o lo soñó demasiado tarde… Solo puedo darle las gracias por darnos otra oportunidad.

—¿Si hicieras algo así no querrías asegurarte de que todo saliera bien?

Él se apartó. —¿Qué quieres decir?

—Si yo intercediera y le rogara a la naturaleza una segunda oportunidad para alguien a quien he fallado, querría saber que todo saliera bien, que era feliz al lado de la persona amada.

—¿Qué quieres decir, preciosa? ¿Que nos vigila?

—No sé si es exactamente eso, pero siento que están con nosotros de alguna manera y están a la espera de lo que pueda ocurrir.

—Pues solo espero que si lo que queda por venir se pone feo, nos echen una mano.

Rieron por la anécdota que estaba contando Caroline de cuando era aprendiz. —Teníais que verla, estaba colgada del árbol y aún decía que lo intentaría de nuevo. Wendolyn se puso como loca.

—No sabía que habías sido profesora aquí —dijo Jerome.

—No era profesora, profesora, echaba una mano cuando venía a ver a tu madre. ¿No lo recuerdas?

—No estaba aquí en esa época.

—Es cierto, tus estudios en Londres con tu abuelo, el viaje a Europa… —Soltó una risita. —Al duque nunca le gustó tener una nuera bruja e intentaba que estuvieras fuera de Escocia todo lo posible.

—¿De veras? —preguntó Venice muy interesada.

Jerome asintió. —Intentó alejarse de la leyenda que se cernía sobre su familia, ignorarla, y cuando su hijo dijo que se casaría con una bruja no lo admitió muy bien.

—Le desheredó —dijo Wendolyn—. Pero terminó por echarse atrás cuando Clear fue a hablar con él.

—¿La sacerdotisa fue a hablar con él?

—Y vaya si le hizo cambiar de opinión. Dijo que todo sería para bien, convenció al duque de Rencliffe de que les apoyara y él terminó por admitir su unión. Es más, fue padrino de la boda. Y fue lo mejor, porque sino vosotros nunca os hubierais conocido. O puede que sí, ¿quién sabe? El destino es un misterio.

Clear fue a hablar con el abuelo de Jerome… Entonces una teoría empezó a darle vueltas en la cabeza, ¿y si las sacerdotisas sabían lo que había ocurrido e intentaban pagar la deuda de su antecesora? ¿Por eso fue a hablar con el duque? Para que su hijo se casara con su hermana y que su Jerome naciera. Debían encontrarse en esa vida y ellas hicieron todo lo posible para que fuera así. Por eso Stella fue la sacerdotisa, aunque no se lo esperaba nadie. Porque Jerome tenía que nacer entre ellas, tenía que conocer su mundo para que se reencontraran, no pensaban dejar nada al azar para saldar su deuda.

Jerome cogió su mano por encima de la mesa y le miró con los ojos llenos de lágrimas. —Preciosa, ¿qué te ocurre?

Sonrió con tristeza por todo lo que se habían esforzado para que llegara ese momento. —Nada, no ocurre nada. —Él besó su mano. —Soy feliz. Soy muy feliz.

Se levantó de la cama intentando no despertar a Jerome y desnuda fue hasta la ventana para ver los hermosos jardines. Estaba amaneciendo y parecía que iba a hacer un día precioso. Sus brazos la rodearon pegándola a su torso. —¿Qué haces levantada? Casi no has dormido, preciosa. —La besó en la sien.

Acarició sus antebrazos. —Tú me das la energía que necesito.

—¿Seguro? —preguntó divertido—. Yo creo que quieres salir a que te dé fuerzas el sol de la mañana.

Se quedó mirando el paisaje. —Nunca lo he hecho, ¿sabes? No tenía que potenciar mis poderes, así que nunca hice ningún ritual.

Él apretó los labios. —Ahora deberás hacerlos a menudo, son importantes para tu magia.

—Lo sé.

La besó en la sien. —Ponte una bata, te acompañaré al bosque. Allí podrás quedarte desnuda sin que te vea nadie.

Se volvió y él fue hacia su bata de terciopelo. —Tengo la sensación de que vas a acompañarme en muchos aspectos.

Él le guiñó un ojo. —¿Recuerdas nuestros encuentros bajo el sol, preciosa?

Sonrió. —Los recuerdo muy bien. —Cogió la bata que estaba en la butaca y se la puso apartando su largo cabello.

Jerome la observó y se acercó para acariciar su melena. —Es tan hermoso que me roba el aliento.

Sonrió volviéndose. —Mi madre dice que me da fuerza. Es curioso, siempre lo odiamos, no está de moda y mi hermana y yo… —Apretó los labios. —La echo mucho de menos.

La abrazó. —Lo siento mucho, cielo.

—Ahora me alegro de que no hayan venido mis padres, hasta que no sea seguro no les quiero cerca. No podría soportar perder a nadie más. —Abrazó su cintura con fuerza. —Por favor, te lo suplico, ten cuidado.

Él acarició su espalda. —Lo tendré. Y cumpliré con mi función de mantenerte a salvo. Esta vez sí, preciosa. Esta vez nadie llegará a tocarte.

Sentada en el césped con los brazos elevados repetía una y otra vez —Señor del mar, señor de la tierra, señor del aire, aquí está vuestra sierva, dadme las fuerzas que necesito para enfrentarme a mis enemigos, para cumplir con mi deber y hacer todo lo que esperáis de mí. Señor del mar, señor de la tierra, señor del aire, protege a los míos, protege a mis súbditas, dadme la fortaleza que necesito para ser una sacerdotisa justa. Dadme valor y guiadme en mi camino.

Jerome la observaba atentamente mientras ella sentía que sus fuerzas se multiplicaban. Levantó la cara para que el sol la bañara y su cabello brilló. Sus mechones se dividieron y flotaron mientras ella repetía esas frases una y otra vez. Jerome separó los labios de la impresión viendo como esos mechones la rodeaban como si fueran brazos protectores. Y cuando varios de ellos fueron a su vientre se enderezó sabiendo perfectamente lo que esos mechones querían proteger. Ella con los ojos cerrados volvió a repetir su rito y Jerome dejó que continuara durante mucho tiempo. Entonces él lo sintió, la energía que estaba llegando a su cuerpo era mucho más potente que cualquier rito que hubiera contemplado en el pasado. Era como si su esposa al no haber hecho ritos antes estuviera absorbiendo de golpe toda la fuerza que debía haber

tenido en su pasado, como si la naturaleza supiera que algo importante iba a llegar e intentara prepararla para ese momento. Y eso le preocupó, le preocupó muchísimo.

Terminó y le miró sonriendo mientras sus mechones caían a su alrededor. Se acercó a él alterándole la sangre porque jamás había estado tan hermosa y sintió como su miembro se endurecía con fuerza. Se acercó a él y la lazada de su bata se abrió mostrando su miembro. Venice gimió pegándose a su pecho y mirando sus ojos en llamas acarició su sexo endurecido. —Te necesito.

La cogió por la cintura elevándola y haciendo que rodeara sus caderas con las piernas. A Venice se le cortó el aliento comiéndoselo con la mirada. —Te amo.

Agarró sus rizos inclinando su cabeza hacia atrás. —Repítelo.

—Te amo, te amo…

Jerome besó su cuello con ansias y susurró contra su piel —Mi esposa. —Entró en ella haciéndola gritar de placer y movió sus caderas con contundencia para llenarla tanto que se sintió completa. La sujetó por los glúteos y la llenó de nuevo hasta que creyó que se volvería loca mientras un rayo atravesaba el cielo. Sus respiraciones se agitaron, el ritmo se volvió frenético mientras su interior se tensaba poco a poco deseando mucho más. Y su fuerza le dio lo que necesitaba pues empujó de nuevo. —Han sido demasiados años sin amarte… —dijo él y todo estalló. Su cuerpo se estremeció, miles de estrellas iluminaron su mente casi cegándola mientras el placer recorría su cuerpo hasta dejarla completamente exhausta. Exhausta y muy feliz.

Abrazada a él intentó recuperarse y Jerome la pegó a su pecho como si no quisiera soltarla jamás. —No quiero perderte, preciosa.

Acarició su nuca. —Eso nunca sucederá, siempre estaremos juntos.

—Siento que estás en peligro y temo que nos tomen por sorpresa.

Se apartó para mirar sus ojos. —No bajo la guardia, esposo. Como tú no bajo la guardia porque me arriesgo a perderte y no puedo permitírmelo, así que no temas. —Sus ojos se oscurecieron. —Nuestros enemigos no ganarán esta vez.

Capítulo 9

Una hora después entraron en la casa riendo y al atravesar el hall Wendolyn salió del salón con una hoja en la mano. —Mi reina…

Se detuvo y sonriendo se acercó. —¿Levantada tan pronto?

—Tenemos que hablar. —Miró sus pies. —Por todos los rayos, ¿has ido descalza? Hace un frío que pela, va a nevar.

—Pues te aseguro que no he sentido frío. —Entró en el salón. —¿Qué ocurre?

Jerome entró tras ella y Wendolyn levantó una ceja al verle las pantorrillas bajo la bata. —¿Tú tampoco tenías frío, duque?

—Empiezo a tenerlo, así que vete al grano.

—Acaba de llegar esto. Veinte brujas piden que se convoque una reunión para hablar de tu futuro.

Se acercó y cogió la hoja. Estaba dirigida a la condesa.

—Me la han enviado a mi casa de Londres, un lacayo acaba de traérmela.

En ella le rogaban que ya que tenía buena relación con Jerome, le convenciera para que hablaran de la situación de la sacerdotisa. Había que tomar una decisión.

Venice apretó los labios. —Se están impacientando.

—Sí, sobre todo porque no hemos encontrado a la culpable y tenemos una sacerdotisa que realmente no lo es del todo, porque el duque tiene gran parte de tus poderes. De hecho, él es más fuerte que tú, en todos los sentidos. Evidentemente no saben hasta donde ha llegado vuestra relación, pero aunque la supieran no creo que eso

cambie nada. La situación empieza a ser altamente peligrosa y debemos hacer algo.

—Preciosa, hay que acabar con esto. Tengo que cederte los poderes para que no haya duda de quién está al mando.

Si la situación era peligrosa no aceptaría sus poderes ni loca. —¡No pienso dejarte indefenso y me da igual lo que piensen!

—Entra en razón. —Wendolyn dio un paso hacia ella. —Esto se nos puede ir de las manos. ¡Las brujas necesitan un guía!

Una voz interior le decía que no lo hiciera que debía proteger a su hombre. —Seré esa guía, pero no pienso perder a mi marido, así que no pienso dejarle desamparado.

Caroline entró en el salón. —Bajad la voz.

Los cuatro se miraron. —Hay una solución, no le cedas todos los poderes, Jerome, solo los más importantes —dijo Wendolyn.

—Debo ser sincero, no creo que sepa hacer eso.

—Tu mujer necesita esos dones para liderar a las brujas —dijo Caroline—. Pero si no quiere debe ser por algo, ¿no? Igual debemos esperar.

—No podrá imponerse si no la temen —dijo Wendolyn.

Venice apretó los labios. —No quiero infundir temor.

—El temor es necesario para que no sobrepasen líneas rojas. —Wendolyn dio un paso hacia ella. —¿Cuánto tiempo crees que tardarán en presentarse aquí sin permiso pidiendo explicaciones?

—Solo tenemos que acallar a las brujas que las exaltan.

—Te equivocas —dijo la anciana—. Tendrás que convencerlas a todas mostrando que eres una buena líder, porque como no lo hagas las voces discordantes nunca desaparecerán. Cuando desaparezca una porque le hagas frente, las demás tendrán un motivo para ponerse en tu contra.

—Preciosa, la condesa tiene razón. Muchas son amigas, se han criado juntas aquí y a ti no te conoce nadie.

Apretó los labios porque su mente no dejaba de decirle que no se le ocurriera admitir esos poderes. —¡Quiero aquí a la americana ya!

—Pues si quieres darte tanta prisa tendrás que hacer un hechizo para convocarla y para hacer algo tan poderoso necesitarás los poderes de tu hombre —dijo la marquesa sonriendo maliciosa.

—Preciosa, hoy hay luna llena, sería propicio hacerlo esta noche.

Frustrada porque nadie le hacía caso salió del salón dando un portazo.

—Jerome convéncela —dijo Caroline—. Sé que teme por ti, por vuestro pasado, pero tiene que confiar en que podrá protegerte.

—Después de lo que nos ocurrió la última vez no sé qué decirte.

—Te mantuvo con vida, ¿no?

—¿Vida? Te puedo asegurar que al no encontrarla deseé mil veces la muerte y estoy convencido de que ella pensó lo mismo en la cueva donde la encerraron hasta su último aliento.

No pudieron disimular su sorpresa. —¿Qué cueva? —preguntó Wendolyn.

Él iba a decir algo cuando la puerta se abrió y Molly entró en el salón con un libro en la mano. —¿Y Venice?

—Ha debido ir a su habitación.

Sus ojos brillaron. —Tengo algo.

—¿De qué hablas?

—El hechizo del reflejo. ¡Es perfecto!

Jerome confundido miró a las demás. —¿Sabéis de lo que habla?

Caroline negó con la cabeza, pero Wendolyn preguntó con desconfianza —¿Para qué quieres ese hechizo?

—Antes iba hacia mi habitación y os oí hablar. Por eso fui corriendo a por el libro. ¡Tengo la solución! Solo hay que esperar que

la americana se ponga ante un espejo y podrá hablar con ella. No necesita convocarla, ¿a que es genial?

—Déjame ver —dijo Caroline cogiendo el libro. Lo leyó a toda prisa y asintió—. Es cierto, con este hechizo no necesita hacer que se presente ante ella.

—¿Pero cómo sabremos cuándo se pone ante el espejo? —preguntó Jerome.

Molly chasqueó la lengua. —Solo hay que calcular la hora en la que se prepara para la cena. ¿Qué dama no se pone ante el espejo mientras su doncella la peina?

Wendolyn sonrió. —Perfecto, así podremos tantearla.

Jerome ya vestido abrió la puerta y se la encontró hermosa con un vestido de mañana, sentada en el diván leyendo un libro de brujería.

—¿Molly te lo ha contado, preciosa?

—¿Ves como no era necesario el intercambio de poderes? —preguntó distraída pasando la hoja.

Él suspiró sentándose a su lado. —Estás retrasando lo inevitable. —Acarició su pierna por debajo de la falda. —Intentará demostrar que puede contigo y no dudo que ya se habrá informado de todo lo que ocurre aquí. ¿Crees que nadie del servicio la mantiene informada? Esto es una lucha de poder y muchos de los que trabajan aquí estarán de su parte. Y no les culpo, todo esto no ha pasado nunca y tienen miedo.

Cerró el libro y le miró a los ojos. —Soy más poderosa que ella, incluso sin tus poderes.

—Temes por mí, pero yo temo por ti y no puedo consentir esto.

—Antes estabas dispuesto a esperar.

—Eso fue antes de que supiera que estabas preparada y sabes por qué lo hacía.

—Porque no hubiera soportado el traspaso de poderes.

—Exacto. Preciosa, no podemos dilatarlo más. Será esta noche, no hay más que hablar.

Molly abrió la puerta. —Caroline ha usado el péndulo, Margaret está aquí en Escocia en una mansión que le ha comprado su acaudalado marido.

Jerome se tensó levantándose. —¿Está aquí?

—Ten cerca a tus enemigos… ¿Qué mejor que esperar en Escocia el momento de conseguir el puesto de sus sueños?

Venice se levantó del diván y fue hasta su tocador. —Llama a las chicas, las quiero detrás de mí.

Molly salió corriendo.

—Preciosa, ¿lo haces ahora?

—Si se levanta tarde puede que tengamos suerte. —Se miró al espejo y tomó aire antes de decir —Esta imagen muestra dos caras, la tuya y la mía, Margaret Wellington, tu espejo y el mío es solo uno, ambas caras en uno solo. Esta imagen muestra dos caras, la tuya y la mía, Margaret Wellington, ambos reflejos son uno solo y me verás en este instante.

No funcionó, solo se vio el reflejo de Jerome, que estaba tras ella y suspiró. —No está.

—Lo seguiré intentando, son las diez de la mañana. Puede que se levante más tarde.

Las chicas llegaron acompañadas de tres más que en silencio se pusieron tras ella. —Volveré a intentarlo.

Pero la dama en cuestión no apareció y eran ya las doce de la mañana cuando se dio por vencida. —Debe ser madrugadora.

Molly que estaba mirando por la ventana dijo —Creo que la has convocado de alguna manera porque tengo la sensación de que está a punto de llegar.

Venice se acercó a la ventana y apretó los labios al ver un carruaje que llegaba a toda prisa. —Es evidente que busca el enfrentamiento, pero tranquilos, solo viene a tantear el asunto, su objetivo es que todas las demás vean mi incompetencia y viene a forzar la reunión con las brujas. —Sonrió maliciosa. —Que la hagan esperar en el salón.

Molly soltó una risita. —Quieres ponerla de los nervios.

—Un poquito. Quiero que se dé cuenta de que aquí no hay más sacerdotisa que yo.

Wendolyn sonrió orgullosa. —Entendido.

Caroline salió de la habitación a toda prisa y todas vieron como el carruaje se detenía ante la puerta. Frunció el ceño al ver su equipaje. —Cielo, ¿cómo es esa mujer?

—No la conocí mucho, preciosa. Cuando era una niña no se relacionaba mucho con la gente del castillo. Pero era eficiente y estudiosa, mucho más que las demás. Mi madre decía que era muy aplicada y la premiaba con libros.

—¿Libros de la cripta? —preguntó Molly preocupada.

—Sí.

—Así que sabe más hechizos que muchas brujas.

—Mi madre intentaba paliar sus ansias de conocimiento, pero nunca se saciaba.

—¿Accedió a los libros sagrados? —preguntó Wendolyn.

—Por supuesto que no, mi madre nunca hubiera dejado que una aprendiz los tocara siquiera. Solo las brujas de alto nivel y que tienen el permiso de la sacerdotisa pueden acceder a ellos, Wendolyn y Caroline. Eran sus personas de confianza en el momento de su muerte y siguen siéndolo para mí.

Wendolyn inclinó la cabeza en señal de respeto. —Y ha sido un honor.

Venice la miró. —¿Tú los has leído?

—No, solo me encargo de su conservación. Algunos de esos libros son demasiado peligrosos y ni yo me siento capaz de abrirlos. Y con los poderes que tienes en este momento no deberías ni abrirlos tú.

Molly separó los labios de la impresión. —¿Qué pueden hacer?

—Hace un siglo la sacerdotisa estaba buscando un hechizo poderoso para liberar a una bruja de un encantamiento, nada servía y decidió repasar los libros sagrados. Algo entró en ella y se libró una batalla en su interior que por poco la mata.

Venice impresionada dijo —¿Por qué no se han destruido esos libros?

—Porque la mayoría de los hechizos pueden ser muy útiles si la persona sabe controlar su poder. Desgraciadamente esta sacerdotisa ya era anciana y estaba enferma, no había cedido sus poderes todavía y nuestra sociedad estuvo al borde de un problema muy serio, porque aún no había una sucesora definida entre las aspirantes. Todo esto se detalló en los registros, deberías leerlos.

—¿Molly?

—Me pondré con ello de inmediato y te contaré lo más importante hasta que tengas tiempo a leerlos tú.

Llamaron a la puerta y Venice ordenó que pasaran. —Adelante.

La puerta se abrió mostrando a Robert. —Creo que tenemos un problema.

—¿Qué ocurre?

—Acabo de llegar de la finca de Wesley al norte y he visto llegar un carruaje con tres brujas en su interior.

Se le cortó el aliento. —¿Eso está muy lejos?

—A dos horas a caballo. —Jerome preocupado se pasó la mano por la nuca. —Si las brujas ya están llegando es que nos quieren tender una trampa. Ya no podemos esperar más, preciosa.

—¡Se esperará lo que sea necesario y hasta que yo no lo diga no se traspasarán los poderes!

Se hizo el silencio en la habitación y Wendolyn con el ceño fruncido dio un paso hacia ella apoyándose en su bastón. —Mi señora, ¿te niegas por alguna otra razón que no conocemos?

Se le cortó el aliento sintiendo un pálpito en el corazón. —¿Qué?

—No estás siendo razonable y me pregunto si hay otra razón para este empecinamiento.

—Puede, ¿yo qué sé? ¡Soy nueva en esto!

—Ay, madre… —dijo Robert haciendo que le fulminara con la mirada.

—¿No es ella la sacerdotisa? ¡Pues dejad que se guie por su instinto, leche! —dijo Molly yendo hacia la puerta—. Me pongo con los registros de inmediato. Tú, chato —le dijo a Robert—. Da vueltas por la finca, veamos si hay más brujas por ahí.

—¡Para que me maten y que no se lo cuente a mi sacerdotisa! ¡Soy un hombre!

Molly puso los ojos en blanco antes de salir y él la siguió. —¿Qué ha querido decir esa mirada? ¿Crees que no tengo valor? Cómo se nota que no has convivido entre ellas, algunas tienen muy mala baba. Molly, ¿no vas a escucharme?

—Sí, sí…

Sus voces se alejaron y los tres se miraron. Jerome fue el primero en hablar. —Empiezo a pensar que Wendolyn tiene razón. Estás impidiendo que te ceda mis poderes por algún otro motivo que desconocemos.

—Pues si tiene que ser así, así será.

—Pero te mostrarás débil hacia ellas.

—Sigo siendo más fuerte que ninguna y os tengo a vosotros. No temo a nada.

Se acercó a la ventana para ver como bajaban su equipaje. Rayos, no había podido verla con tanta cháchara. De repente una imagen apareció ante ella y se le cortó el aliento. Era su hermana jugando con unos diez años en el hall de esa casa. Estaba con otra niña y reían. Alguien se acercó y alargó la mano. —¿Margaret? Es hora de tu lección.

La niña se levantó de inmediato y le dijo a su hermana —¿Te veré luego?

—Mi madre ha dicho que nos iremos pronto.

Sintió la desilusión de la niña. —Espero que vengas a vivir aquí muy pronto.

El rostro de su hermana se entristeció. —No lo creo, madre no lo permitiría. Prefiere que vivamos en el campo lejos de aquí.

Margaret agachó la mirada y susurró —Awen.

—Yo también te deseo buenos augurios, amiga.

—¿Preciosa?

Sin aliento miró a su marido. —Conocía a mi hermana, sintió una conexión con ella. Hasta yo la he sentido.

Wendolyn dio un paso hacia ella. —¿Y eso qué significa?

—Que si antes no podía ni verme, ahora puede verme aún menos porque por mi culpa no pudo tener cerca a su amiga del alma. Y lo sabe, sé que lo sabe.

—Esto es estupendo, ya no hay dudas de que te odia —dijo Wendolyn—. ¿Y cuál es nuestro siguiente paso?

—Hacer que muestre sus cartas, es lo único que podemos hacer.

Sentada en su trono Venice vio cómo se abría la puerta. Tuvo que reprimir una sonrisa por la cara de cabreo que tenía la americana cuando entró en el salón por haberla tenido esperando cuatro horas. Recorrió la distancia que las separaba y al llegar a ella

se detuvo en seco sin hacer ningún tipo de reverencia. Jerome de pie al lado de su mujer se tensó por el insulto. —Saluda a tu sacerdotisa como corresponde.

—Ella aún no es nada mío —dijo sin intimidarse—. O acaso ya ha sido bendecida con los dones que le debe regalar la naturaleza para conseguir ese destino. —La miró a los ojos. —Porque yo veo que no, así que es una bruja normal y corriente, como yo. Le aconsejo que se levante de ese trono, milady, porque todavía no es suyo.

—¿Dudas de que lo será en el futuro?

—Dudo que se lo merezca.

—¿Acaso ves el futuro?

—Veo muchas cosas, pero sobre todo veo a una bruja que no está preparada ni lo estará nunca para ese cargo tan importante.

—Oh, te aseguro que estoy preparada. —La miró maliciosa. —¿Quieres que te lo demuestre?

Se tensó por la amenaza. —¿Cree que es más fuerte que yo, milady?

—Sí —dijo sin dudar—. Y de eso se trata, ¿no? De demostrar quién tiene más poder. —Se adelantó. —Y contigo no tengo ni para empezar.

Margaret sonrió con ironía. —Creo que me subestima.

—Al contrario, hasta este momento creía que iba a enfrentarme a una bruja excepcional y tú solo eres una bruja del montón con ínfulas de superioridad. Eso demuestra que sí me equivoco.

Enderezó la espalda. —Sus insultos no me afectan, milady. ¡Lo que importan son los hechos! ¡Desde el mismo momento en que me enteré de quién sería la sacerdotisa, me di cuenta de que nunca podría hacer frente al cargo! ¡No ha vivido entre nosotras, no ha desarrollado sus dones y sobre todo no nos conoce! ¡No sabe nuestras costumbres!

—En otra vida he estado en el castillo y te aseguro que sé las costumbres. —Un lazo salió de su mano sorprendiendo a Margaret y la agarró del cuello obligándola a arrodillarse. —¡Y a la sacerdotisa se le debe respeto!

Margaret la miró con odio. —Puede matarme a mí, pero hay muchas más que piensan como yo. ¿Va a matarlas a todas?

Sonrió. —Quieres convertirte en una mártir… —Soltó su lazo. —Quieres provocar una revolución, pero no lo conseguirás.

—¡Si hay una revolución la han provocado ustedes! —Se levantó mostrando que tenía valor. —¡Nosotras solo queremos a nuestra sacerdotisa para que nos lidere y desenmascare a quien está matando a las nuestras! Pero ya veo que a usted eso no le importa en absoluto —dijo antes de volverse con furia dispuesta a salir del salón.

—Sí que me importa —replicó deteniéndola en seco—. Y te aseguro que pienso descubrir a la culpable.

Margaret la miró sobre su hombro y esos ojos azules le dijeron muchas cosas, como que ella no era la responsable. —Pues haga algo. ¡Invóquela si es nuestra sacerdotisa! ¡Aplique el castigo!

—¡Deja de decirle lo que tiene que hacer! —gritó Jerome furioso—. ¿Pero cómo te atreves?

Entonces a Margaret se le cortó el aliento. —Creen que soy yo. —Se echó a reír. —Creen que he hecho todo esto para quitarme de encima a las que estarían de su parte, ¿no es así?

—Tienes el don de la clarividencia.

—Como muchas otras con lo que rodea a nuestra vida.

—No, tú has visto algo más. —Venice se levantó y bajó los escalones para llegar hasta ella. —Lo siento.

La miró con desprecio. —¿Quiere saber lo que he visto?

—¡Sí!

—He visto una guerra encarnizada por el poder y la muerte de muchas de las nuestras —dijo cortándole el aliento—. Incluida usted, milady.

—Mientes, solo quieres asustarla —dijo su marido.

—¡Oh, cállate! —gritó perdiendo los nervios—. ¡Si no tiene tus poderes no podrá con tres de nosotras! ¡Morirá! ¡Tú la estás llevando a la muerte!

Pálido iba a decir algo, pero Venice se adelantó lanzándole una bola de fuego que la arrastró por todo el salón hasta que chocó con la pared. Margaret gimió intentando arrodillarse y la miró con odio. —Jamás vuelvas a hablar así a mi esposo. ¡Se merece respeto y no solo por quien fue su madre y su tía, sino porque ha entregado su vida a nuestra raza! —gritó haciendo temblar el suelo del salón provocando que la miraran sorprendidos—. ¿Me has entendido?

—Si tu prima hubiera muerto a manos de esa asesina, harías lo que fuera para encontrar a la culpable. Y si tengo que acabar con tu absurdo reinado para conseguirlo, te juro por nuestros dones que lo voy a hacer. Ahora mátame si quieres, pero no pienso dar ni un solo paso atrás.

Miró a Jerome dándole la espalda a Margaret demostrando que no le tenía ningún miedo. —Querido, ¿qué opinas?

—Que no era lo que me esperaba.

—Parecía más fiera, ¿no es cierto?

La escucharon gruñir y entonces Jerome alargó la mano. Venice se volvió a toda prisa para ver como una telaraña la pegaba a la pared. —¿Iba a atacarme?

—Querida, no tiene muy buen talante, ¿qué esperabas? —dijo Wendolyn.

Los tres la miraron y esta se retorcía intentando quitarse la telaraña de encima. —Has tenido suerte, mi marido no suele andarse por las ramas y pudo haberte matado. —Sonrió mirándole con amor. —Sobre todo en lo que me concierne.

Margaret escupió un pedazo de tela de araña que tenía en la boca y gritó —¡Ya podéis prepararos! ¡Están al llegar y tendréis que dar cuentas de vuestros actos! ¡Vuestro reinado va a durar muy poco!

—¿Y quién me sustituirá, estúpida?

Margaret parpadeó. —Pues yo.

Se echó a reír. —¿Tú?

Molly entró en el salón dando un portazo con un libro en la mano y al mirarla de reojo pegada a la pared se detuvo en seco. —Leche, ¿es una araña?

—Algo así. Amiga, ¿tienes algo?

Sus ojos brillaron y se acercó casi corriendo. —Sí.

Los tres la rodearon y su amiga susurró —He empezado por los más recientes hacia atrás porque he considerado que son los que más nos importaban. Y algo me ha llamado la atención. La muerte de Clear no aparece en los registros. Ni su muerte prematura ni nada.

—Eso es muy extraño —dijo Wendolyn—. ¿Estás segura? Fue una sacerdotisa importante.

—Sí, estoy segura. Solo se habla de un ataque que recibió por parte de otra bruja cuando estuvo embarazada por primera vez y fue su marido quien la ayudó a acabar con su enemiga. Asunto acabado, y solo se menciona su parto prematuro debido al ataque. Que fue una buena sacerdotisa y bla, bla, bla, pero nada más. A partir de ese ataque no se escribe nada más sobre ella y sobre su muerte. Y de tu madre, duque, apenas se escribe nada. De hecho, se han ido suprimiendo ciertas cosas desde entonces. Como tu nacimiento.

Margaret estiró el cuello como si quisiera enterarse de lo que decían.

—Su madre no escribiría nada sobre él para protegerle de lo que ocurriría ahora —dijo Venice.

—Eso pensaba yo, pero… Sí que mencionó a Pearl.

Jerome entrecerró los ojos. —¿A mi hermana?

—Dice que la noche de su alumbramiento la luna se cegó y eso es muy mal augurio. La sacerdotisa escribió que temía por ella y en lo que pudiera convertirse en el futuro. Que solo rogaba no tener que aplicar justicia sobre la sangre de su sangre.

Jerome miró a Wendolyn que apretó los labios. —¿Tú sabías eso?

—Sí.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—No lo consideré importante. La niña no mostró muestras de dar problemas y te aseguro que la vigilamos de cerca.

—Nacer en luna ciega es señal de que practicará la magia negra —le explicó Venice a Molly que separó los labios de la impresión—. Una enemiga dentro de nuestros dominios, por eso su madre lo escribió en los registros, para advertir a las brujas del futuro sobre ella y sus descendientes.

—Pues he descubierto algo más. —Levantó un sobre cortándole el aliento a Venice. —Aquí pone que es para ti.

—¿Dónde estaba esto? —Cogió el sobre y lo volvió para ver que ponía su nombre.

—Se cayó cuando cogí un libro.

Lo abrió a toda prisa y estaba en blanco. —No pone nada. —Pasó la mano por las hojas susurrando unas palabras para intentar ver la letra, pero no salía nada. Volvió la hoja y preocupada dijo —Alejaos.

Todos se alejaron de la sacerdotisa y Margaret preguntó —¿Qué ocurre? ¿Alguien puede soltarme de una buena vez?

Ignorándola Venice subió los escalones y se sentó en el trono. Entonces las letras doradas aparecieron en el papel.

Querida Lady Venice:

No nos conocemos y es algo que siento muchísimo porque me hubiera gustado conocer a la mujer de mi querido Jerome. Sentí tu nacimiento y fue el día más dichoso de mi vida porque me di cuenta de que su corazón de dragón ya no estaría solo nunca más y que al fin se haría justicia. Que naciera de una sacerdotisa no fue casualidad, querida, estoy convencida que nuestros señores dispusieron que fuera así para que su madre le protegiera. El único hombre en tener la fuerza necesaria para enfrentarse a una bruja

era un peligro para nuestra sociedad y muchas querrían matarle, pero siendo hijo de la sacerdotisa pocas se atreverían. Su padre y sus antecesores solo fueron peones que le llevaron hasta el trono, hasta ti. Y aunque eso significó que mi matrimonio no fuera tan dichoso como me hubiera gustado, fui feliz porque mi hombre intentó que lo fuera con todas sus fuerzas, aunque nunca me entregó su corazón. Pero todo tiene un fin último y no es solo que vuestro amor triunfe, sino que la sacerdotisa esté a salvo de sus enemigos. Las sacerdotisas siempre hemos sufrido ataques, incluida yo, aunque no se lo dijera a nadie. Simplemente me deshice del problema y seguí adelante con mi vida, eso es algo que conlleva ostentar este cargo. La muerte prematura de mi hermana provocó ciertos cambios que han tenido consecuencias y en parte han sido culpa mía. Tú debes poner todo en su sitio. El futuro de las brujas y de nuestra sociedad tal y como la hemos conocido a lo largo de los siglos está en peligro y con la ayuda de mi hijo debéis conseguir la paz, el consenso y la unidad. Sé que es una tarea ardua y que tienes miles de preguntas, preguntas que ya no puedo contestar, pero guíate por tu corazón y sabrás cuál es el camino correcto. Dentro de muchos años felices junto a mi hijo, mirarás atrás y te darás cuenta de que todo lo sufrido mereció la pena, te lo garantizo. No guardes rencor y sé piadosa. Te deseo mucha dicha en el destino que te queda por vivir.

Stella, simplemente una sierva más.

Se le cortó el aliento. —Simplemente una sierva más —susurró.

—¿Qué ocurre, preciosa? —preguntó acercándose—. ¿Qué dice mi madre?

Le entregó la carta y él la leyó ansioso. Emocionado apretó los labios antes de llegar al final y que desaparecieran las palabras. —No nos aclara mucho —dijo él apesadumbrado.

—No, pero tampoco lo esperaba. —Se volvió hacia Margaret y levantó una ceja al ver como luchaba contra la tela de araña. Hizo

un gesto y esta desapareció haciéndola caer de morros contra el suelo. Hizo una mueca. —¿Mejor?

Margaret levantó la cabeza de golpe para mirarla con rencor. —¡Podrías haber avisado!

—Te notaba impaciente. —Se acercó a ella. —¿Y ahora qué hago contigo?

Jadeó. —¿Disculpa? ¡No he transgredido ninguna ley, bonita! —Se levantó de un salto. —¡No he hecho nada más que mirar por el bien de todas nosotras!

—¿Seguro? ¿Eres inocente de todo? Me han dicho que tienes unas ideas un tanto revolucionarias sobre el destino de las brujas.

Jadeó. —¿Qué tiene de malo cambiar algunas cosas? ¡Nos hemos quedado en la Edad Media!

—Eso de mostrar nuestros poderes a los mortales es una regla básica que nunca hay que transgredir y tú animas a las brujas a que se muestren tal y como son.

Se sonrojó, pero levantó la barbilla. —Nunca he hecho eso.

—¿De veras? Yo tengo informaciones que te contradicen, pero deben ser rumores infundados ya que lo niegas. Es evidente que con tu carácter debes tener enemigos y seguro que solo quieren calumniarte.

—¡O son inventos tuyos para intentar destruirme!

—Mi reina, igual deberíamos contrastar esa información y asegurarnos de que es correcta para limpiar su nombre —dijo Wendolyn maliciosa.

—¿Deberíamos? Sí, es cierto, deberíamos contrastarla. —Sonrió a Margaret que la miró con desconfianza. —Si dices la verdad, no te ocurrirá nada.

Miró a una y a otra para de repente palidecer. —No.

—Sí —dijeron los tres con satisfacción.

Margaret corrió hacia la puerta, pero esta no se abrió. —¡Dejadme salir!

—Vamos Maggie… —Venice divertida fue a su encuentro. —Tengo entendido que pocas personas pasan la prueba del fuego de la verdad, pero estoy convencida de que tú sí que lo harás porque eres totalmente sincera, no debes flaquear ahora cuando estás a punto de limpiar tu nombre. Serán unos minutos.

Pálida se volvió. —¡No funciona siempre!

—Claro que sí.

—¡Hace unos años una de mis compañeras metió el brazo en la olla hirviente y se lo quemó hasta dejárselo en carne viva! ¡Y decía la verdad! —Sus ojos se llenaron de lágrimas de miedo.

—Eso no puede ser.

—¡Juro que sí!

Parecía tan convencida que miró a Jerome. —Yo no estaba aquí, estaba estudiando en Londres, pero mi madre me lo contó. La chica sin permiso de nadie bajó con sus amigas a la cripta para meter el brazo en la olla porque sus compañeras no la creían cuando decía que ella nunca había tenido padre, que su madre hizo un hechizo para tenerla. Por supuesto la olla… —Apretó los labios. —Fue un desafortunado accidente. Ella solo repetía lo que le había dicho su madre, que era la que mentía.

—Pero como repetía una mentira el caldero la castigó —dijo asombrada.

—Un castigo muy duro. Fue un shock para las estudiantes. Algunas quisieron irse.

Los ojos de Margaret se llenaron de lágrimas y Jerome la miró. —Entre ellas tú. Pero tus padres no pensaban consentir que volvieras a América.

—¡Cállate!

Entonces Venice sintió sus miedos al llegar allí, sintió su soledad en los años de estudiante y como se hacía la fuerte ante las demás. Era una Margaret tan distinta a como se mostraba con su hermana que lo sintió muchísimo por ella por la infancia que había tenido. Y cuando le ordenara seguir adelante lo iba a sentir aún más,

pero había que poner las cosas en su sitio y en su cargo a veces no había que mostrar piedad. —Vamos a bajar a la cripta.

—¡No!

Venice abrió las puertas mentalmente y arrastró a Margaret por el hall sin tocarle un solo pelo, lo que demostraba su fuerza sobre ella. Un grupo de brujas entraron en la casa en ese momento y dijo agradablemente —Enseguida estoy con vosotras.

Margaret medio histérica gritó intentando soltarse de su agarre, pero se abrió la puerta de madera que daba a las escaleras de piedra que descendían a la cripta. —Querida, deja de gritar —dijo Wendolyn exasperada—. Yo lo he hecho tres veces y aquí estoy, tan hermosa.

—¡Vieja arpía! ¡Todo esto es culpa tuya, tú le has dicho esas mentiras sobre mí!

—Pues ahora puedes demostrar que miento. —Al llegar abajo Jerome abrió una puerta y allí estaba el caldero de la verdad. En cuanto lo rodearon la lava de su interior empezó a burbujear porque Wendolyn ya estaba murmurando —Esta bruja se presenta ante vos, señor del fuego. El fuego de la verdad no la dañará mientras no mienta, señor del fuego. Margaret mete el brazo en su interior.

Con los ojos llenos de lágrimas sollozó sabiendo que no podía hacer nada contra ellas y metió el brazo en el interior de la lava.

—Pregunta mi reina.

—¿Quieres lo mejor para las brujas?

—Sí —respondió sin dudar.

Sonrió, pero entonces Margaret sacó a toda prisa su brazo y agarró el suyo mientras un escudo protector las rodeaba demostrando que tenía mucho más poder del que se había imaginado. —Suéltame.

—Ah, no. Ahora te toca a ti.

Jerome gritaba al otro lado y lanzó bolas de fuego contra el escudo sin poder resquebrajarlo siquiera. —¡Suéltame, es una orden! —gritó al ver su desesperación.

—Cuando digas la verdad.

Se retaron mirándose a los ojos.

—¿Quieres lo mejor para las brujas?

Entonces en su mirada se mostró la duda porque si fuera así no habría antepuesto su hombre a su deber y habría recibido ya los dones de la naturaleza. Margaret sonrió con satisfacción. —Lo sabía.

—¡Suéltame!

—¡Contesta a la pregunta!

Su marido se tiró con fuerza sobre el escudo y este tembló.

—Haría lo que fuera por ti, ¿no es cierto?

—¡Sí!

—¿Incluso mentir?

—¿A qué te refieres?

—¡Su madre le entregó los dones porque no estabas preparada y no lo estabas porque tú no eres la próxima sacerdotisa! ¡Todo es mentira!

—¿Pero qué disparates dices?

—No sé lo que está ocurriendo, pero conociendo a Pearl como la conozco puedo imaginarme muchas cosas.

—¡No entiendo lo que dices!

Jerome se lanzó otra vez sobre el escudo y este se resquebrajó.

—¿Era a ella a quién iban destinados esos dones? ¿Por eso su madre los retuvo?

—La propia sacerdotisa dijo que yo era su descendiente, lo vio cuando nací.

—¿De veras? ¡Y su palabra era ley, nadie dudaba de lo que decía! ¡Pero no era cierto!

—No digas disparates.

—¡Y lo sé porque si la muerte no hubiera intercedido la siguiente sacerdotisa hubiera sido tu hermana!

Se le cortó el aliento y bajó la vista al caldero donde la lava no dañaba su brazo, por lo tanto decía la verdad. —¡La conocí! ¡Lo supe en cuanto la vi! ¡Ella era nuestra reina!

Impresionada ni se dio cuenta de que la soltaba. —¡Tú no eres la sacerdotisa, te están mintiendo! ¡Todo es una farsa!

El escudo se rompió y una bola de fuego lanzó a Margaret contra la puerta. Jerome se acercó sacando su brazo con delicadeza y le preguntó —¿Estás bien, preciosa?

—Sí, sí…

Pero estaba tan preocupado que necesitó comprobarlo. Sus ojos estaban totalmente rojos y su furia impresionaba sobre todo cuando miró a Margaret como si quisiera desmembrarla. —¡No! —ordenó Venice agarrándole del brazo—. Amor, mírame.

Él lo hizo y Venice sonrió con tristeza. —Nos están mintiendo —susurró.

—¿Qué?

—Yo no soy la siguiente sacerdotisa. Lo era mi hermana, su brazo no se ha quemado.

—¿Pero qué disparates dices? —preguntó Wendolyn.

Todos la miraron y la vieja dio un paso atrás. Esta forzó una sonrisa. —¿Os la vais a creer?

—Creo al caldero.

—Tú eres una bruja muy superior a tu hermana, recuerda que si tuvieron que irse de Londres fue por ti, porque no podían contenerte.

—Eso no significa que mi hermana no tuviera más poder que yo, solo demuestra que yo lo controlaba peor —dijo muy seria. Entonces empezó a recordar como su madre y Paris se iban durante horas a montar a caballo cuando ella lo odiaba. Recordó que muchas veces envidiaba el tiempo que pasaban juntas. —La instruía para ser sacerdotisa, la instruía sin que lo supiera nadie.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa y a ti…?

Jerome se tensó. —¡Y a ella la dejaron desamparada con dones de aprendiz de primer año! ¡Si no hubiera recordado nuestra vida anterior estaría totalmente indefensa y era lo que pretendíais!

Wendolyn apretó los labios. —Necesitábamos que la sintieras indefensa para que vuestro amor sobreviviera. Necesitábamos que rompieras las cadenas que ataban tu corazón y te abrieras a ella. Si sentías que iba a morir en cualquier momento, la protegerías está en tu naturaleza. La naturaleza que ella creo en ti. Debíamos hacerlo, era una deuda de nuestras antecesoras que debíamos saldar.

—Pero ella no es la sacerdotisa —dijo Margaret—. ¡Fingisteis todo esto durante años únicamente para unirles!

Wendolyn apretó los labios

Venice dio un paso al frente. —¿Quién es la elegida?

—Lo he jurado, no voy a decirlo.

—Claro que vas a decirlo —dijo Jerome agarrando su brazo para meterlo en el caldero—. ¿Es Margaret?

—¡No!

Su brazo no se quemó. —¡Déjame, no voy a decir nada más!

—Suéltala.

Todos miraron hacia Caroline que al lado de Molly estaba muy seria.

—¿Tú? —preguntó Venice sorprendida—. ¿Tú eres la siguiente?

—No sé lo que os estáis imaginando, pero no me gusta nada. ¡Suéltala, Jerome!

Él soltó su brazo y la condesa gruñó. —Te aseguro que fui la primera en decir que esto no me gustaba nada.

—¿Alguien va a decirme qué está pasando aquí? —preguntó Molly.

—No soy la siguiente sacerdotisa, todo era mentira. Una mentira trazada en mi nacimiento porque la sacerdotisa supo que era la pareja de su hijo y quería romper la maldición, quería que

fuéramos felices. Cuando nací ya se sabía que mi hermana sería la siguiente reina y organizaron todo esto. Supongo que llegado el momento se revelaría la verdad antes de que yo tomara el poder, pero mataron a mi hermana. —Se le cortó el aliento recordando como su hermana en el cuadro abrazaba a su esposo demostrándole su amor, algo que no era muy coherente después de haberle quitado la vida. —Porque la mató su marido, ¿no es cierto?

Caroline dio un paso hacia ella. —Venice…

Gritó de dolor haciendo que los cimientos temblaran y Jerome la abrazó a él mirándolas con rencor. —¡Estáis locas! ¿Habéis fingido su muerte?

Wendolyn suspiró como si estuviera agotada. —Se creyó que era lo mejor para todos.

Venice la miró furiosa. —¡Durante dos años su hija ha estado sin ella, eso sin mencionar que su esposo está preso en New Gate!

—Su esposo sabía lo que ocurría en todo momento y aceptó su estancia en prisión por un bien mayor.

—¿Un bien mayor? —Jerome no salía de su asombro. —¿De qué rayos estáis hablando?

—La protegieron —dijo Margaret dejándola de piedra—. La protegieron y os expusieron a vosotros ante esa que está matando a las brujas. Sabían que Paris estaría en peligro y su esposo no tiene la fuerza del tuyo. Él te protegería, os protegeríais el uno al otro, con lo que vuestro amor sería más fuerte, inquebrantable y lograrían que esa bruja quedara expuesta para que las demás la atacáramos llegado el momento. Después tu hermana saldría a la luz y recuperaría su puesto.

Venice dio un paso atrás de la impresión. —No, Paris no haría eso. No me expondría al peligro.

—No tenía opción —dijo Caroline—. Hace dos años casi la matan y quedó malherida, en aquel momento aún pensábamos que quedaba mucho tiempo para que fuera sacerdotisa. Como el plan se había iniciado tantos años antes, todas las demás ya creían que tú

serías la heredera, así que decidimos seguir adelante para pagar la deuda que teníamos con vosotros y de paso proteger a Paris. No podíamos perderla, así que simulamos su muerte días después a manos de su esposo.

Separó los labios de la impresión. —Por eso estaba distinta los días previos a su muerte y su marido tan tenso, porque estaba herida y tenía que aparentar ante mí que no era así.

—Si su esposo no hubiera ido a prisión por su muerte no hubiera sido creíble —dijo Caroline.

—¡Y por qué la madre de Jerome no invocó a la asesina hace dos años! ¡Ella tenía los poderes necesarios para conseguirlo!

Ellas apretaron los labios antes de mirar a Jerome que negó con la cabeza. —Mi madre nunca lo consiguió, era uno de los pocos hechizos que jamás logró hacer.

—¡Eso no puede ser! ¡La sacerdotisa puede hacerlo!

—Stella nunca quiso ser sacerdotisa y reprimió muchos de sus dones durante años. Ella no tuvo demasiados problemas que la pusieran en peligro durante su reinado, así que no tuvo necesidad de usarlos y cuando llegó el momento tenía menos poder del necesario —dijo Wendolyn—. Siempre creí que era un castigo por no haber sido diligente en su reinado.

—En los últimos años de su vida, mi madre apenas practicó la magia. Podía hacer cosas corrientes que le facilitaban la vida diaria como mover cosas, pero nada más.

—Cuando falleció tan repentinamente estuvimos a punto de sacar a Paris a la luz, pero como habíamos quedado Stella cedió los poderes a Jerome para que fuera a buscarte y te instruyera antes de cedértelos. Pero ese momento nunca debía llegar, nunca debía cedértelos y de eso teníamos que encargarnos nosotras.

—¡Me habéis hechizado! ¡Por eso mi mente no deja de repetir que no acepte esos dones!

—El plan no debía llegar a la ceremonia, esos poderes no están destinados a ti.

—Me sugeríais que los aceptara cuanto antes cuando en realidad solo queríais saber si el hechizo seguía haciendo efecto…

—No podíamos permitir que los aceptaras en un momento en el que no estuviéramos presentes, así que teníamos que tantear continuamente si el hechizo seguía teniendo efecto sobre ti.

Impresionada por lo que significaba todo aquello susurró mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. —Sabiendo que no se me había instruido me expusisteis para que esa zorra asesina diera la cara. Era el blanco perfecto.

—Tu madre quería decírtelo. Por eso se internó, porque cuanto menos te viera hasta que llegara el momento mejor —dijo Wendolyn—. Renunció a sus dos hijas por el bien de nuestra sociedad.

—Por eso regresó a casa en cuanto me fui.

Jerome la abrazó sintiendo su dolor, el dolor de la traición de su propia sangre y era tan desgarrador que creyó que no podría soportarlo. —Preciosa…

—No le importaba a nadie —dijo desgarrada.

—Me importas a mí.

De repente se apartó empujándole por el pecho. —No, para ti tampoco era importante. ¡Te casaste con otra y me dejaste allí! ¡Y si viniste a buscarme a Londres fue porque te lo ordenaron para salvar la maldita sociedad de unas brujas que nos fallaron en el pasado, no porque realmente me quisieras a tu lado! ¡De hecho, tus continuos desprecios cuando nos conocimos, me dijeron a las claras que no me querías en tu vida! Hace años que sabías de mí, sabías que eras mi hombre y no fuiste a verme, aunque fuera por curiosidad. ¡No te acercaste hasta que me necesitaste por esos malditos poderes y solo porque pensabas que era la sacerdotisa!

Pálido negó con la cabeza. —¡No sabía todo esto!

—¡No le importé a nadie! —gritó haciendo que el suelo se abriera a sus pies—. ¡Ni a mis padres ni a mi hermana ni a ti! ¡Nunca le he importado a nadie!

Molly con los ojos llenos de lágrimas susurró —A mí sí me importas.

Miró hacia su amiga y sollozó. —¿Tú lo sabías?

Negó con la cabeza. —Te juro por mi vida que jamás te hubiera hecho algo así. Te quiero, eres como mi hermana.

—No me querían, Molly. —Su cuerpo empezó a difuminarse. —Nunca me quisieron.

—Venice, ¿qué estás haciendo? —Jerome intentó cogerla del brazo, pero su mano la traspasó. —¡Venice!

Le miró a los ojos. —Nunca debí haber vuelto, ojalá me hubiera quedado en esa cueva para siempre.

—¡Venice no! —Jerome se tiró sobre ella, pero su cuerpo desapareció antes de que nadie pudiera evitarlo.

Caroline cerró los ojos. —Mierda.

Molly sollozó corriendo hacia donde había estado su amiga y apartó a Jerome de un empujón. —¡Venice! —Se agachó y levantó el péndulo de oro que le había dado su madre. —¡No, no!

Jerome se llevó las manos a la cabeza y preguntó desesperado —¿A dónde ha ido? ¡Dónde está mi mujer!

Wendolyn y Caroline se miraron en silencio y Margaret las miró con desprecio. —¿No es obvio? Lo ha dicho, su dolor es tan profundo que ha ido a esa cueva que mencionó. Sería el primer sitio donde la buscaría.

Jerome gritó de frustración y sus ojos se volvieron rojos como las llamas del caldero. —Os juro por lo más sagrado que como esta vez no encuentre a mi mujer, tendréis que quitarme la vida para recuperar estos dones.

—La encontrarás —dijo Caroline—. Te ayudaremos.

—Más os vale y si tengo esa suerte, la apartaré de vosotras todo lo que pueda para que no volváis a hacerle daño nunca más.

Capítulo 10

Se despertó sintiendo un cansancio atroz y confundida tocó la fría tierra. Sentir su tacto la alarmó y se dio cuenta de donde estaba. Gritó de miedo una y otra vez recordando cada minuto que pasó allí metida. Temblando consiguió sentarse y la pequeña luz que se filtraba por unas rocas le permitió ver que estaba en su cueva. Sollozó volviendo la vista hacia su propio esqueleto tumbado en el suelo sobre una manta mugrienta. Jamás la habían sacado de allí. Lisbeth ni se había molestado en enterrarla. Miró hacia el fondo de la cueva y se levantó con las piernas temblorosas para acercarse a la tumba de su hijo. Una tumba que había excavado con sus propias manos. Sollozó dejándose caer de rodillas y tocó la húmeda tierra. —Nunca debí salir de aquí. —Rodeó su vientre con los brazos sintiendo una pena indescriptible. —Malditos, malditos todos. —Lloró dejando salir un gemido de dolor y sus lágrimas cayeron sobre la tumba de su hijo. Entonces un odio visceral creció en su pecho y abrió los ojos mostrando que ya no eran verdes sino negros. —Vais a pagar. Vais a pagar lo que me habéis hecho, lo juro por la lava del inframundo.

Jerome detuvo su caballo y se bajó a toda prisa. —¿Seguro que es aquí? —preguntó mirando los matorrales—. ¡No veo ninguna cueva!

Caroline asintió y volvió su caballo antes de sacar el mapa. Elevó el péndulo de cristal y su punta señaló el punto exacto donde se encontraban. —Es aquí, la entrada tiene que estar por algún sitio.

El marqués se bajó del caballo al igual que Molly, mientras Jerome buscaba a su alrededor apartando zarzas sin importarle herirse en las manos. —Ha pasado mucho tiempo, los arbustos han crecido —dijo por lo bajo—. Puede que ahora la entrada esté más oculta.

Molly apretó los labios y miró hacia el suelo. Frunció el ceño al ver una huella a unos metros y se agachó. Parecía que había quemado la hierba. —¡Eh! —Levantó la vista para ver otra y otra. —¡Aquí!

Jerome se acercó corriendo y al ver la huella las siguió en sentido contrario hacia la maleza. Apartó una zarza y vio la piedra que cubría la entrada. La empujó tirándola a unos metros demostrando la fuerza que tenía en su interior. La cueva estaba oscura.

—Ten —dijo el marqués mostrando una caja de cerillas.

Él levantó una ceja extendiendo la mano y mostrando su bola de fuego. El marqués carraspeó. —Eso es mucho mejor, donde va a parar.

Caroline extendió su mano y entre los dos iluminaron la entrada. Había un pequeño pasillo y los cuatro caminaron por él hasta la cueva que se abría varios metros. Se quedaron paralizados al ver el esqueleto de Venice tirado en el suelo y Molly sollozó —Qué horror, ¿qué hicieron con ella?

Jerome no podía dejar de mirarla sintiendo tanta culpabilidad que ni sabía qué hacer.

—Mirad… —dijo el marqués señalando el suelo de tierra. Las huellas venían del fondo de la cueva y Jerome fue hasta allí. Se agachó donde había tierra revuelta y vio las huellas de una mano. —Ha estado aquí.

—¿Qué hay ahí? ¿Qué estás mirando? —preguntó Molly.

Levantó la vista hacia ella. —Es la tumba de nuestro hijo.

Impresionada se tapó la boca con la mano.

—Dios, qué tortura —dijo el marqués—. ¿Y tuvo que soportar esto durante años? Pobre mujer.

—Es evidente que se ha ido —dijo Caroline mirando las huellas hacia la salida —. Ahora tiene poderes, así que pudo mover la piedra. Volvió a cerrarla porque es su tumba, pero se ha ido.

—¿A dónde? —preguntó Molly.

La marquesa apretó los labios. —No lo sé. El péndulo de cristal decía que está aquí, así que…

Jerome se enderezó. —Ni se te ocurra pensarlo.

—¡De qué diablos habláis! —gritó Molly de los nervios.

—Creo que ya no es Venice —terminó de decir Caroline.

—¿De qué hablas?

—¡El péndulo ha señalado el último sitio donde fue Venice!

—¿Y ahora qué es?

—Cuando una bruja pierde su alma y su corazón se vuelve negro, las llamamos furias. Solo ha pasado tres o cuatro veces en toda nuestra historia, pero son realmente peligrosas. La última vez que ocurrió fue en Salem y pasó porque mataron a la familia de la bruja, perdió la cabeza e hizo una matanza hasta que las nuestras pudieron controlarla.

—¿Qué pasó con ella?

Caroline apretó los labios. —¿Tú qué crees?

—¡No vais a tocarla! —gritó Molly a punto de lanzarse contra Caroline, pero el marqués la retuvo sujetándola por la cintura—. ¡No vais a hacerle más daño!

—Jerome has visto las huellas. Su cuerpo arde con ansias de venganza.

—Molly sube al caballo —ordenó el duque.

Caroline intentó detenerles. —¡Jerome escúchame!

—Atreveos a tocar a mi mujer y os mataré a todas.

Molly se subió al caballo casi corriendo y Jerome se subió también. —Alejaos de nosotros, yo me encargaré de mi esposa. —Hincó los talones en su montura y se lanzó a galope siguiendo las pisadas. Molly le siguió tan rápido como podía hasta que llegaron a un camino. Él levantó la vista.

—¿La hemos perdido?

—No, sé exactamente a donde ha ido. —Se lanzó a galope y Molly que no podía seguir su ritmo vio impotente como se alejaba. Ella no tardó en ver la aldea y al pasar entre un par de casas que estaban ardiendo encontró el purasangre del duque ante la casa más grande. Molly se bajó dejando caer las riendas y corrió hacia la casa. Un grito espeluznante la sobresaltó justo antes de entrar en el salón para ver a su amiga con el cabello oscurecido y la piel cenicienta levitando mientras cogía a una joven de su melena. Esta aún en camisón gritaba pataleando mientras que el resto de la familia estaban en una esquina horrorizados.

Jerome dio un paso al frente. —Preciosa.

Venice reparó en él y le miró con sus fieros ojos negros al borde de la locura.

—Preciosa, suéltala.

—Es descendiente suya —dijo antes de sonreír mostrando sus dientes negros—. Su descendiente. —Rio. —Tuvo hijos, esa puta tuvo hijos mientras mataba al mío.

—Ella no tiene la culpa de lo que ocurrió.

—Sí que la tiene, lleva su mala sangre. —Inclinó la cabeza a un lado antes de levantarla hasta ponerla a su altura. —¿Tú qué has hecho? Vamos, confiesa… ¿Esos hijos son de tu marido? ¿A quién has matado para vivir tan bien?

Varios hombres entraron en la casa con armas en la mano y Jerome gritó —¡No! —Salieron despedidos fuera de la casa y él cerró las puertas impidiendo que nadie entrara. —Preciosa, suéltala.

Rio de una manera que Molly se asustó de veras. —Venice, por favor.

—Venice, por favor… —dijo con burla—. ¿Ahora debo ser buena? ¡Era buena! ¡En mis dos vidas fui buena y me pisaron, me aplastaron, me arrancaron el corazón! —Su presa sollozó y la levantó para ponerla ante su cara. —¿Lloras? ¡Las lágrimas no sirven de nada! ¡Habla, confiesa tus pecados!

—¡No, no!

La voz de un niño hizo que Venice mirara hacia él y su padre le tapó la boca con la mano. —Qué tienes que decir tú, ¿eh? —Tiró a su madre al suelo y se acercó volando. Inclinó la cabeza a un lado y alargó la mano mostrando sus uñas negras. Cogió los dedos de su padre y los apartó uno a uno de su boca. —Quiere hablar y no se lo permites. Quiero oírle. —Inclinó la cabeza al otro lado. —Vamos cuéntame, ¿qué ha hecho la zorra de tu madre?

—Mi mamá es buena.

Venice parpadeó. —¿Buena?

—¡Sí! ¡Vete bruja mala, déjanos en paz!

—Sí, vete —dijo la niña.

Al mirar sus ojos recordó los ojos de su Paris, su niña y se tensó. —Debo salvarla, debo salvarla…

—¡Venice!

Se volvió para enfrentarse a Jerome. —Lo siento, preciosa, no puedo dejar que hagas daño a nadie.

—¡Apártate de mi camino! —gritó poniéndoles los pelos de punta.

Jerome le lanzó dos bolas de fuego que la tiraron contra la pared y aún atontada no sintió como un lazo de fuego rodeaba su cuerpo tantas veces que le era imposible moverse. Chilló de manera espeluznante y en ese momento entró Caroline alargando el brazo. Su boca se selló y Jerome aguantó el agarre mientras su mujer fuera de sí levitaba de un lado a otro tan rápido que no podía evitar que se golpeara con las paredes.

—¡Sujétala! —le gritó a Caroline.

Entonces Molly empezó a decir —Señor del mar, señor de la tierra, señor del aire, tu sierva sufre, hazla dormir. Señor del mar, señor de la tierra, señor del aire, haz que Venice duerma hasta que haya desaparecido todo su dolor. —Venice se golpeó con una pared y todos vieron como se le cerraban los ojos y cayó unos centímetros como si ya no fuera capaz de sostenerse. —¡Señor del mar, señor de la tierra, señor del aire! ¡Haced que duerma!

Venice aún sujeta por el lazo de fuego dejó caer su cabeza sobre su pecho y Jerome sufriendo por ella la acercó a él para cogerla en brazos. Caroline se acercó a la familia y les ordenó —Miradme.

Todos miraron hacia ella y les dijo —No habéis visto nada, ha sido una pesadilla. Las brujas no existen.

—Las brujas no existen —dijo la niña.

Jerome abrió las puertas con la mente dispuesto a defender a su esposa de los del pueblo, pero allí ya no quedaba nadie y Margaret se bajó del caballo mirando fijamente a su esposa entre sus brazos. —La he encontrado.

—Buen trabajo, aunque no creo que puedas salvarla, ya no.

—Eso ya lo veremos —dijo entre dientes.

Tres meses después

Jerome abrió la puerta de la celda y su corazón se estremeció como siempre que la veía en ese estado. Tumbada en la cama estaba atada con lazos de fuego a los postes y dormía inquieta murmurando que los mataría a todos. Molly sentada a su lado miraba al vacío y él preguntó —¿Alguna novedad?

Le miró sobresaltada.

—Perdona, no quería asustarte. —Se sentó al lado de Venice y cogió su mano seca y agrietada necesitando sentirla. Sonrió con tristeza por el anillo que le había puesto en el índice meses antes. Su

anillo de boda. Lo había hecho hacer para ella muchos años antes y en su interior siempre esperó que le gustara sin saber que la piedra era exactamente del mismo color de sus ojos. Al mirar a su amiga se tensó. —¿Ocurre algo?

Molly no pudo disimular su pena. —Ya lo he leído todo y no hay ningún hechizo que pueda ayudarla. En uno de los libros se menciona su condición, pero solo dice que no tiene remedio. —Angustiada añadió —¿Qué vamos a hacer?

Él acarició su mano. —No lo sé. Si la despertamos no solucionaremos nada.

—Aún no puedo creer que mi hechizo funcionara —dijo incrédula—. He oído las explicaciones que me ha dado Margaret al respecto, pero no puedo creerlo. ¿Por qué iba a cederme a mí alguno de sus poderes?

—Porque en ese momento no quería vivir, el dolor era demasiado intenso y en su tortura solo quería proteger al único ser que la ha cuidado de verdad.

Molly apretó los labios. —¿Qué están maquinando ahí arriba?

—¿Tú qué crees? La manera de arrebatarme los poderes para dárselos a Paris, pero no los conseguirán gracias al conjuro de protección que me enseñaste.

—Estoy realmente impresionada con la frialdad a la que se enfrentan a esta situación. Adoran a su hija desde que nació.

—Es evidente que Paris será una excelente sacerdotisa porque lo ha antepuesto todo por ese trono —dijo con ironía. Miró a Venice—. ¿Cómo pude ser tan estúpido?

—Por todos los truenos, estabas maldito, tú mismo realizaste esa maldición en el pasado.

—Y llevé a todos los míos a la desgracia.

—Te aseguro que hay vidas mucho más desgraciadas que vivir en un palacio y ser duque, amigo —dijo haciéndole sonreír—. Da igual cómo, al final encontraste a tu bruja, está aquí y lo único importante es sacarla de este estado.

La puerta se abrió y la madre de Venice entró en la celda apretando los labios al ver el estado de su hija. —¿No hay novedades?

Ambos la fulminaron con la mirada y apretó los labios mirando el rostro demacrado de su hija. —Parece que está más delgada.

—Es lo que tiene no comer ni beber durante semanas, que te desmejora un poco —replicó Molly ácida.

—Hemos estado hablando y vamos a intentar de nuevo el aquelarre.

—Eso no servirá de nada —dijo Jerome—. ¡Ya se ha hecho varias veces y no ha servido de nada! ¿Es lo mejor que puede sugerir la sacerdotisa?

Melissa se apretó las manos con fuerza. —Hace lo que puede, como todas.

—Pues es muy poco después de haberle roto el corazón a tu hija.

Levantó la barbilla. —Creíamos que hacíamos lo correcto para todos.

—Pues espero estar muy lejos de aquí con mi mujer cuando empecéis con los tejemanejes de vuestro reinado. Por cierto, no empezáis muy bien, tengo entendido que han matado a otra bruja y por lo que he podido enterarme también era una buena amiga de mi madre. ¿Estaba metida en esto?

Su suegra no contestó.

—¿Clarence estaba metida en esto? ¿Mintió por vosotras diciendo que había visto que Venice era la futura sacerdotisa?

—Clarence no sabía nada de nuestros planes. Vivía en Milán.

—Pero estaba relacionada con esto como todas las demás, ¿no es cierto?

Miró hacia la puerta como si quisiera asegurarse de que estaba cerrada antes de decir —Le influimos un sueño para que dijera a sus amigas quien sería la sacerdotisa.

Molly no salía de su asombro. —Así que de alguna manera también la habéis matado a ella. —Furiosa se levantó. —¡Hasta dónde vais a llegar! ¡Debéis advertir a todas las implicadas!

—¿Crees que no lo hemos hecho ya? —preguntó alterándose. Respiró hondo intentando controlarse—. Pero no ha servido de nada. —Miró al duque. —Hemos mandado llamar a tu hermana.

Se levantó muy tenso. —Pearl no ha hecho nada —dijo entre dientes—. ¡Dejadla en paz!

—Es la única bruja de nuestra era que tiene un mal augurio en su nacimiento, lo que la puede hacer muy peligrosa en el futuro, lo sabes. Nació aquí, puede haber oído muchas cosas y puede que esté haciendo esto para liberarte de ella. La última vez que te vio no estabas muy de acuerdo con ser el esposo de Venice, puede…

—¡Eso son estupideces! ¡No podía saber que Paris había fingido su muerte! ¡Creía como yo que Venice sería la sacerdotisa!

—Pudo mentir, pudo fingir que no sabía nada.

—Si fuera así, ¿para qué matar a las brujas? ¿Qué gana con eso?

—Venganza —dijo cortándole el aliento—. Venganza por jugar con tu vida. Tu hermana te adora, haría lo que fuera por ti. Es descendiente del primer Drake y puede que haya hecho algo para liberarte, o puede que no. El caldero de la verdad sacará todo a la luz.

—¿Cómo te atreves? —dijo fuera de sí mostrando sus ojos enrojecidos—. ¡Cómo te atreves a jugar así con la vida de los demás! —La señaló. —¡Te juro que como toques a mi hermana lo pagaréis muy caro!

Melissa palideció. —Es momento de hacer algo. Ya hemos esperado demasiado. —Miró a su hija y sus ojos se entristecieron. —Jamás quisimos que esto acabara así, nuestras intenciones siempre fueron buenas.

—¡A costa de Venice! —gritó Molly.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Solo queríamos su felicidad, pagar la deuda que teníamos con vosotros… Lo que le sucedió a Paris nos asustó y solo podíamos seguir el plan, no había marcha atrás. Debemos encontrar a quién está haciendo esto cuanto antes.

Abrió la puerta para salir y casi se choca con Margaret que portaba varias velas blancas. La americana vio cómo se alejaba y entró en la estancia cerrando la puerta. —¿Lo has oído? —preguntó Molly con rabia.

—Shusss… —Se acercó a ella y dejó las velas sobre la mesa antes de encenderlas con un gesto de la mano.

Jerome entrecerró los ojos. —¿Qué sabes?

—He dormido la siesta.

Molly parpadeó. —¿Y eso es importante? Margaret, de verdad, con todo lo que tenemos encima…

—Y he soñado algo.

—¿El qué? —preguntó Jerome.

Se acercó sobre Venice y tocó su vientre mirando al duque a los ojos. —Tu hija la salvará.

Molly dijo con emoción —¿Cómo?

—Es un corazón puro dentro de ella, háblale a tu hija, dile todo lo que la amas. Ella salvará a tu esposa. Por cierto, se llama Margaret por si quieres llamarla por su nombre.

Molly jadeó. —Menuda mentira.

—Te digo que se llama así. —Sonrió encantada.

Molly gruñó antes de volver la vista a Jerome que esperaba ansioso. —¿Crees que funcionará?

—Si he soñado algo así tiene que indicar algo. Por intentarlo no pierdes nada. Y tiene sentido, la sangre de tu hija corre por las venas de Venice. Ella es bruja. Su corazón curará el de su madre. ¿Crees que Venice no haría lo que fuera por ella? Háblale a tu hija, es el mejor consejo que puedo darte.

Él miró hacia la puerta. —No quiero que entre nadie, busca una excusa para que no hagan el aquelarre.

Margaret asintió antes de ir hacia la puerta. —Volveré antes del anochecer a ver si ha habido novedades. No quiero bajar antes para no llamar su atención. Si me necesitáis que suba Molly a avisarme.

—De acuerdo.

Cuando la americana salió, Jerome y Molly se miraron a los ojos. —Vamos, inténtalo, como ha dicho no perdemos nada.

Cuatro horas después tenía la boca seca de tanto hablar, pero no se detenía. —Una mañana tu madre se presentó en mi casa con una flor. Una margarita. La primera de la primavera. —Rio por lo bajo. —Como las brujas no matáis seres de la naturaleza a no ser que sea necesario, había sacado la flor con la planta y todo. Dijo que me la regalaba porque todo el mundo sonreía al ver la primera flor de la primavera después del duro invierno y quería hacerme feliz. —Apretó la mano de Venice. —Y me hizo muy feliz, hija. Muchísimo. Y será una madre maravillosa, por eso tienes que ayudarla a salir de este estado. Sé que tú puedes.

Molly observaba el rostro de Venice, pero no había ningún cambio y empezó a desesperarse. —Esto no sirve de nada.

La miró exasperado. —¿Quieres dejar de decir eso? —Entonces se le cortó el aliento mirando su mano.

—¿Qué pasa?

—Me ha apretado la mano. —Miró a Venice. —Preciosa, ¿me oyes?

Sus párpados se movieron, pero no llegaron a abrirse.

—Vamos, continúa hablándole a Margaret —dijo Molly excitadísima.

—Tu madre ha sufrido mucho, cielo, necesita que des luz a su vida, que le des fuerzas para continuar. Vamos nenita, sé que

puedes hacerlo. Lucha contra el mal que la aflige, ella necesita tu luz, necesita tu fuerza.

La piel de Venice se iluminó cortándoles el aliento y poco a poco su color ceniciento se fue apagando, su cuarteada piel fue volviéndose más lozana y su cabello fue perdiendo el color oscuro hasta volver a su color original. Molly sollozó.

—Eso es, pequeña, mamá te necesita y lo estás haciendo muy bien. ¿Quieres oír otra historia? Nuestro amor ha traspasado los tiempos —dijo emocionado—. Al principio no podía creer que ella fuera la mujer que había esperado durante siglos, pero luchó por mí como nosotros lucharemos por mamá, ¿no es cierto? Vamos Margaret, queda poco.

—¿Y si no tiene bastante fuerza? Es muy pequeña todavía.

Él puso la mano sobre su vientre y Molly sobre su corazón. —Te vamos a ayudar, cielo. —Sus manos irradiaron luz para intentar curar su alma. —Los que te amamos, queremos que vuelvas, Venice. Te necesitamos.

Los párpados de Venice se abrieron un poco y Jerome dijo —Aún puedo ver sus ojos negros.

—Rayos. —Molly entrecerró los ojos y mirando su vientre dijo —Margaret te cedo los dones que me dio tu madre. —Un haz de luz salió de su cuerpo y llegó hasta su vientre. Venice se arqueó como si estuviera tomando aire, pero en lugar de eso por su boca salió un humo negro.

—Rayos, eso huele fatal —dijo Molly llevándose la mano a la nariz.

Venice parpadeó volviendo la cara hacia ella. —¿Estás diciendo que huelo mal?

Hizo una mueca. —Hace tres meses que no te bañas, no es que estés en tu mejor momento.

Jadeó antes de mirar a Jerome que sonreía emocionado. —La he liado bien, ¿no?

Él se echó a reír y la abrazó con fuerza. —Nadie puede culparte por ello, preciosa. —Cerró los ojos al sentir el latido de su corazón. —Estabas muy disgustada, pero ya estás de vuelta.

—¿Estoy atada?

—Tuvimos que hacerlo. Eras peligrosa, amiga —dijo Molly.

Jerome desató sus lazos de fuego mentalmente y Venice se abrazó a él con fuerza. —Lo siento, lo siento. Siento lo que te dije, no fue justo.

—No ha sido culpa tuya. De hecho, no dijiste mentira alguna, soy yo el que debería disculparme por mi comportamiento.

—Venga, estabas hechizado. Tú hechizado y ella en la inopia, mala combinación. —Ambos miraron a Molly con exasperación. —Daos prisa, tenemos que sacarla del castillo antes de que la vean.

—¿Sacarme del castillo?

—No me fío de ellas —dijo su marido—. De ninguna, tenemos que salir de aquí.

—¿Le has cedido los dones a Paris?

—No, y no pienso hacerlo.

Se le cortó el aliento. —No puedes hacer eso.

—Puedo hacer eso y mucho más. No creo que ella sea la persona adecuada para dirigir a las brujas y como mi madre me dio los poderes a mí, yo decidiré a quien se los cedo.

Venice se mordió el labio inferior. —¿Creéis que es lo correcto?

—Déjame esto a mí, ahora solo quiero sacaros de aquí y poneros a salvo.

Venice llevó la mano a su pequeño vientre. —Siento algo.

—Y más que vas a sentir. —Molly hizo una mueca. —La niña ahora tiene ciertos dones.

—¿Dones? —preguntó asombrada—. ¿Qué dones?

—Pues los que me diste. Te los he devuelto. Bueno a ti no, se los he dado a tu hija para que te ayudara a salir de tu estado.

—Yo no te di nada.

Molly parpadeó. —Claro, no te acuerdas… En la cripta cuando te disgustaste tanto. Antes de irte me diste los dones.

Venice negó con la cabeza.

—¿Cómo qué no? ¿Y de dónde salieron?

—Ahora no vamos a descubrirlo. —Su hombre la cogió en brazos y la llevó hasta la puerta.

—Puedo caminar…

—Llevas tres meses en esa cama, tienes que estar débil.

—Cielo, soy una bruja. Si estuviera débil lo sabría.

Él sonrió dejándola en el suelo y Molly se agachó para ponerle unas zapatillas. También le dio un abrigo. Al ponérselo se dio cuenta de que llevaba un vestido sucísimo y roto por varios sitios.

—No podemos ir a por un vestido, lo siento —dijo su amiga.

—Cariño, chasquea los dedos.

—¿Perdón?

—Caroline lo puede hacer, así que tú también. —Sonrió. —De seda, azul oscuro. Ahora estoy casada, puedo vestir de oscuro.

Él sonrió chasqueando los dedos. Su maltratada ropa se transformó en un increíble vestido de viaje azul oscuro de terciopelo y su cabello ya aseado se recogía en un intrincado moño a la nuca. Se miró asombrada porque el diseño era espectacular y eso la mosqueó. —¿A quién le has visto este diseño?

—Preciosa, es igual que uno que tienes en tu enorme armario.

—Ah... —Dejó caer los hombros. —Ya no es mi armario.

—Te haré uno igual en la casa de Londres. Nos vamos. —Cogió su mano y abrió la puerta lentamente para mirar el pasillo iluminado por dos antorchas colgadas en las paredes. —Vamos, vamos… —Subieron las escaleras de caracol a toda prisa y Jerome abrió la puerta de madera para mirar al pasillo que daba al hall. —

Despejado. —Salieron y Molly cerró la puerta para ir corriendo tras ellos, que se estaban escondiendo tras la enorme escalera.

Desde allí Venice pudo ver la entrada al salón del trono que estaba abierta y dos lacayos estaban ante ella. —Mierda… —dijo su marido—. Hay que despistarlos.

Venice entrecerró los ojos. —Baja alguien —susurró.

—Así que no hay ninguna novedad —la voz de su padre le cortó el aliento.

—No, cielo. Pero tampoco ha empeorado y debemos dar gracias por ello.

—Eso no me consuela mucho y te aseguro que estoy muy lejos de dar las gracias a nadie por lo que ha pasado —dijo molesto.

Se detuvieron en el hall porque su madre le agarró del brazo. —Sé que me culpas de esto.

—Nunca debí haberte creído —dijo entre dientes—. Has demostrado que tu propia familia te importa muy poco. Mira lo que nos has hecho… No solo simulaste la muerte de nuestra primogénita, sino que ahora que la tengo delante ni la reconozco y tu hija pequeña está al borde de la muerte.

—Creía…

—¡Me da igual lo que creyeras! Arréglalo o esto se acaba aquí por mucho que me duela, ya he aguantado bastante.

Su padre se alejó saliendo de la casa y Melissa sollozó tapándose el rostro con las manos. En ese momento salió Paris del salón del trono y a Venice le dio un vuelco al corazón al ver todo lo que había cambiado. La dulzura de su rostro había desaparecido y en su lugar su mirada era dura. Y aunque estaba más hermosa que nunca, algo en ella la estremeció por dentro. —¿Ha vuelto a disgustarte? —preguntó furiosa.

—Tu padre no entiende…

—¡Hicimos lo que era nuestra obligación! ¡Cómo vuelva a disgustarte le enviaré a casa!

—Hija, entiéndele… Todo ha cambiado.

Sus ojos verdes se endurecieron. —Claro que todo ha cambiado, ¿qué esperabas al enviar a mi marido a prisión? ¿Qué esperabas cuando he estado dos años separada de una hija que ni me reconoce? ¡Yo hice lo que debía por mucho que me dolió y todos los demás deben aceptarlo! Al fin y al cabo, ellos no han perdido nada, ¡he sido yo quien he perdido mi vida!

—Hija, ¿y tu hermana?

Paris apretó los labios. —Las cosas no deberían haber salido así. No hemos podido saldar nuestra deuda con ellos, pero puede que si nuestros señores son magnánimos tengan otra oportunidad en futuras vidas. Haremos lo que sea para que eso suceda.

—¡Venice aún está viva!

—Sabes también como yo que su estado no tiene vuelta atrás. ¡Ya han pasado tres meses y hemos hecho todo lo que hemos podido!

Su esposo salió de la sala del trono con una copa de brandy en la mano y Paris se tensó. —Cielo, ¿no es un poco pronto para eso?

Rio. —No, querida, te aseguro que no. Después de pasar dos años en una prisión para meterme en otra, esto es lo único que me alivia, así que pienso beber lo que me venga en gana. —Levantó la copa provocándola y se bebió el contenido de golpe antes de tirar la copa al suelo para ir hacia las escaleras. —Voy a ver a mi hija, a ver si hoy quiere jugar conmigo.

Asombrada por lo rota que estaba su familia cuando antes eran una piña vio como su hermana siseaba —¡A ver si llega esa Pearl de una maldita vez y podemos resolver algún asunto para vivir en paz! —Paris volvió hacia el salón del trono y pegó un portazo sobresaltando a su madre, que sollozó antes de correr escaleras arriba.

Jerome la miró de reojo y ella susurró —Tu hermana…

—Te sacaré de aquí y después intentaré interceptarla.

Negó con la cabeza. —No puedo irme. ¿Recuerdas la carta de tu madre? No guardes rencor, sé piadosa.

—Me importa un bledo lo que dijera mi madre —dijo entre dientes—. Solo quiero ponerte a salvo.

—Sabes que nunca estaré a salvo si ellas no quieren. Y tú tampoco, cielo.

—Venice, no la líes más, vámonos —le rogó Molly—. Tengo miedo por ti.

Sonrió. —Si algo ha demostrado toda esta historia es que no se puede luchar contra el destino. Mi destino era reencontrarme con Jerome y pienso hacer lo que sea por ser feliz a su lado, pero si mi familia es desdichada jamás seré feliz.

Molly puso los ojos en blanco. —Es para matarte, te lo juro.

Soltó una risita haciendo sonreír a Jerome. —¿Estás segura, preciosa?

—¿Qué tenemos que perder? —Apretó su mano. —Mientras estemos juntos… Y sé que nunca me abandonarás. Te oía, ¿sabes? —dijo emocionada—. Oía tus ruegos, pero no era capaz de volver. Durante estos meses no te diste por vencido y no lo harás nunca más.

—En eso puedes estar segura, te buscaría hasta mi último aliento.

Besó suavemente sus labios. —Te amo.

—Y yo a ti, preciosa.

Salieron de debajo de las escaleras y caminaron por el suelo de mármol hasta el hall. —¿A quién quieres ver primero? —preguntó Molly.

Miró hacia la puerta de la casa. —A mi padre.

Capítulo 11

Bajó los escalones mientras Jerome y Molly la observaban desde la entrada. Venice caminó por los jardines hacia su padre que dándole la espalda caminaba entre los recortados setos. Observó como llegaba a un rosal ahora sin flores por el invierno y tocaba una de las ramas.

—Es una pena que no florezcan todo el año.

Su padre se volvió sorprendido y al ver que se acercaba sus ojos se llenaron de lágrimas. Sonrió con tristeza. —Lo siento, padre, siento haberte odiado un año cuando tú no tenías la culpa de nada.

Charles la abrazó con fuerza. —Mi niña… ¿Estás bien? —La apartó para mirarla. —Creí que…

Sonrió. —Estoy bien. La furia ha desaparecido, ahora solo queda la pena.

—Lo siento muchísimo, hija. Si hubiera sabido lo que tramaban no lo hubiera permitido.

Se le cortó el aliento y se apartó para mirarle. —¿Qué fue lo que te dijeron?

—Que corrías peligro y que debíamos irnos al campo para que no intentaran matarte. Que las brujas siempre tenían enemigos y como eras tan poderosa intentarían quitarte del medio. Que su sacerdotisa lo había visto. Por supuesto dije que sí y que no controlaras tus dones me dijo que era lo mejor.

—Identificaste el cuerpo de Paris.

—Sí, la policía me lo enseñó. Parecía muerta, de hecho, cogí su fría mano, pero tu madre me ha explicado que estaba bajo un

hechizo que la enfriaba y detenía su pulso. Por orden de tu madre se cerró el ataúd y ya no era Paris la que estaba en él cuando se la enterró. Empezaron las discusiones con tu madre porque se comportaba de manera extraña. No solo lloraba por Paris, su comportamiento era extraño, hacía ritos a escondidas y estaba muy alterada. Le exigí en multitud de ocasiones que me dijera lo que estaba ocurriendo y entonces empezaron a acosarla esas voces. Aunque ya no sé si esas voces eran reales o simplemente lo dijo para alejarse de nosotros y no tener que confesarnos la verdad. Yo ya no insistí temiendo por ella, temiendo perder lo que me quedaba de mi familia y cuando fuimos a esa fiesta…

—No entendías nada.

—Cuando dijeron que eras la sacerdotisa, me di cuenta de que esa era la razón por la que habían intentado matarte y me alegré de haberte alejado de Londres. Pero cuando tu madre regresó a casa del sanatorio seguía sin hablarme, seguía callada respecto a ti, incluso después de insistir. Temí perderte, te habías pasado un año enfadada conmigo sin comprender por qué había internado a tu madre y temí que en el fondo siguieras enfadada conmigo, que alejarte de mí hiciera que ya no quisieras verme nunca más. Además, no sabía lo que estaba ocurriendo, nunca me perdonaría que te pasara algo, estabas entre desconocidos. Así que me enfadé con ella porque no quería venir a Escocia para enterarnos de lo que estaban haciendo contigo.

—Ahora entiendo por qué no te dejaron venir, hubieras hecho muchas preguntas que no querían responder. —Pensó en ello, aunque la orden la había dado Jerome estaba convencida de que le habían hablado mal de él para que no fuera a Escocia. Y todo para ocultar que no dejaban de mentir.

—¡Venice!

El grito de su madre la hizo mirar hacia la casa. Ella corría a su encuentro con el rostro lleno de lágrimas. —Mi niña, mi niña bonita… —Se abrazó a ella como si no quisiera soltarla jamás. —Estás bien, estás viva… —La besó por toda la cara. —Mi niña. —Se

apartó y al darse cuenta de lo tensa que estaba sollozó. —Lo siento, creí…

—Que era lo mejor. ¿De veras, madre? ¿Era lo mejor mentirme y que llorara la muerte de mi hermana? ¿Era lo mejor mientras veía cómo se desmembraba mi familia y mientras odiaba a mi padre por lo que creía que había hecho? ¿Era lo mejor? ¿Verme cada viernes y no decir una sola palabra durante un año?

Impotente dijo —No creí que duraría tanto tiempo. Ellas me dijeron que la sacerdotisa lo solucionaría. Lo siento…

Alguien carraspeó y su madre se volvió para ver que Jerome alargaba la mano. —Preciosa, la sacerdotisa quiere verte. Te ordena que te presentes ante ella.

Que pidiera verla como si fuera una súbdita en lugar de correr hacia ella la enfureció. —¿No me digas?

—Hija, ella también lo ha pasado mal y…

—¡No la excuses más! —gritó su padre sobresaltándola—. ¡Todo esto ha sido una locura desde el principio!

Melissa se calló agachando la mirada. —Entiendo que estés enfadada, pero ella también perdió mucho durante estos dos años y lo está pagando, te lo aseguro.

—Igual tendría que haber tomado otra decisión —dijo fríamente—. Igual no está preparada para el puesto tan importante que va a ocupar entre nosotras.

A su madre se le cortó el aliento mientras pasaba ante ella y cogía el brazo de su marido. Caminaron hasta la casa y el duque susurró —¿Cómo te encuentras?

Acarició su vientre. —La niña está inquieta.

—Tranquila, estará bien. Hace meses le hice un hechizo de protección.

Al entrar en el hall su mayordomo sonrió. —Me alegra verla también, mi rei…—Carraspeó. —Milady.

—Muchas gracias, Alfred. Me encuentro mucho mejor.

Él hizo una inclinación de cabeza y abrió la puerta a la sala del trono donde su hermana sentada en él hablaba con Margaret. Varias brujas también estaban en la estancia. Margaret se volvió y sonrió mostrando lo alegre que se encontraba por verla tan bien.

Se acercaron a ella y se detuvo ante su hermana que no se levantó en ningún momento. —Veo que tu marido lo ha logrado —dijo Paris sin mostrar nada en sus ojos aparte de frialdad.

—Parece que no te alegras.

Paris apretó los labios. —Me alegro mucho.

—¿Seguro? Cualquiera diría que preferirías que estuviera muerta, hermana.

—No digas tonterías —dijo con desprecio tensando a su esposo—. Tu bienestar me importa.

—Te importan más otras cosas —dijo haciendo que Molly reprimiera una sonrisa—. Te importa más esa silla.

Paris enderezó la espalda. —Ser la reina de las brujas conlleva sacrificios. Tu esposo lo sabe muy bien.

—No me metas a mí en esto para excusar tu comportamiento —dijo Jerome con desprecio—. Para mí no eres adecuada para sentarte en esa silla.

—¿No me digas? —preguntó con burla—. Seguro que tu esposa sería más adecuada.

—Pues ya que lo dices sí, ella por lo menos tiene sentimientos y mirará por el bienestar de los que la rodean.

—Pero no lo hizo en el pasado, ¿no? —Sonrió mirando a las demás. —Tengo entendido que se negó a aceptar tus dones a pesar de tu insistencia. Con ellos podría haber convocado a la bruja que tanto daño está haciendo a las nuestras y prefirió que no se los traspasaras para mantenerte a salvo.

—Te recuerdo que estaba hechizada por tus compinches. Aunque ahora estoy seguro de que esa no fue la verdadera razón para que los rechazara, porque mi mujer es muy fuerte y los hechos lo han demostrado. Estoy seguro de que se comportó así porque

preveía problemas y creo que los había de sobra como para que tuviera ese presentimiento cuando la estaban traicionando incluso sus más allegados. Pero es evidente que por esas brujas hizo mucho más que tú, que es nada en absoluto. Sabías que había una asesina entre nosotros y te escondiste como la cobarde que eres.

Se levantó de golpe. —¿Cómo te atreves?

—Cielo, por favor…

Paris la miró. —¿Cómo permites que tu marido me hable en ese tono?

—Será que no te has ganado su confianza y has perdido la mía, hermana. —Paris se sonrojó hasta la raíz del pelo. —Y eso no ha ocurrido porque me mintieras la noche antes de tu supuesta muerte haciéndome creer que tu marido no te trataba bien, tampoco ha ocurrido por hacerme ver cómo se enterraba tu cuerpo o los problemas que después hubo en casa, has perdido mi confianza porque dejaste sola a una niña durante dos años. ¡Dos años! —gritó haciéndola palidecer—. ¿Sabes lo que fue para ella? ¿Sabes lo que sufrió? ¡No, no lo sabes porque no estabas allí mientras lloraba porque no te vería nunca más y porque su padre no estaba para consolarla!

Su mejilla tembló. —Eso demuestra que haría cualquier cosa por las mías, ¿no crees?

—¡Eso solo demuestra que te pueden las ansias de poder!

Las brujas hablaron entre ellas y Margaret se volvió hacia la sacerdotisa. —Puesto que este es un tema tan grave y delicado, propongo un cónclave con todas las brujas. Deben venir para tomar una decisión.

Paris la miró asombrada. —¿Qué decisión? ¡Esa decisión ya la tomaron en nuestro nacimiento!

—¿Seguro? Yo tengo dudas. Sospecho que ahora mismo tu hermana tiene más poder que tú.

Paris no pudo disimular su sorpresa. —Eso no es cierto.

—Tu hermana ha sobrevivido a algo por lo que todas la dábamos por perdida, hay que tener mucha fuerza para eso.

Asustada miró a Jerome que acarició la mano sobre su brazo y dijo —Tranquila.

—¡Ella no quiere el puesto! ¡Si lo aceptó fue por cazar marido!

Molly dio un paso al frente. —¡Si rechazó ese honor fue porque entre tu madre y tú la dejasteis sin opciones! ¡No la instruisteis a propósito para que no estuviera preparada y después de lo que he visto durante estos tres meses estoy convencida que tú tuviste mucho que ver en esa decisión!

—No, no es cierto —dijo Wendolyn—. Fuimos nosotras las que decidimos que si Jerome la veía débil, su instinto de protección liberaría su amor por ella. Fue cosa nuestra.

—Pues es una suerte que mi esposa recuerde su vida anterior y cómo usar todos sus dones, ¿no es cierto? —Miró a Paris con ironía. —¿Qué ocurre, mi señora? ¿Te asusta una competición de poderes? Es algo habitual y se ha hecho durante siglos para saber quién será nuestra reina.

—¡Eso es cuando no está claro!

—Y en este caso no está claro en absoluto, pues lady Venice ha demostrado una fuerza sin parangón —dijo una de las brujas—. Duque, ¿se compromete a traspasar los poderes a la nueva sacerdotisa en cuanto se sepa el resultado?

Sonrió con ironía. —Por supuesto, en el mismo instante en que se diga el nombre de la ganadora.

Las brujas hablaron entre ellas.

—¡Tardarán meses en llegar todas! —gritó Paris furiosa—. ¡Algunas viven muy lejos!

Alguien se rio y todos se volvieron para ver al marido de Paris al lado de la puerta con una botella de brandy en la mano. —Sería irónico que perdieras el puesto por el que has luchado tanto, amorcito.

—¡Oh, cállate!

Incrédula por cómo le hablaba Venice dijo —¿Pero tú quién eres?

Los ojos de Paris mostraron su rabia. —¡No esperaré meses! ¡Se hará en una semana! ¡Todas las que estén cerca serán testigos y podrán decir a las demás el resultado de la contienda! ¡He dicho! —Sujetó sus faldas y bajó los escalones para ir hacia la puerta.

Venice entrecerró los ojos sintiendo que su hermana no debía ser sacerdotisa y lo sintió con tal fuerza que dijo —Mientras tanto yo buscaré a esa bruja, hermana.

Se detuvo en seco sin mirarla.

—Creo que ya es hora de dilucidar el asunto.

Se volvió haciendo volar sus faldas. —¿Vas a convocarla tú?

—Por intentarlo no pierdo nada. Mi marido me ayudará.

Mostrar ante todas que su esposo era mucho más fuerte que el suyo la sacó de quicio y Venice hasta pudo ver chispas que saltaban en sus ojos. —Mucha suerte.

—Gracias, hermana.

Airada salió del salón y Margaret se acercó. —Con lo bien que me caía de niña…

Molly estaba asombrada. —Esa no es Paris. Esa no es la Paris que conocí. Es como si hubiera puesto un muro a su alrededor.

—Renunciar a su vida por un cargo debe endurecer el corazón. Tuvo que hacerlo para sobrellevar la situación, pero eso solo demuestra que no está preparada para el cargo. —Venice se acercó a su cuñado que sonreía con tristeza. —Me alegra verte. —Le abrazó con fuerza sintiendo su dolor. —Me alegro muchísimo de verte. Ahora entiendo muchas cosas.

—¿Cómo que tu padre no me pegara un tiro o tu madre me desmembrara?

Rio. —Sí, exactamente eso. —Se apartó para mirar sus ojos azules. —¿Cómo te encuentras?

—No me creo que esté aquí. Durante mucho tiempo creí que no iba a salir de prisión. Imagínate mi sorpresa cuando uno de los carceleros abrió la celda y simplemente dijo, acompáñame. —Rio con ironía antes de dar un buen trago a la botella. Se pasó el dorso de la mano por los labios y dijo —Y yo que esperaba una fuga con rayos y centellas.

—No te culpo, en esta familia somos algo dramáticos. —Jerome se puso a su lado y le sonrió. —¿Os conocéis?

—Hemos tenido alguna que otra conversación, ¿verdad duque?

—No seas tan formal, amigo. Somos familia. Y como familia debo decirte, Peter, que eso que tienes en la mano no arregla nada esta situación.

—Ya que yo no tengo poderes para paliar el dolor de lo que me conviene, he decidido nublar esos pensamientos con alcohol. Desde que he llegado aquí me he dado cuenta de que esos recuerdos duelen mucho menos.

Su corazón le dio un vuelco. —¿Qué has querido decir con eso? ¿Mi hermana se hechizó para no sentir?

—¿No lo sabes? Lo hizo en cuanto salió de nuestro carruaje. Wendolyn se lo aconsejó —dijo con ironía—. Pero yo creo que se hechizó de más porque se ha convertido en una auténtica arpía. —Bebió de su botella antes de alejarse.

—Wendolyn está metida en todo, ¿no creéis? —preguntó Margaret—. Ella decidió esto, lo otro, cuándo se hace…

Jerome apretó los labios. —Mi madre confiaba totalmente en su criterio.

Venice asintió. —Y creo que se tomó demasiadas libertades. —La miró de reojo. Estaba dando instrucciones a las brujas como si tuviera todo el derecho del mundo. —Algo que va a cambiar.

Reunidos todos en la nueva habitación de los duques, ya que su hermana estaba en la de la sacerdotisa, esperaban a que Venice volviera de ver a su sobrina. El llanto de la niña y la alegría al verla se había oído en toda la casa, hecho que a su madre no debió sentarle nada bien.

Molly sentada en el diván chasqueó la lengua por la cara de aburrimiento de todos. —Ha estado mucho sin verla y es como si fuera su hija, lleva criándola dos años.

—Lo entendemos —dijo Margaret sonriendo—. No hay prisa.

Jerome cogió el libro que tenía al lado. —¿Qué lees?

—Oh, no es un libro es…

Él vio que eran conjuros que había recopilado y Molly se sonrojó. —Creí que igual le eran útiles cuando llegara el momento.

—¿Y lo has hecho tan rápido?

—Margaret me expresó sus dudas hace un par de días.

Él la miró. —¿De veras? ¿Tú que estabas tan convencida de que no era la sacerdotisa?

—Y me siento culpable por haberlo expresado, te lo aseguro.

—Da igual, solo dijiste una verdad que ha revelado muchas otras. —Dejó el libro y miró por la ventana. —Me pone los pelos de punta pensar en lo que le harán a mi hermana como no tomemos el mando.

Se abrió la puerta y Robert entró a toda prisa. Molly sonrió radiante. —¿Lo has conseguido?

—Por supuesto, a mí no suelen vigilarme cuando deambulo por la casa. —Sacó un botecito del bolsillo de la chaqueta y Molly se acercó corriendo para ver lo que ponía la etiqueta. —¿Está bien?

—Sí cielo, perfecto.

Él la besó en la sien y se sonrojó porque todos la miraban. —¿Qué? Me ha pedido matrimonio.

Jerome sonrió. —Felicidades.

—Gracias, amigo. Sé que te alegras de verdad. —La cogió por la cintura pegándola a él. —Me ha costado que se decidiera dadas las circunstancias.

—No podía dejarla, lo sabes.

—Eres mucho más fiel que su propia familia —dijo Margaret. Negó con la cabeza—. Todavía no me puedo creer lo que hicieron.

La puerta se abrió y Venice entró radiante de felicidad. —Se ha quedado dormida del agotamiento.

—Pobrecita —dijo Margaret.

—Bien, ¿y ahora qué hacemos?

—Mira… —Molly le enseñó el bote.

—¿Esencia de ajo?

—En un hechizo muy antiguo dice que dar esencia de ajo hace que un encantamiento se diluya poco a poco. Si tu hermana toma esto puede que vuelva a la normalidad. Solo tenemos que ponérselo en la comida y tú dirás las palabras que reviertan lo que se hizo, fuera lo que fuera.

—Lo notará, es ajo y mi hermana odia el ajo.

Molly se mordió el labio inferior. —Pues no he encontrado nada más porque si una bruja realiza un hechizo debe ser ella misma la que lo revierta. A no ser que la casque, claro.

—Claro, ¿ahora tengo que matar a mi hermana?

—No, solo tienes que vencerla y ocupar tu puesto.

Apretó los labios antes de decir —Siempre creí que no era mío.

—Y no lo era, pero las cosas han cambiado —dijo Jerome—. ¿Quieres dejar a las brujas en manos de esas manipuladoras?

—Ellas creían que lo hacían por el bien de todas y para pagar su deuda con nosotros.

—Llegaron demasiado lejos y por no dar su brazo a torcer a saber dónde están dispuestas a llegar.

Pensando en ello caminó por la estancia.

Jerome dio un paso hacia ella. —Preciosa, no se lo merece, mira todo el daño que ha provocado, eso es un buen indicio de que será una pésima sacerdotisa.

—Y que Jerome aún conserve sus dones es un síntoma de que nuestros señores creen que debe conservarlos todavía.

Sí, eso era un buen indicador de que la naturaleza no estaba satisfecha con lo que estaba ocurriendo. —No sé si seré capaz de vencer a mi hermana.

—Habrá una única prueba y es que ardas. La que haga la llama más impresionante será la que gane. —Jerome sonrió. —Preciosa, eres la mujer de un duque con corazón de dragón, no te será difícil.

—A ti lo del fuego se te da bien —dijo Molly—. Casi me chamuscas dos veces.

—Esto será distinto no lo echaré por la boca.

Margaret la miró impresionada. —¿Echas fuego por la boca?

—Cuando me enfado mucho y no es que lo controle demasiado.

—Entonces habrá que practicar.

Capítulo 12

En medio del bosque se frotó las manos.

—Hace un frío que te deja tiesa —dijo Molly haciéndola reír—. Venga, danos calor.

Jerome frente a ella asintió. —Veamos lo que puedes hacer.

—¿Esos árboles no están muy cerca? —preguntó preocupada —. Igual deberíamos ir hasta el lago.

Molly miró a Robert. —¿Eso está muy lejos?

Él hizo una mueca. —Andando como hemos venido sí.

—Ni hablar, hazlo de una vez —dijo su amiga exasperada—. Jerome o Margaret pueden tirarte agua.

—¿Lista, cielo? Tú no te reprimas.

Molly carraspeó. —Bueno, no nos pasemos que es muy de exagerar.

—¿Que yo exagero?

—¿Te recuerdo cómo te pusiste hace unos meses?

Jadeó. —¿Y acaso no tenía razón?

—Tenías que haber soltado fuego por la boca para ponerlas en su sitio y sin embargo reprimiste tu venganza hasta un punto que ponías los pelos de punta. Como esas brujas malas de los cuentos.

Miró a su marido espantada. —¿De veras? ¿Tan horrible estaba?

—Estabas preciosa, como siempre.

—Más quisiera —dijo Molly divertida.

Un copo de nieve cayó sobre su nariz y Venice elevó su rostro cerrando los ojos. Tomó aire sintiendo como su energía crecía.

—Dejad la cháchara —dijo Margaret frotándose las manos mientras el vaho salía de su boca—. ¡Dos bolas de fuego, ahora!

Extendió las manos y dos bolas de buen tamaño se mostraron sobre sus palmas.

—Bien, preciosa. Ahora únelas.

Lo hizo formando una sola bola de un tamaño que les impresionó. Margaret hizo una mueca. —Muy bien.

Jerome sonrió. —Sabía que podrías con esto, preciosa. Intenta aumentar las llamas.

Estas recorrieron sus brazos hasta por encima del codo y frunció el ceño. —No suben más.

—No digas tonterías, Venice —dijo Molly molesta—. Puedes hacer mucho más.

La llama ascendió hasta llegar al hombro.

—¿Pero a ti qué te ocurre? ¿Necesitas estar cabreada?

Miró a su amiga. —Igual sí.

—¡Pues solo tienes que pensar en todos los años en los que estuviste encerrada en esa maldita cueva! ¡En todo lo que has sufrido allí y desde entonces!

Los ojos de Venice se oscurecieron y su torso ardió. —¡Piensa en todo lo que te ocultaron! —Señaló a Jerome. —¡Piensa en él y en todos los años que no estuvo a tu lado!

Las llamas la rodearon y la bola de fuego creció dejando a Margaret con la boca abierta. —Molly párala.

—¡Piensa en tu hijo muerto!

Venice abrió la boca y soltó una llamarada que llegó hasta la copa de un árbol. —¡Párala! —gritó Margaret mientras Jerome sonreía orgulloso.

Margaret extendió la mano haciendo que una tromba de agua callera sobre las ramas incendiadas y Robert impresionado vio como

Venice elevaba las manos antes de separarlas para mostrar dos grandes bolas de fuego.

La americana dio un paso atrás. —Es ella, no hay duda de que es ella. Nuestra reina.

—Y sin mis poderes. Imagina lo poderosa que será.

—Puede que llegue a Morgana.

Molly rio aplaudiendo, lo que desconcentró a Venice y las bolas desaparecieron.

Se fue apagando poco a poco mirando a su esposo. —Mi madre me dijo una vez en sueños hace muchos años que sería casi tan poderosa como ella, pero era mentira.

—¿No os extraña? —preguntó Robert llamando su atención.

—¿El qué, amor? —Molly se acercó y cogió su brazo.

—Es poderosa, aunque lleva siglos sin practicar sus poderes. Una bruja como su madre debía saber que lo es. Jerome creyó que lo era y está acostumbrado a vivir entre brujas.

El duque asintió. —Los dones que me dio mi madre me dijeron que podía llegar a tener un gran poder, solo necesitaba trabajo.

—¿Y por qué no la instruyeron? ¿Por ti? A mí eso no me encaja.

—Mi padre dijo que tuvimos que irnos de Londres porque no controlaba mis poderes.

—¿Y los reprimieron en lugar de hacer que los controlaras? Eso se hace con instrucción.

—Sí, no tiene mucho sentido —dijo Margaret—. Hicieron lo contrario a lo que debía hacerse. Además, Jerome y ella se unirían tarde o temprano, es su destino, por eso los señores de la naturaleza hicieron que nacieran en la misma época.

—Es evidente que no controlabas tus poderes porque aún eras una niña, pero son poderes que usaste en el pasado y no hubiera costado que los tuvieras bajo control —dijo Molly.

—¿Creéis que ocultan algo más? —preguntó Jerome.

—Tras pensar mucho en ello tengo una teoría —dijo su amigo —. Y es algo descabellada.

—Estoy deseando oírla.

—La antigua Venice llegó a odiar a las brujas.

Se le cortó el aliento al escuchar esa frase.

—Ellas se lo habían arrebatado todo, a su hombre, sus poderes, su libertad y por último a su hijo. Así que no podían confiar que a pesar del amor que le tiene a Jerome se volviera contra ellas si lo recordaba todo. Molly me ha contado el cuento que te contaron de niña, Venice.

Empezó a entender. —Mi madre me lo contó para comprobar si recordaba algo.

—Exacto. Tú lo oíste como una historia más, una leyenda y se quedaron tranquilas porque no hubo reacción por tu parte. Eras la nueva sacerdotisa, varias de las brujas, algunas que han muerto, lo corroboraron. Incluso la sacerdotisa lo soñó la noche de tu nacimiento, pero temían que precisamente tú destruyeras todo lo que habían conseguido a lo largo de los siglos. Al ver que empezabas a desarrollar tus poderes los reprimieron, es más te hicieron prometer que no los usarías, ocultándote que a tu hermana sí que se la instruía.

—Me querían indefensa para cuando me encontrara con Jerome.

—Precisamente, por si recordabas el pasado, algo de lo que no podían estar seguras. Él tendría tus poderes y podría controlarte. El duque, criado por una sacerdotisa antepondría el bienestar de las brujas por encima de todo, incluso de ti. Además, él tenía el corazón endurecido por el hechizo, si tenían suerte no se enamoraría de ti.

Jerome entrecerró los ojos. —Continúa.

—Pero amigo, te pusiste de su lado demasiado pronto.

Venice separó los labios de la impresión. —En el viaje.

La miró. —En lugar de que tú pensaras como él, que te moldeara a lo que ellas querían en una sacerdotisa utilizando el amor que sentías por él, fue Jerome el que se puso de tu parte cayendo a tus pies demasiado pronto. Pasaste a ser lo más importante para el duque y se dieron cuenta de que vuestro vínculo era tan fuerte que erais un peligro para todas. Puede que el odio os dominara y cometierais algún acto irreparable. En la ceremonia, por ejemplo, podría ser una matanza muy fácil para vosotros. En ese momento los dos teníais más poder que nadie.

Molly entrecerró los ojos. —Así que idearon otro plan.

—Hacerte ver que no eras la futura reina.

Todos miraron a Margaret que dio un paso atrás. —No digas tonterías, empezaron a matar a las brujas mucho antes de que yo apareciera.

—Pero es que esa idea lleva fraguándose dos años, por eso fingieron la muerte de su hermana.

Molly separó los labios de la impresión. —Idearon otro plan para cuando llegara el momento, por si acaso.

—Exacto, y para que ese plan funcionara necesitaban deshacerse de las brujas que predijeron el nacimiento de su reina, las brujas que oyeron de labios de la sacerdotisa quién sería la siguiente o que soñaron con que ese era su destino. Si no había testigos podrían poner en ese puesto a otra persona con cualquier excusa.

—A mi hermana.

—Si decían que ella era la elegida no lo pondrías en duda, es tu hermana y si decían que había estado oculta porque habían intentado matarla, puede que sintieras piedad por ella. Había perdido a su marido, a su hija por ese puesto. Lo que no se esperaban era tu reacción al contártelo, más furia más dolor…

—Más razones para vengarse de todas —dijo Jerome.

—Así que han dado marcha atrás y han decidido olvidarlo todo. Vencerás a tu hermana, que está furiosa por haber perdido

dos años de su vida para nada.

Todos miraron a Margaret que negó con la cabeza. —¡Yo no he hecho nada! ¡Es más, si él tuviera razón podía haber dejado que murieras atada a esa cama y el asunto se hubiera solucionado!

—Caroline me habló de ti por primera vez en el camino hacia aquí. Íbamos en el carruaje y me dijo que tú eras la más poderosa.

Margaret separó los labios de la impresión.

—Que tú serías la siguiente.

—¡Tu hermana estaba viva!

—Me enfadé con Jerome pocos minutos antes. —Se volvió hacia su marido. —¿Qué les dijiste cuando te ordené ir a buscar a la marquesa y cambiar de carruaje?

Su marido entrecerró los ojos enrojecidos por la rabia. —No dije mucho. Estaba furioso, pero más que contigo conmigo por dejar que me alteraras.

—¿Y Caroline vio tus ojos? —preguntó Molly.

—Supongo que sí, entre brujas no me reprimo.

—La marquesa tiene una sensibilidad especial para ver el futuro —dijo Venice—. Lo sentí en cuanto la conocí.

Molly se volvió hacia Margaret. —Así que te nombró a ti, alguien que podría poner en peligro su futuro. El gancho perfecto para poner ante nuestras narices a una enemiga común, porque suponías un peligro para los duques.

Venice dio un paso hacia ella. —Ahora me vas a decir toda la verdad.

Margaret negó con la cabeza. —No tengo nada que ver en esto.

—¿Quieres visitar el caldero de nuevo? —Sus ojos mostraron su rabia. —¡Di la verdad! —Dos bolas de fuego aparecieron en sus manos. —Te juro por mi vida que no me voy a reprimir para averiguar lo que está ocurriendo.

Sorprendiéndola se arrodilló agachando la cabeza. —¡No fue culpa mía, mi reina! Caroline me escribió, sabía que estaba en Londres y me dijo que necesitaban ayuda. ¡Me mintió! Me dijo lo que había ocurrido con tu hermana y me pidió que lo descubriera.

—Metiste la mano en el caldero de la verdad —dijo impresionada.

—Wendolyn lo sugirió, ¿recuerdas? No lo dijo directamente, pero su sugerencia fue lo bastante explícita como para que supieras exactamente de lo que hablaba.

—Fue un truco —susurró—. Un truco de magia como los que hacen esos que van a las ferias.

—¡Sabían que me llevarías al fuego de la verdad! ¡Es la manera más rápida de comprobar que alguien no miente! ¡Así me creerías cuando te dijera que tú no eras la sacerdotisa! ¡Pero a mí solo me dijeron que había sido un error! ¡Me di cuenta de que mentían cuando desapareciste ante mis ojos, eso solo podía hacerlo alguien con mucho poder y tú todavía no tenías los dones de tu esposo!

—Y seguiste con la farsa.

Levantó la vista. —No, intenté hacerte ver la verdad. ¡Intenté ayudaros, lo juro!

—¡Sin confesar!

—¡No soy tonta, no quería cargar con las culpas de lo que maquinaron ellas! Mentí al principio porque me lo pidieron, en aquel momento estaba convencida de que eran sinceras y mi deber es hacer lo mejor por nuestra sociedad, ¡eso nos enseñaron! ¡Cómo iba a pensar que personas tan allegadas a la madre de Jerome me estaban mintiendo!¡Son las brujas más poderosas!

Apretó los labios porque no podía culparla por eso, cualquier bruja hubiera hecho lo mismo. —Levántate.

Suspiró del alivio. —Gracias, mi reina. Gracias por ser tan magnánima.

Molly chasqueó la lengua. —Si no querían cabrearte para que las mataras a todas, no van por muy buen camino.

—¿Eso crees? —preguntó Robert divertido.

Venice miró a su hombre. —¿Qué opinas?

—Que la teoría de Robert cada vez tiene más sentido. Hace dos años idearon otro plan por si tenían que quitarnos del medio. Porque no iban a deshacerse solo de ti, preciosa. Saben que como te toquen un solo cabello, me tiraré sobre ellas.

—¿Crees que hubieran llegado tan lejos? ¿Entonces por qué no matarme cuando estuve atada a esa cama?

—¿Porque apenas me separé de ti?

—¿Y por qué no dormirte como hicieron con esas brujas?

—¿Y ofender a la naturaleza? —sugirió Robert—. Seamos francos, nadie creía que salieras de esa. Creían que se habían librado de ti.

—Además, si hubieras sobrevivido esperarían que simplemente te alejaras, porque tu madre lo pondría como exigencia —dijo Molly—. Te quiere, puede que te haya utilizado y mentido, pero sé que te quiere. Puede que creyera que hacían lo correcto para salvar su sociedad, ¿pero llegar a matar a su propia hija? Ni hablar, no lo consentiría. ¿Y si las amenazó? Lo mejor era apartaros. Ya inventarían algo para manteneros fuera de su círculo.

Jerome juró por lo bajo volviéndose y se llevó las manos a la cabeza. —¿Qué, cielo? ¿Qué ocurre?

—Cuando desapareciste dije que si te encontraba te alejaría de ellas todo lo que pudiera para que no volvieran a hacerte más daño.

—Leche, es cierto —dijo Molly—. Yo tenía… —Separó los labios de la impresión. —El péndulo de oro…

—¿El péndulo de mi madre?

Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y lo sacó. —¡De aquí saqué los poderes! ¡Esto me los cedió!

Alargó la mano y lo cogió. —Mi madre me dijo que si en algún momento flaqueaba acariciara el péndulo…

—Quería ayudarte. No podía decirte la verdad, pero quería ayudarte, preciosa.

Emocionada cerró la mano sobre el péndulo recordando sus palabras doradas en su libro animándola para que tuviera fuerza y se uniera a Jerome lo antes posible. Era evidente que quería ayudarla de alguna manera. —¿Creéis que la han amenazado?

—¿Para hacer con su familia lo que hizo? —preguntó Molly—. Creo que sí. Tú eras la siguiente sacerdotisa, la amenazaron con matarte como te enseñara y después utilizaron a tu hermana para hacer lo mismo. Puede que fueran ellas la que la hirieron para demostrarle que hablaban en serio y la apartaron de la familia para que tú te hicieras cargo de su hija, que estuvieras distraída y no buscaras a tu hombre. Estabas de luto, prácticamente no salías de casa, no podían dejar que te encontraras con Jerome hasta que ellas quisieran.

—¿Hasta que la sacerdotisa muriera?

—Puede. Tu madre asustada quería contártelo todo y al darse cuenta de que si se chivaba podían matar a Paris, hizo que la recluyeran en esa institución mental, pero te dio este péndulo, intentó protegerte porque sabía que tu vida estaría en peligro desde el mismo momento que salieras de tu casa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Malditas…

—Uy, ahora sí que está furiosa.

Se volvió y empezó a caminar hacia el castillo, pero su marido la cogió del brazo. —¡Suéltame!

—No, preciosa. Mi deber es protegerte y esta no es una buena opción. No sabemos cuántas hay metidas en esto y no pienso dejar que te enfrentes a ellas sin saberlo. Entrar ahí y arrasar con todo es la excusa que buscan para matarte. Tenemos que ser más inteligentes, mi amor.

Mirando sus ojos supo que estaba tan furioso como ella y respiró hondo haciéndole sonreír. —Así se demuestra cómo es la sacerdotisa.

—Sigamos su juego.

Vestida para la cena se acercó a la puerta de la habitación de su hermana y llamó. —Adelante.

Entró y Paris sentada ante su tocador no pudo disimular su sorpresa antes de tensar la espalda con fuerza. —Estás preciosa —dijo Venice por su vestido de noche rojo.

—Gracias —dijo incómoda—. Lo creí apropiado.

Sonrió acercándose y se sentó a su lado como cuando vivían juntas. Se miraron a los ojos y cogió su mano por debajo del tocador. Su hermana la apretó con fuerza emocionándola. No, no estaba hechizada, simplemente se había endurecido por todo lo que la habían obligado a hacer. —¿Estás preparada para la prueba de sacerdotisa? —susurró.

—Tan preparada como puedo estar —dijo Paris—. Gracias por cuidar de mi niña.

—Lo haría una y mil veces, como hubieras hecho tú por proteger aquello que amamos.

Los ojos de Paris se humedecieron de la emoción. —Eso no lo dudes nunca.

—Quería decirte que si gano la prueba no pienso tomar represalias. La familia es la familia.

Paris asintió. —Por la familia se hace lo que sea.

—Exacto. —Se acercó y la besó en la mejilla para susurrar —Lo sé todo. En el invernadero a medianoche. —Se apartó y sonrió. —El rojo les queda bien a las pelirrojas, tendré que probarlo. —Le guiñó un ojo antes de ir hacia la puerta. —Por cierto, hermana… Te he echado de menos —dijo antes de salir. Escuchó un sollozo de

Paris y los ojos de Venice se oscurecieron de rabia. Iban a pagar, el daño que habían hecho a su familia iban a pagarlo con su vida.

Del brazo de su marido entró en el salón donde todos esperaban tomando un jerez. —Buenas noches a todos.

—Ah, amiga, ya estás aquí —dijo Caroline de pie al lado de su marido—. Creía que no asistirías a la cena.

—¿Y eso por qué?

—Debes estar agotada, esta mañana estabas muy enferma, no hay que excederse.

—Tienes razón, estoy agotada —dijo sonriendo con esfuerzo —. Pero me muero por cenar con toda mi familia.

Su padre se acercó y la besó en la mejilla. —Estás preciosa, hija.

Sonrió. —Eres muy amable, mi esposo me ha dicho que estoy algo delgada.

—Algo que se arreglará porque comerás en condiciones durante unas semanas —dijo Jerome.

—Parece que vamos a tener una noche agradable y civilizada —dijo Peter medio borracho—. Oh, aquí está mi bella y entregada esposa.

Paris dijo muy tensa —Buenas noches a todos.

Wendolyn con el bastón de oro en la mano sonrió. —Buenas noches, querida. ¿Quieres un jerez? Seguro que tu marido estará encantado de servírtelo tan cerca que está de las bebidas.

Paris se tensó por el reproche. —No quiero nada, gracias.

—Sí, el alcohol nubla la mente y vosotras tenéis que estar bien despejadas para la prueba que tenéis por delante. Debéis descansar mucho para esa noche, queridas. Por cierto, ya se han enviado las invitaciones. Seguro que mañana empiezan a llegar las primeras asistentes, pues algunas viven muy cerca.

—Estupendo —dijo Jerome—. Cuantas más mejor, queremos que sea algo público para que no quede ninguna duda sobre quién merece ser reina.

—Claro que sí —dijo Caroline con una sonrisa en los labios—. Debemos resolver esto cuanto antes.

—Eso evitará más conflictos en la familia —dijo el conde tenso.

Su madre se mantenía callada, no la había saludado como si temiera mirarla siquiera, estaba tensa y se miraba las manos.

—¿Madre?

Esta la miró sobresaltada.

—¿Te encuentras bien?

—Oh, para ella no es fácil que sus hijas se enfrenten de esta manera —dijo Wendolyn—. Pero lo sobrellevará lo mejor que pueda, hay que seguir las tradiciones.

—Sí —dijo Melissa casi sin voz—. Hay que seguirlas.

Molly entró riendo con Robert del brazo. —¿Ya estáis todos aquí? Sentimos llegar tarde, estábamos hablando de la boda.

—Supongo que se celebrará aquí —dijo Paris como si le aburriera el tema.

—Sí, baronesa —dijo Robert—. Ya que he nacido y me he criado aquí, esperaba que fuera en el castillo.

—Así se hará —dijo Jerome—. No podía ser en otro sitio. —Acarició la mano de su mujer y rozó su anillo. —Y nosotros también deberíamos formalizarlo, ¿no crees? Hacer una pequeña ceremonia para agradecer a la naturaleza habernos encontrado de nuevo.

—Es una idea maravillosa. Además, está nevando, un gran augurio. Será perfecto. Padre, ¿me acompañarás al altar?

El conde sonrió. —Será un gran placer para mí, mi niña.

—Es increíble —dijo con desparpajo—. Hace unos meses no sabía cuánto iba a cambiar mi vida.

—Nos ha cambiado a todos, querida —dijo Caroline—. Tu llegada ha cambiado muchas cosas.

—Y más que van a cambiar.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, he pensado que Margaret tiene mucha razón, hay que meter a las brujas en el siglo diecinueve, ¿no creéis?

Caroline miró de reojo a Wendolyn que se envaró. —¿No me digas que tú también tienes ideas progresistas?

—Las tengo, soy joven. Lo que me sorprende es que Caroline con la edad que tiene no las tenga.

—Mi madre me enseñó bien, el progreso lleva al caos.

Se echó a reír. —Qué absurdo. Si no se progresa se muere y no pienso dejar a las brujas atrás. Si soy la sacerdotisa, habrá cambios considerables.

—¿Como cuáles? —preguntó Wendolyn alterada.

—Como que las jóvenes vengan al castillo antes de los diez, puede que incluso los doce años. Y tendrán vacaciones. De hecho, sus padres tendrán la obligación de venir a buscarlas cada tres meses para que pasen al menos una semana a su lado y también pasarán con ellos todas las vacaciones de verano. Si queremos brujas que pasen desapercibidas en sociedad no podemos apartarlas del mundo.

Los ojos de Margaret brillaron de la emoción.

—Además, Molly me ha dicho que algunos de los volúmenes de la cripta están en mal estado, haré algo para evitar que esos tesoros se pierdan.

—Cierto, amiga, algunos ya no podrán salvarse.

—Te encargaré de la biblioteca para que los libros estén bien cuidados y aireados. Y los que no se puedan salvar, los pasarás a hojas que serán encuadernadas.

Molly sonrió de la ilusión. —¿De veras? —Miró a su prometido. —Tendré una función dentro de la casa.

—Tendrás más que eso, porque se te darán poderes para realizar mejor tu trabajo.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Seré bruja?

—¡Esa es una función que no te corresponde! —gritó Wendolyn poniéndose en pie.

—A los buenos amigos que nos rodean hay que recompensarlos. No pienso hacerlo a menudo, pero sí con mis colaboradoras más fieles. La naturaleza me da a mí el don de elegir y se ha demostrado que Molly puede conservarlos y que hará una buena función con ellos, no sé dónde está el problema.

—¡La naturaleza entrega esos dones en nuestro nacimiento!

—¿Y de dónde salieron las primeras brujas?

La anciana parpadeó. —¿Perdón?

—Yo solo he conocido a brujas hijas y nietas de otras brujas. ¿Y las primeras? ¿De dónde salieron?

—Pues…

—¿Molly?

—Aunque vuestra sociedad se remonta a la época en que los celtas se asentaron en Escocia quinientos años antes de Cristo, existen registros anteriores sobre rumores de brujas en Egipto y Persia. Antes no estabais unidas como lo estáis ahora, las brujas vagaban de un lugar a otro como nómadas con su propio grupo de sirvientes. Algunas, las ya casadas, se asentaban en un lugar, pero otras vagaban el resto de su vida.

—¿De dónde has sacado eso?

—Debido a que siempre supe los dones que tenía Venice, he leído todo lo que tiene que ver del tema desde que era niña y me hice muy amiga del librero. Este consiguió un pergamino entre todo lo que se está consiguiendo de Egipto en las excavaciones que se están realizando y sus símbolos advertían claramente sobre una bruja con bolas de fuego en las manos que había atacado un poblado cerca de Menfis. Se la consideraba muy peligrosa y también

advertía de las brujas que la acompañaban. Así que he llegado a la conclusión de que ella las lideraba.

—Eso no significa que ella les diera esos dones.

—Ah, ¿no? —dijo Venice divertida—. Pues yo creo que sí, dile la razón Molly.

—La advertencia decía que esa mujer se había enfrentado a otra con el mismo poder. La bruja del poblado, y ni sus seguidoras pudieron con ellas.

—¿Eso significa que se mataban las unas a las otras? —preguntó Robert asombrado.

—Era una lucha de poder. Antes los pueblos de los mortales normales y corrientes guerreaban por demostrar quién era más fuerte. No hay razón para pensar que ellas no lo hacían también.

—¡No puedes demostrar eso!

Molly la miró con rabia. —Algún día podré. ¡Y demostraré que vuestros registros están falseados!

Caroline jadeó indignada. —¿Cómo te atreves?

—Me atrevo porque puedo demostrarlo. ¡La nota que dice que Pearl tiene un mal auspicio en su nacimiento no está escrita con la misma tinta, su letra es más apretada como si hubieran puesto el texto después entre dos espacios!

Jerome se tensó. —¿No me digas?

—Sí, amigo. Tengo la sensación de que alguien quiere culpar a tu hermana para provocarte. O para provocar a mi señora, la auténtica sacerdotisa.

—Eso se demostrará a su tiempo —dijo Paris muy tensa—. ¿Pasamos a cenar?

—Se me ha quitado el hambre —dijo Wendolyn levantándose —. Si me disculpáis me retiro a mis habitaciones.

—Por supuesto, querida —dijo Venice falsamente—. Que pases muy buena noche.

Esta apretó los labios antes de salir del salón mientras Caroline miraba a su esposo muy preocupada, aunque intentaba disimularlo.

—Marquesa no tiene buena cara —dijo Jerome—. Yo que usted también me acostaría.

Confundida dijo —Pero…

—Si tiene hambre le servirán la cena en su habitación, no queremos que enferme antes del duelo, ¿no cree? Su presencia es esencial.

—Sí, mi amor —dijo su esposo a toda prisa—. No parece que te encuentres bien.

—Pues ya que lo dices me siento muy cansada.

—Vamos… —Fueron hasta la puerta y Caroline se volvió haciendo una reverencia. —Buenas noches.

—Buenas noches, marquesa —dijo su padre.

En cuanto salió y el lacayo cerró la puerta Venice les hizo un gesto con la mano a los suyos para que no dijeran nada. Una pompa les rodeó y Robert asombrado miró hacia arriba.

Margaret dijo —Date prisa, no sé cuánto tiempo puedo mantenerla.

—Aquí no nos oirá nadie —dijo Venice mirando a su madre—. Creo que ha llegado el momento de que hables.

Se apretó las manos y Jerome siseó —Ya no me queda paciencia condesa, le aseguro que no.

—Ellas me obligaron. —Le rogó a su hija con la mirada. —¡Nos obligaron a todos!

La cara del conde demostraba que no entendía nada. —¿De qué hablas?

—Todo fue una farsa, padre. Era la sacerdotisa, pero querían controlarme, me temían por lo que me hicieron en el pasado y creían que empezaría a matar brujas a diestro y siniestro, ¿no madre?

Esta sollozó. —Lo siento, lo siento…

—¡Quiero que alguien me explique lo que ocurre! —exigió el conde muy alterado.

Paris suspiró como si estuviera agotada. —Venice es la auténtica sacerdotisa, madre la mantuvo apartada de la sociedad porque la temían, era poderosa y debido a su pasado había lugar para su venganza contra las nuestras.

—¿Por eso no enseñabas tus poderes a tu hija?

—Sí —admitió su madre sin dejar de llorar—. ¡Hice lo que me pidieron! Pero cuando la niña estaba a punto de volver a Londres porque Paris se presentaba en sociedad, se dieron cuenta de que si conocía a Jerome podíamos estar en problemas.

—Podría recordarlo todo mucho antes de lo que tenían planeado.

—Sí.

—Consiguieron retrasarlo porque Jerome hizo un viaje a Europa.

Jerome separó los labios. —Porque mi madre me obligó a ir a pesar de la oposición de mi abuelo.

—Exacto. Teníamos que alejaros hasta que llegara el momento.

—¿Y qué momento era ese, madre? ¿Qué momento era oportuno para ellas?

—En la elección de la sacerdotisa, cuando Stella considerara que había llegado el momento de hacerla. Aunque ya se había predicho que tú eras nuestra próxima reina, pensaban plantear dudas para que tuvieras que enfrentarte con otras brujas. Se tenía previsto que sería más o menos para cuando tuvieras veinticinco años. Pero tú no ganarías, de eso me tenía que encargar yo.

Sin poder creérselo miró a Jerome —Nunca iba a ser la sacerdotisa. No estaría preparada para ese momento. Es más, apartada de todos ni siquiera pensaría que tendría una oportunidad.

—Cuando naciste todo el mundo sabía que estabas destinada al trono, se hizo público y Stella estaba realmente contenta porque

su hijo encontraría a su pareja, pero cuando cumpliste tres años la madre de Caroline vino invitada a la fiesta. Tiene un don especial y como regalo leyó tu pasado. Leyó tu rabia, tu ira por todo lo que nos rodeaba. Sintió tus ansias de venganza antes de tu muerte en aquel lugar horrible. Al darse cuenta de lo que podía ocurrir si buscabas venganza, lo idearon todo. Si no tenías poderes o no estaban lo bastante desarrollados no ganarías ni a contrincantes muy inferiores a ti, ese era el plan. Ellas dirían que era un designio de la naturaleza, que las predicciones estaban equivocadas y pondrían al mando a otra que pareciera que se lo merecía más.

—Pero se dieron cuenta de que ese plan podría no funcionar —dijo su hermana dejándose caer en el sofá—. Estabas con Molly en el bosque y discutiste con ella, te vieron desde la casa. Salió fuego de tu boca y casi le quemas el vestido.

Se le cortó el aliento. —¿Quién lo vio?

—Rose, una de nuestras doncellas, una de sus chivatas. Se puso en contacto con Stella y ella hizo una reunión con sus amigas. Entre todas llegaron a la conclusión de que eras mucho más peligrosa de lo que se esperaban a pesar de sus esfuerzos y había que controlarte. Y llegaron a la conclusión de que si en la ceremonia te tenías que enfrentar a mí todo seria distinto y hubiera sido así, ¿no crees hermana?

—Pero tú no tenías suficiente poder como para vencerme siendo yo sacerdotisa.

—A mí no me harías daño, tu amor hacia mí y todo lo que te inculcamos durante años para que todo lo que rodeaba nuestra sociedad te importara un bledo, haría que te dejaras vencer. Pero yo… —Apretó los labios.

—No quisiste hacerlo —dijo su marido—. ¡Y la hirieron! ¡Casi la matan!

—Y ahí se les ocurrió la idea de que Paris muriera para todos. Aparecería en la ceremonia como una resucitada. La primera vez en la historia —dijo su madre—. Nadie discutiría que era nuestra nueva sacerdotisa, porque las que habían predicho tu llegada ya estarían

muertas por orden de Wendolyn. Tú conocerías a Jerome esa misma tarde y te convencería de que una vida fuera de estos muros era lo mejor para vosotros. Eso es lo que me dijeron a mí, aunque siempre sospeché que tenían otros planes.

—Ordenar a mi hermana que me matara en la ceremonia.

—Sí, desde que Stella se hizo cargo de nosotras, su reinado se mostró débil y querían que la siguiente sacerdotisa supiera imponerse. Entre el juramento que me hiciste de no usar tus dones, Jerome y la sorpresa de encontrarte viva de nuevo a tu hermana, estarías tan en shock que no sería difícil vencerte. Eso me dijeron a mí, pero todo cambió cuando…

—Murió mi madre —dijo Jerome con rabia.

—Fue una sorpresa para todas. Stella intentando impedir que Venice recibiera los dones, te los traspasó a ti antes de su muerte para que ella no fuera nombrada sacerdotisa de inmediato. Algo inaudito. Las brujas se asustaron, sobre todo por si se descubrían sus tejemanejes, así que había que actuar deprisa. Tú ya sabías quien era tu pareja, lo habías sabido desde siempre y la despreciabas por no haber desarrollado sus dones. Tenían que hacer que la odiaras, destruir su corazón y romper vuestro vínculo antes de que recordara vuestra vida anterior.

Venice entrecerró los ojos. —Pero en nuestro primer encuentro supe quién era, el cuento que me contaste me vino a la mente en ese instante y supe que era mío.

—Otro desastre. Cuando te conté ese cuento era para comprobar hasta donde sabías de tu vida anterior y al no mostrar señales de que reconocías los hechos, se quedaron tranquilas durante unos años. Pero sí le reconociste mientras estabais bailando y él simuló no sentir nada respecto a ti.

Sorprendida le miró.

—Preciosa, era algo entre nosotros e intenté disimular que no me había afectado bailar contigo.

—Pero Caroline, que ha heredado muchos dones de su madre, se dio cuenta de que ocurría algo y les dijo que el plan no funcionaría, que Venice ya le había entregado el corazón y Jerome ya se mostraba posesivo. No faltaba mucho para que el duque se pusiera de tu parte y con los poderes que tenía él, ahora los dos erais un peligro. Eso si no te cedía sus poderes antes de que llegara el duelo, entonces todo estaría perdido. Tarde o temprano con tus nuevos poderes descubrirías todo lo que habían hecho y eso no podían consentirlo, sería su muerte.

—Y los hechos no tardaron en darle la razón porque el duque fue a su carruaje y tú mandaste llamar a la marquesa. Que el duque estuviera tan alterado cuando siempre se mostraba tan frío le dio la razón. —Paris miró a su hermana a los ojos. —Y ella cuando se trasladó de carruaje te contó quien era realmente Jerome.

—Intentó infundirme miedo a lo que me encontraría, un marido con más poderes que yo, una sociedad a punto de su quiebre porque las brujas como Margaret decían que los poderes podían repartirse…

—Pero de nada sirvió, vuestro amor es tan férreo que el dolor salió mucho antes de lo que se esperaban.

—Lo que ocurrió en el carruaje al siguiente día.

—Exacto. Ahí demostraste tu fuerza incluso sin los dones de tu marido y se asustaron de veras. Ya eras imparable y había varias brujas de testigos, testigos que habían llevado en ese viaje para que contaran tu incompetencia para asumir el reinado. Estaban allí para relatar lo que sucediera.

—Así que llamaron a Margaret.

—Había que sacar a Paris a la luz cuanto antes —dijo su madre—. Tu hermana como nueva sacerdotisa te ordenaría apartarte de todas y de nuestro mundo. —Melissa sollozó. —Creí que todo iría bien.

—Pero sentí de nuevo el dolor de la traición, de vuestra traición, desaparecí y me convertí en una furia.

—Si antes tenían alguna duda sobre que eras peligrosa, esas dudas desaparecieron del todo con ese episodio. Se asustaron de veras porque tu carácter demostraba que buscarías venganza. Tu hermana y yo evitamos todo lo que pudimos que fueran a verte para no alterarte más si despertabas de tu terrible estado y mientras tanto intentaban convencer a Jerome para que le cediera los dones a tu hermana.

—Algo que no pensaba hacer y menos por cómo estaba mi mujer.

—Pero si ella moría…

—¿Terminaría cediendo? —preguntó Jerome divertido—. Se nota que no me conocen mucho.

—Te conocen perfectamente, por eso su insistencia antes de que fuera demasiado tarde. Sabían que si Venice moría, tu dolor sería tan intenso que te vengarías como lo hiciste en el pasado. Nos matarías a todos.

A Venice se le cortó el aliento. —¿Te vengaste en nuestra otra vida?

Jerome se tensó. —¿Cómo saben eso?

—Vamos, puede que no haya registros de ciertas cosas, pero de ti sí que los hay. —Molly separó los labios de la impresión. —A lo largo de los años hemos mantenido a tu familia muy cerca de nosotras. Es más, tu madre una bruja poderosa se casó con un Drake, ten cerca a tus enemigos incluso más que a tus amigos. Tú eres un enemigo ancestral de las brujas y había que controlarte.

—¿Qué estás insinuando?

—No insinúo nada, lo sé. Buscabas a tu bruja y necesitábamos tenerte cerca para cuando llegara el momento, para que estuvieras tan unido a nosotras que no se te ocurriera hacernos daño. Y te convertiste en un defensor de las brujas a pesar de tu endurecido corazón por el sufrimiento de tu pasado.

—¿Insinúas que mi madre se unió a mi padre a pesar de que no eran pareja?

—Claro que lo eran y ese fue un indicio de que un Drake necesitaba a su bruja.

Separó los labios de la impresión. —Sabíais que llegaría incluso antes de mi nacimiento, ¿no?

—Claro que sí. Y te moldearon a lo que necesitaban para evitar tu cólera en el futuro.

—Y para fomentar que esa cólera la reflejara en mi pareja y la culpara a ella de todo.

—No regresó a buscarte, tenían que hacer hincapié en eso para que la odiaras.

Los ojos de Venice se llenaron de lágrimas. —Me dejaron en esa cueva a propósito, ¿no madre? Ellas sabían que estaba allí.

Su madre sollozó. —No lo sé muy bien, pero tengo entendido que algo llegó a oídos de la sacerdotisa, un llanto o algo así. Cuando pidió explicaciones ya estabas muerta.

—¿La bruja recibió su castigo?

—No. Se ocultó como se taparon muchas cosas por el bien de nuestra sociedad. —Sonrió con rabia. —Pero tu marido sí que aplicó el castigo. ¿Por qué no se lo cuentas a tu esposa?

—¿Cielo? ¿Te vengaste?

—Digamos que poco antes de morir me pasé por casa de esa zorra y a pesar de sus poderes pude hacerle daño.

—¿Daño? La colgó de un árbol boca abajo y rajó su vientre dejando que sus tripas llegaran a su cara. Él aguantó sus ataques, sus bolas de fuego y todo lo demás, pero no consiguió que le dijera qué había sucedido contigo. Él juró ante los miembros de la aldea que no cejaría de buscar a todo el que había hecho daño a su amada.

A Jerome se le cortó el aliento. —No recordaba eso. Solo recordaba que llegué a casa para morir.

—Y le dijiste a tu hijo, nunca serás feliz hasta que encuentres el corazón de una bruja, y esa fue tu maldición, la maldición que le lanzaste a los tuyos hasta que volviste a encontrarla. Ahora ellas

están aterradas —dijo Melissa—. No te sorprenda si intentan matarnos a todos para que no se descubran sus tejemanejes, porque no son tontas y saben de lo que estamos hablando.

—Hermana, al parecer nuestra reunión en el invernadero ya no será necesaria.

—Me parece que no, hermana.

—Es hora de poner orden, ¿estás de mi lado?

—Siempre, mi rei…—De repente miró hacia arriba y gritó —¡Paris!

El grito de Venice hizo temblar los cimientos del castillo y sintiendo que la furia la recorría levitó haciendo estallar las puertas del salón. Su cuerpo subió las escaleras en un suspiro con Jerome detrás, que lanzaba bolas de fuego que ella ni veía a varias brujas que intentaban detenerla. Al llegar a la habitación de su sobrina esta no estaba y tocando las sábanas de su cama siseó —Devolvédmela. —Su voz se escuchó en todo el castillo y escuchó gritos espeluznantes de otras brujas en medio de la batalla con los suyos. Se volvió hacia la puerta donde Jerome luchaba con una de ellas y vio como el fuego que salió de su boca la quemaba hasta solo dejar las cenizas de su cuerpo. Se acercó a él y dijo —Se la han llevado.

—Convócala.

—Sabes que no puedo hacerlo.

—Si te traspaso los poderes…

—¡Si los recibo ahora no tendré la fuerza necesaria para perseguirlas! —Alargó un brazo y un rayo traspasó a una bruja que sujetaba a su madre que estaba de rodillas.

Él la cogió por los hombros para que le mirara a los ojos. —Tú me diste la fuerza y es porque tienes mucha en tu interior, mi amor.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No puedo perder a mi niña.

—Y no lo harás, lograrás traerla sana y salva hasta nosotros. —Su cuerpo irradió una luz y sonrió mientras su familia intentaba protegerles. —Eres mi amor, eres mi luz y mi alegría. —La luz se

acercó a Venice y entró en ella cortándole el aliento mientras un viento huracanado les rodeaba haciendo volar cuadros y muebles que chocaron con las paredes haciéndose añicos. Levitaron como si fueran uno solo y giraron mientras la luz entraba en Venice. —Mi corazón es tuyo, solo late por ti. —Giraron tan rápido que apenas se les veía y las brujas se detuvieron para mirarles.

Los ojos de su madre llenos de lágrimas las dejaron fluir. —Mi niña… Mi reina.

Entonces la luz desapareció y sus cuerpos fueron descendiendo poco a poco hasta quedar tendidos en el suelo. Paris se acercó corriendo. —¡Venice!

Abrazada a él sonrió y se apartó para mirar su rostro. Jerome abrió los ojos mostrando las llamas que aún tenía en su interior. —¿Estás bien, preciosa?

—Sí, mi amor. Agotada, pero bien, ¿y tú?

—Nunca he estado mejor. —Se levantó y la ayudó a ponerse en pie. Las piernas le temblaron y él la sujetó del brazo. Cuando Venice levantó la vista vio que varias brujas que habían sobrevivido al ataque, estaban arrodilladas e inclinadas en señal de sumisión. —¡Encerradlas! Ya hablaré con ellas luego.

—Sí, mi sacerdotisa —dijo su madre volviéndose—. ¡Levantaos!

Cogió la mano de Paris que la ayudó a andar hasta su habitación y la sentaron en la cama.

Margaret y Molly entraron tras ella a toda prisa. —¿Qué hacemos?

—Traed miel y velas. Voy a convocarlas.

Molly salió corriendo y le dijo a Margaret —Enciérrala en alguna habitación rodeada de sal, no quiero que la utilicen si no puedo traerlas a todas.

—Sí, mi reina.

Apretó la mano de Jerome. —Cielo, prepara a las brujas para que las apresen en cuanto lleguen.

—Nunca se ha realizado más de una convocación. Las sacerdotisas solo han trasladado a una persona cada vez que han hecho este hechizo y no creo que sea lo más seguro hacerlo por primera vez mientras traes a tu sobrina. Trae a la niña.

—No quiero que se escapen.

—Las encontraremos, los péndulos nos dirán dónde están y las encontraremos —dijo preocupado—. Trae a la niña, es lo mejor.

Apretó los labios y se dio cuenta de que tenía razón. —Muy bien.

Margaret llegó con la miel y las velas. Su amiga soltó una risita colocándolas en el suelo mentalmente. —Molly me está poniendo verde.

Sonrió y apretando la mano de su marido este la ayudó a ponerse en pie.

—Trae la muñeca de mi niña.

En ese momento Paris entró en la habitación con ella y con lágrimas en los ojos dijo —Gracias, gracias.

—Por ella daría mi vida, no tienes que dar las gracias.

Su hermana sollozó. —No me lo merezco.

—Claro que sí. —Le sonrió. —Sé que todo lo que hiciste fue para protegerla a ella y a tu marido… Y lo entiendo. —Entró en el círculo con la muñeca y cerró los ojos dejando que su poder fluyera. —Paris Melissa Stevenson, tu sacerdotisa te convoca. —Una luz se formó encima de su cabeza. —Paris Melissa Stevenson, tu sacerdotisa te convoca. Por mar, tierra o aire requiero tu presencia y te ordeno que vengas a mí. Paris Melissa Stevenson preséntate ante mí. ¡Te lo ordeno! —Un rayo recorrió la habitación hasta traspasar la ventana y el viento agitó sus faldas. —¡Qué la luz te guíe hasta mí! ¡Paris Melissa Stevenson, tu sacerdotisa te convoca! —gritó Venice mientras la luz se convertía en un enorme túnel. —¡Paris Melissa Stevenson preséntate ante mí!

La niña apareció ante ella llorando y de repente se abrazó a sus piernas haciéndola salir del trance. Venice sonrió agotada

mirando a la niña antes de poner los ojos en blanco y perder el sentido. Jerome la cogió en brazos justo antes de que cayera y la pegó a su pecho mientras Paris abrazaba a su hija sin poder dejar de llorar. —Ya está, preciosa. Has puesto todo en su sitio —susurró en su oído antes de besar su mejilla—. Ahora puedes descansar, yo me encargaré de todo.

—Ni se cómo ha podido sobrevivir —dijo Margaret impresionada—. Si esa misma mañana salió de su estado de furia…

—Si su poder es así ni me quiero imaginar todo lo que hacía Morgana. —Melissa se sirvió un té mientras los sirvientes aún limpiaban el desastre de hacía tres días.

Paris miró a su hija y carraspeó cuando iba a coger otra pasta. —Ya te has comido cuatro, jovencita.

—Jo, mamá… La convocación desgasta mucho.

Todos rieron por su cara de pena.

—Solo una más —dijo su padre con una sonrisa.

—¿Cuándo creéis que se levantará? —preguntó el conde.

—No lo sabemos, cada sacerdotisa es distinta. Dicen que Morgana se levantó enseguida y Stella necesitó un mes para adaptarse —dijo su madre—. Pero creo que no tardará mucho porque es evidente que tiene mucho más poder que Stella.

—Eso es evidente, madre. —Todos miraron hacia la puerta donde en bata y descalza se acercó a los atónitos presentes. —No, no soy un fantasma.

—¡Tía! —Paris se acercó para abrazarla y Venice la cogió en brazos demostrando que tenía fuerza de sobra. —¿Estás bien?

—Estoy muy bien, ¿y tú?

—Perfecta. —La abrazó por el cuello. —Mamá no me deja comer todas las pastas que quiero.

—Y hace bien, glotona. —La besó en la mejilla. —Ahora a practicar con el piano.

—¡Sí!

—Eh, eh… —dijo su madre cuando la dejó en el suelo—. ¿Cómo se trata a tu tía?

La niña inclinó la cabeza en señal de respeto. —Mi sacerdotisa…

Acarició sus rizos. —Pásalo bien, pequeña.

La niña salió corriendo y su madre se levantó. —Debes estar agotada.

Entonces se dio cuenta de que había alguien más. —Pearl.

Hizo una reverencia hasta el suelo. —Mi reina.

—Me alegro de que estés aquí.

—Y gracias a ella nos hemos enterado de más cosas —dijo su hermana—. La carta que te escribió su madre intentaba advertirte. Le dio los poderes a su hijo para protegeros a los dos. Antes de su muerte tuvo una revelación y se dio cuenta de que estaba equivocada, que lo que estaba haciendo ponía en peligro a su hijo y el reinado. Por eso te escribió que estuvierais unidos, sabía que si siempre estabais juntos no había nada que temer.

Miró a su cuñada que se mantenía en silencio. —¿Y cómo sabes eso?

Pearl apretó los labios. —Ella intentó hablar conmigo antes de su muerte. Me pidió que cuidara a mi hermano, que nuestros señores le habían revelado que estaban equivocadas, pero no se explicó bien y… No lo entendí todo como debía ser. Me dio la carta para que la metiera en un libro determinado, en un libro de hechizos para aprendices y me hizo jurar que no la abriría. Yo no entendía nada, pero hice lo que me pidió. Después no pensé mucho en eso porque no tardó en fallecer, pero antes cedió los dones a mi hermano que estuvo inconsciente. Estaba tan preocupada por él… En cuanto se recuperó nos fuimos a Londres y ya no pensé en la carta.

—Creíste que hablaba de que tenías que proteger a Jerome de mí, ¿verdad?

—Sí.

—Y pensaste eso porque sabías de los planes de Wendolyn desde hacía mucho, ¿no es cierto?

—Sí, aunque nunca tuve el permiso para estar presente en sus conversaciones porque eran secretas, una vez siendo niña tuve curiosidad porque escuché que hablaban de mi hermano antes de que cerraran las puertas del salón. Entonces entré por la biblioteca y abrí la puerta que da al despacho de la sacerdotisa. Desde esa puerta se puede escuchar. Estaban haciendo planes sobre tu vida, mi reina. Hablaban de lo peligrosa que podías llegar a ser y llegaron a la conclusión de que la presentación de tu hermana era inevitable. Eso no lo entendí muy bien, pero sí me quedó claro que…

—Yo era peligrosa, por eso me tenías inquina, creíste que le haría daño a Jerome.

—Lo siento, mi reina.

—¿Qué dice mi marido de esto? Espero que no te haya castigado por ocultárselo. —Frunció el ceño. —Por cierto, ¿dónde está mi marido?

Todos se quedaron en silencio y ella se tensó empezando a mosquearse porque estaban muy callados. —¿Dónde está Jerome?

—Ha ido a por ellas —dijo Margaret—. Salió hace tres días.

Perdió todo el color de la cara. —¿Qué has dicho?

—No quiso esperar a que te recuperaras, dijo que eran un peligro para todas y no atendió a razones.

—¿Y se ha ido solo? ¿Solo y sin los poderes que tenía? ¿Y le dejasteis? —gritó demostrando su miedo y su furia.

—No quiso que le acompañáramos —dijo su hermana preocupada—. Nos ordenó que nos quedáramos para protegerte. Hasta que no sepamos quién estaba del lado de Caroline y Wendolyn no podemos separarnos de ti.

—Hice un conjuro de protección para saber si estabas en peligro y dejé a dos brujas de mi confianza ante tu puerta mientras tomábamos el té —dijo su madre como si tuviera miedo de no haberla protegido como debía.

—¡Pero él está solo!

—Se llevó a Robert —dijo Molly entrando en el salón.

—¡A Robert!

—Sí, no son muy listos —dijo exasperada—. Yo me enteré después porque estaba encerrada, ¿recuerdas por orden de quién?

—¡Rayos! —Caminó hacia la escalera de la cripta cuando el mayordomo abrió la puerta principal mostrando a su marido. Sin aliento vio su sonrisa y corrió hacia él para abrazarle con fuerza.

—Ya estoy aquí, preciosa. —Acarició su espalda. —Y entero.

—¿Cómo? —Incrédula se apartó para mirarle. —¿Cómo lo has conseguido?

—En cuanto convocaste a tu sobrina supe que algo no iba bien, pero tú estabas dormida como para preguntarte.

—¿A qué te refieres?

Él alargó la mano y elevó el jarrón que estaba sobre un aparador a su lado. A Venice se le cortó el aliento.

—Debiste rechazar parte de tu poder.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No creo que fuera por eso. —Se abrazó a él con fuerza. —Pienso que nuestros señores te han recompensado por todo lo ocurrido y te han dejado dones que te protegerán en el futuro.

—Pues me han servido de mucho, te lo aseguro.

Robert pasó a su lado y le dio una palmada en la espalda. —Jamás le había visto luchar así, mi señora. No tardamos en encontrar a las que se escondían en los alrededores después de traicionarla y en el camino a Londres se enfrentó a seis él solo.

—¿Las cabecillas están muertas?

—Caroline murió aquí en la casa a manos de tu hermana cuando el marqués intentó disparar a tu padre, pero Wendolyn consiguió huir —dijo su marido—. Fue una de las que encontramos camino a Londres, ¿y adivina con quién estaba?

—¿Con la madre de la marquesa?

—Exacto, era la que mantenía a las brujas a la espera y preparadas para atacar. Y las envío al castillo cuando sintió a su hija en peligro.

—Han sido calcinadas y enterradas, no quisimos dejar rastro —dijo Robert—. Y no debéis preocuparos, tu esposo se ha asegurado de que no quede nadie más. Antes de matarlas las interrogó una por una sobre quién estaba metida en el complot y no mencionaron a más implicadas, así que estamos casi seguros de que se han eliminado a todas las brujas que han jugado con vuestras vidas durante tanto tiempo. —Robert abrazó a Molly. —Ya estoy aquí, mi amor. No debiste preocuparte, ha sido pan comido. Su fuego es letal.

Venice sonrió a su esposo. —Así que ha terminado.

—Por completo.

—Mi dragón.

—Mi reina…

Sintió como su corazón se unía del todo al suyo. —Siento tu fuerza.

—Siento tu amor —dijo él emocionado.

Le besó en los labios. —Y lo sentirás mientras viva.

Epílogo

Valerie cerró el libro y miró a su hermana levantando una ceja.

—¿A que es impresionante? —preguntó Tessa emocionada.

—¿De dónde lo has sacado?

—Estaba en la biblioteca, lo encontró Mara. Creyó que era una fábula, pero he estado buscando en los registros y Venice y Jerome existieron de verdad. Tuvieron ocho hijos todos varones excepto la primera, una bruja de grandes poderes que, ¿adivina cómo se llamaba?

—Margaret.

Rio. —Sí. —Suspiró cogiendo el libro. —Se amaron muchísimo. ¿Crees que nuestros matrimonios serán igual de felices?

—Espero que sí. —Se levantó y frunció el ceño al ver una hoja tirada en el suelo. Se agachó para cogerla y la desdobló. —Mira esto…

Tessa se acercó para mirar la letra y al ver el nombre que había debajo chilló —¡Es de Molly! —La leyó a toda prisa. —Es como un apunte sobre el libro. —Miró el lomo y abrió los ojos como platos. —¡Mira M. Dunvall, lo escribió ella! —Le arrebató la nota de las manos haciendo que su sacerdotisa pusiera los ojos en blanco.

"La boda fue tan hermosa que siempre estará en mi recuerdo. Caminamos juntas por la nieve, juntas como siempre lo habíamos hecho y llegamos hasta nuestros amados. Demostrando mis nuevos poderes y para darte una sorpresa, amiga, encendí todas las velas

que nos rodeaban y bajo la hermosa luz de la luna pronunciamos nuestros votos jurando a nuestros hombres amor eterno. Y eterno fue, es y será hasta el fin de los tiempos.

Ahora, después de tantos años, doy gracias a nuestros señores por haberte puesto en mi camino, mi querida amiga. No solo diste felicidad a los tuyos durante los años que siguieron, sino que tu reinado fue dichoso para mucha gente. Fuiste generosa, audaz y no tuviste temor. Fuiste mi Venice y siempre estarás en mi recuerdo. Espero verte en otra vida, amiga. Sé que la naturaleza será generosa con nosotras y tendré otra oportunidad de volver a vivir aventuras a tu lado.

Tu fiel amiga, tu incondicional compañera, Molly."

Emocionadas no pudieron reprimir las lágrimas y Valerie la cogió. —Parece parte de una carta.

—Una carta muy triste porque es evidente que Venice ya no…

—No lo digas, se volverán a encontrar —dijo Valerie sonriendo con tristeza—. Estoy segura de que se volverá a encontrar con su amiga Molly. —Sus preciosos ojos violeta brillaron. —También se reencontrará con su dragón, porque él la esperará siempre y Venice nunca más dejará de ir a su encuentro. Ya nada se lo impedirá nunca más. Sea en esta era o en la siguiente, seguirán reencontrándose y se amarán tan intensamente como la primera vez.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
16- Te casarás conmigo
17- Huir del amor (Serie oficina)
18- Insufrible amor
19- A tu lado puedo ser feliz
20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
21- No me amas como quiero (Serie época)
22- Amor por destino (Serie Texas)
23- Para siempre, mi amor.
24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
25- Mi mariposa (Fantasía)
26- Esa no soy yo
27- Confía en el amor
28- Te odiaré toda la vida
29- Juramento de amor (Serie época)
30- Otra vida contigo
31- Dejaré de esconderme
32- La culpa es tuya
33- Mi torturador (Serie oficina)
34- Me faltabas tú
35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)
37- Un amor que sorprende
38- La caza (Fantasía)
39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
40- No busco marido
41- Diseña mi amor
42- Tú eres mi estrella
43- No te dejaría escapar
44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
45- ¿Nunca? Jamás
46- Busca la felicidad
47- Cuéntame más (Serie Australia)
48- La joya del Yukón
49- Confía en mí (Serie época)
50- Mi matrioska
51- Nadie nos separará jamás
52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
53- Mi acosadora
54- La portavoz
55- Mi refugio
56- Todo por la familia
57- Te avergüenzas de mí
58- Te necesito en mi vida (Serie época)
59- ¿Qué haría sin ti?
60- Sólo mía
61- Madre de mentira
62- Entrega certificada
63- Tú me haces feliz (Serie época)
64- Lo nuestro es único
65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
67- Por una mentira
68- Vuelve
69- La Reina de mi corazón
70- No soy de nadie (Serie escocesa)
71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas
73- Me das la felicidad
74- Firma aquí
75- Vilox II (Fantasía)
76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
77- Una noticia estupenda.
78- Lucharé por los dos.
79- Lady Johanna. (Serie Época)
80- Podrías hacerlo mejor.
81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
82- Todo por ti.
83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
84- Sin mentiras
85- No más secretos (Serie fantasía)
86- El hombre perfecto
87- Mi sombra (Serie medieval)
88- Vuelves loco mi corazón
89- Me lo has dado todo
90- Por encima de todo
91- Lady Corianne (Serie época)
92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
93- Róbame el corazón
94- Lo sé, mi amor
95- Barreras del pasado
96- Cada día más
97- Miedo a perderte
98- No te merezco (Serie época)
99- Protégeme (Serie oficina)
100- No puedo fiarme de ti.
101- Las pruebas del amor
102- Vilox III (Fantasía)
103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
104- Retráctate (Serie Texas)
105- Por orgullo
106- Lady Emily (Serie época)
107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)
109- Mi alfa (Serie Fantasía)
110- Lecciones del amor (Serie Texas)
111- Yo lo quiero todo
112- La elegida (Fantasía medieval)
113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
114- Con solo una mirada (Serie época)
115- La aventura de mi vida
116- Tú eres mi sueño
117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
119- Sólo con estar a mi lado
120- Tienes que entenderlo
121- No puedo pedir más (Serie oficina)
122- Desterrada (Serie vikingos)
123- Tu corazón te lo dirá
124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
126- Dragón Dorado (Serie época)
127- No cambies por mí, amor
128- Ódiame mañana
129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
131- No quiero amarte (Serie época)
132- El juego del amor.
133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
136- Por nuestro bien.
137- Eres parte de mí (Serie oficina)
138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
139- Renunciaré a ti.
140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)
144- Nada me importa más que tú.
145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
148- ¿Cómo te atreves a volver?
149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
152- Tú no eres para mí
153- Lo supe en cuanto le vi
154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
157- Me has dado la vida
158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
163- La vida que siempre he soñado
164- Aprenderás, mi amor
165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
168- Sólo he sido feliz a tu lado
169- Mi protector
170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
171- Algún día me amarás (Serie época)
172- Sé que será para siempre
173- Hambrienta de amor
174- No me apartes de ti (Serie oficina)
175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos
177- Siempre tuyo (Serie Australia)
178- El acuerdo (Serie oficina)
179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
180- No quiero olvidarte
181- Es una pena que me odies
182- Si estás a mi lado (Serie época)
183- Novia Bansley I (Serie Texas)
184- Novia Bansley II (Serie Texas)
185- Novia Bansley III (Serie Texas)
186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
189- Lo que fuera por ti 2
190- ¿Te he fallado alguna vez?
191- Él llena mi corazón
192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
193- No puedes ser real (Serie Texas)
194- Cómplices (Serie oficina)
195- Cómplices 2
196- Sólo pido una oportunidad
197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
199- Un baile especial
200- Un baile especial 2
201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
202- Lo siento, preciosa (Serie época)
203- Tus ojos no mienten
204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
205- Sueño con un beso
206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
210- No soy lo que esperabas
211- Eres única (Serie oficina)

212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
215- La intensidad de lo que siento por ti
216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)
217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)
218- Mi otra cara de la moneda
219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti
220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)
221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)
222- Algo único (Serie Australia)
223- Volver a enamorarte
224- Empezar de nuevo (Serie oficina)
225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)
226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)
227- Juramento de amor 2 (Serie época)
228- Siento tu corazón
229- ¿Has pensado en mí?
230- La oportunidad de enamorarle
231- No dañes mi corazón (Serie Escocia)
232- Te siento mío (Serie Texas)
233- El uno para el otro
234- Mi sueño eres tú
235- Déjame amarte, preciosa (Lo siento, preciosa 3)
236- Intentaré amarte (Serie oficina)
237- Haré lo que sea por ti
238- Volveré a ti (Serie Texas)
239- Salvará su corazón (Serie Escocia)
240- Tenemos toda una vida (Serie Montana)
241- Las deudas se pagan
242- Piensa en mí (Serie Australia)
243- Demasiados años sin amarte (Serie Fantasía)

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Juramento de amor 2
12. Una moneda por tu corazón
13. Lady Corianne
14. No quiero amarte
15. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.